

LETRAS | NARRATIVA

CALLADA

CERTAMEN NACIONAL DE LITERATURA **GANADOR 2018**  
Laura Méndez de Cuenca

ROSALVA  
DUBÓN CRUZ













Callada



Rosalva Dubón Cruz obtuvo el premio único de novela en el Certamen Literario “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por Vicente Alfonso, Imanol Caneyada Pascual y Federico Vite.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

ROSALVA DUBÓN CRUZ

# Callada



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricioli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,  
Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Secretario Ejecutivo*

Alfredo Barrera Baca

*Callada*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Rosalva Dubón Cruz

ISBN: 978-607-490-327-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/16/21

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

La vida no es sino una continua sucesión  
de oportunidades para sobrevivir.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



Primer bimestre



## Bienvenidos a la preparatoria Madero

Es mi primer día de clases en la preparatoria Madero, una escuela privada en Durango, cuyos dueños son estadounidenses (y a la que, claro, sólo puedo asistir porque tengo beca del cincuenta por ciento, gracias a que papá medio conoce al dueño). Voy con siete cuadernos nuevos, una falda que odio y un dolor de estómago.

El autobús de la escuela se detiene resoplando en mi esquina. Se abre la puerta y subo los escalones. Soy la primera pasajera del día. El conductor arranca cuando aún estoy en el pasillo. ¿Dónde me siento? Nunca he sido de los zánganos que se sientan hasta atrás. Si lo hago en el centro, a lo mejor se sienta a mi lado algún desconocido. Si me quedo en la primera fila voy a parecer una niña pequeña, pero me imagino que es donde tengo más probabilidades



de que me vea alguna de mis amigas, si es que alguna ha decidido volver a hablarme.

El autobús recoge a los estudiantes en grupos de cuatro o cinco. Cuando suben las escaleras, mis antiguos compañeros me lanzan miradas envenenadas. Cierro los ojos. Es justo lo que me temía. Al arrancar en la última parada soy la única que va sentada sola.

El conductor baja la velocidad y subimos lentamente las colinas. El motor cruje y los del fondo gritan una obscenidad. Alguien se ha echado demasiado perfume. Intento abrir la ventana, pero el pestillo no se mueve. Un chico sentado detrás de mí abre su desayuno y me tira un plástico a la cabeza, rebota y me cae en las piernas. Era un envoltorio de pastelillo de chocolate.

Pasamos junto a unos intendentes que están pintando el letrero a la entrada de la escuela. El consejo escolar ha decidido que Instituto Madero, Bastión de los Sementales no era precisamente un mensaje claro de abstinencia sexual, así que nos han cambiado el nombre por el de los Diablos Azules. Supongo que más vale diablo conocido que semental por conocer. Los colores seguirán siendo el morado y el gris. El consejo no quería gastar en pintar todo. Los de segundo y tercer año pueden andar por los pasillos hasta que suena la campana, pero a los nuevos nos llevan al auditorio. Allí nos distribuimos en clanes: los Pie de Atleta, los Fresas, los Niños, las Porristas, los Porros, los Futuros Líderes Indecentes, las Martas, los Artistas Incomprendidos, los Dramáticos, los Góticos, los Bullies. Yo no pertenezco a ninguno. Me pasé las últimas semanas de agosto viendo caricaturas. No fui al centro comercial, ni al lago, ni a la alberca, ni siquiera contesté el celular. Entré a la prepa

con el peinado equivocado, la ropa equivocada y la actitud equivocada. Y nadie se quiere sentar conmigo.

Soy la Marginada.

No me molesto en buscar a mis antiguas amigas. Nuestro clan era el de las Naturales, pero se ha hecho pedazos y sus miembros se han ido a los clanes rivales. Paola se junta con los Pie de Atletas; comparan sus cicatrices de las ligas deportivas del verano. Sofía oscila entre los Artistas Incomprendidos a un lado del pasillo y los Dramáticos en el otro. Tiene suficiente personalidad como para pertenecer a dos grupos. Jessica se ha ido a vivir a Monterrey. Tampoco es una gran pérdida, era sobre todo amiga de Sofía.

Los de la fila de atrás sueltan tantas carcajadas que sé que se están riendo de mí. No lo puedo evitar y me doy la vuelta. Es Raquel, rodeada por unos chicos cuya ropa, definitivamente, no es de mala marca. Raquel Pérez Muñoz era mi mejor amiga. Se queda mirando un punto sobre mi oreja izquierda. Las palabras se me atragantan. Ella sufrió conmigo en la secundaria, ella me enseñó a nadar, ella entendía lo de mis padres y no se burlaba de mi habitación. Si hay alguien en toda la galaxia a quien muero de ganas por contarle lo que pasó de verdad es a Raquel. Siento que algo me quema la garganta.

Su mirada se cruza con la mía un instante. “Te odio”, forma las palabras en silencio. Me da la espalda y se ríe con sus amigos. Me muerdo el labio. No voy a pensar en ello. Ha sido horrible, pero se acabó y no voy a pensar en ello. El labio me sangra un poco. Sabe a metal. Tengo que sentarme.

Estoy de pie en el pasillo central del auditorio, como una cebra herida en un documental de National Geographic, buscando a alguien con quien sentarme, quien sea. Se acerca un depredador: el

pelo rapado estilo deportista, con un silbato colgando de un cuello más ancho que la cabeza. Probablemente sea un profesor de ciencias sociales contratado como entrenador de algún deporte bestial.

Señor Cuello: “Siéntate”. Me siento.

Ve otra cebra herida que se dirige hacia mí y me sonríe. Lleva miles de pesos en ortodoncia, pero sus zapatos están lindos.

La otra cebra herida: “Soy Verónica, originaria de Guadalajara. Soy nueva. ¿Y tú?”. No me da tiempo de contestar. Las luces se apagan y comienza el adoctrinamiento. Las primeras diez mentiras que te dicen en la prepa:

1. Estamos aquí para ayudarte.
2. Tendrás tiempo suficiente para llegar a clase antes de que suene la campana.
3. Se insistirá en una vestimenta adecuada.
4. No se permite fumar en las instalaciones de la escuela.
5. Nuestro equipo de fútbol ganará el campeonato este año.
6. Esperamos más de ti.
7. Los consejeros siempre están dispuestos a escucharte.
8. Tu horario ha sido elaborado pensando en tus intereses.
9. La combinación de tu casillero es secreta.
10. Recordarás estos años con cariño durante el resto de tu vida.

Mi primera clase es Biología. No encuentro el aula y me gano la primera falta por deambular en los pasillos. Son diez para las nueve de la mañana. Sólo me faltan seiscientos noventa y nueve días para graduarme.

## Nuestros profesores son los mejores...

*Mi profesora de Español no tiene cara.* Su pelo largo y despeinado le cae hasta media espalda. Desde la base hasta los hombros es de color negro y desde los hombros hasta las puntas enmarañadas es naranja fosforescente. No sé si su peluquero se habrá vengado de ella o si se estará convirtiendo en una mariposa monarca. La llamo la Pelos.

La Pelos tarda veinte minutos en pasar lista porque se niega a mirarnos, lo hace con la cabeza inclinada sobre el escritorio y el pelo tapándole la cara. Se pasa el resto de la clase escribiendo en el pizarrón y hablando en dirección a la puerta sobre los libros que tenemos que leer. Quiere que escribamos todos los días en nuestro diario de clase, pero promete que no los va a leer. Yo escribo sobre lo rara que ella me parece.

En Historia también tenemos diarios. Estamos estudiando la historia de México por novena vez. Otra vez un repaso a la lectura de mapas, una semana sobre los pueblos indígenas, la conquista, Morelos e Hidalgo a tiempo para el Día de la Independencia. Todos los años dicen que vamos a llegar hasta el presente, pero siempre nos atascamos en la Revolución. En sexto llegamos a la Primera Guerra Mundial. ¿Quién sabía que había habido una guerra en todo el mundo? Necesitamos más días festivos para mantener a los profesores de Historia al día. Mi profesor de Historia es el señor Cuello, el mismo que me gruñó para que me sentara en el auditorio. Me recuerda con cariño.

Señor Cuello: “Te tengo fichada. Siéntate aquí en la primera fila”.

Para mí también ha sido un placer volver a verlo. Seguro que sufre de síndrome de estrés postraumático. Quizá fue militar durante la época del levantamiento del Ejército Zapatista en Chiapas o en uno de esos conflictos de narcos que pasan en la tele.

## Centro de atención

**Encuentro mi casillero** después de Historia. El candado está un poco atascado, pero consigo abrirlo. Me sumerjo en la oleada de estudiantes que van a comer y avanzo con la manada hasta la cafetería.

No soy tan tonta como para traer comida el primer día de clases. No hay modo de saber cuál será la moda aceptable este año. Las bolsas de plástico pueden ser un humilde testimonio de la vida en las colonias marginadas o un complemento del atuendo de ñoño sin remedio. Las bolsas térmicas pueden ser una manera estupenda de salvar el planeta o la prueba de que tu mamá te mima. La única solución es comer en la cafetería. Además, así puedo buscar entre la multitud algún rostro amigo o un rincón donde pasar desapercibida.

La comida es pollo con puré de papas y salsa, una sopa de verduras verdes aguada y una galleta. No sé cómo pedir otra cosa, así

que me limito a deslizar la bandeja y dejar que los siervos de la cafetería la vayan llenando. El tipo de dos metros que va delante de mí consigue tres hamburguesas con queso, papas fritas y dos pastelitos sin pronunciar una sola palabra. No sé cómo lo ha hecho. A lo mejor les ha transmitido con los ojos un mensaje en código morse. Tengo que averiguarlo. Sigo al poste de basquetbol humano hacia el comedor.

Veo algunos amigos, personas que yo consideraba amigos, pero miran hacia otro lado. Piensa rápido, piensa rápido. Ahí está la nueva, Verónica, leyendo cerca de la ventana. Podría sentarme con ella. O meterme detrás de un bote de basura. O quizá podría tirar la comida a la basura y seguir caminando directamente hasta la puerta de salida.

El poste de basquetbol saluda hacia una mesa con amigos. Claro, el equipo de basquetbol. Ellos lo insultan, un extraño saludo que usan los chicos atléticos y granosos. Él sonrío y les lanza un pastelito. Yo intento rodearlo a toda prisa.

¡Zas! Un montón de puré de papas con salsa me da justo en el centro del pecho. Se detienen las conversaciones y todo el comedor se me queda mirando, mi cara impresa en todas las retinas. Siempre seré “la chica del puré del primer día”. El poste de basquetbol se disculpa y dice algo, pero cuatrocientas personas se echan a reír a la vez y no sé leer los labios. Tiro mi bandeja y salgo corriendo hacia la puerta.

Corro tan deprisa que si me hubiera visto el entrenador de atletismo me hubiera fichado para el equipo. Pero no, hoy está de guardia el señor Cuello y al señor Cuello no le sirven de nada las niñas que pueden correr los cien metros en menos de diez segundos, a

menos que estén dispuestas a hacerlo con una pelota de futbol en los pies.

Señor Cuello: “Volvemos a encontrarnos”.

Yo: ...

A lo mejor me escucha si le digo “tengo que ir a casa a cambiarme” o “¿ha visto lo que ha hecho ese idiota?”. Ni de broma. Mantengo la boca cerrada.

Señor Cuello: “¿Adónde crees que vas?”.

Yo: ...

Es más fácil no decir nada. Cierra el pico, no digas nada, cállate. Eso que dicen en la tele sobre la comunicación y que hay que expresar los sentimientos es pura mentira. En realidad, nadie quiere oír lo que tienes que decir.

El señor Cuello toma nota en su cuaderno.

Señor Cuello: “Sabía que serías un problema desde el primer momento en que te vi. Llevo veinticuatro años dando clase aquí y sé lo que pasa por la cabeza de cualquier jovencito con sólo mirarlo a los ojos. Se acabaron las advertencias. Te acabas de ganar una falta por deambular en los pasillos sin pase”.





## Santuario

**Después de comer** sigue la clase de Arte, igual que un sueño después de una pesadilla. El salón está al final del edificio y tiene grandes ventanas que dan al sur. En esta escuela no brilla mucho el sol, así que el aula de arte está diseñada para recibir el máximo de luz posible. Tiene mucho polvo, pero es una especie de suciedad limpia. En el suelo hay manchas de pintura seca, en las paredes cuelgan esbozos de adolescentes atormentados y cachorros gordiflones. Las repisas están llenas de vasijas de barro. En la radio suena mi estación favorita.

El señor Cepeda es feo. Tiene el cuerpo de un saltamontes enorme, como uno de esos que andan con zancos en el circo. Tiene la nariz hundida entre los ojos como una tarjeta de crédito, pero nos

sonríe mientras vamos entrando. Está inclinado sobre el torno, moldea una vasija con las manos manchadas de arcilla roja.

Señor Cepeda: “Bienvenidos a la única clase que les enseñará a sobrevivir. Bienvenidos al arte”.

Me siento cerca de la mesa del profesor. Sofía también está en esta clase, sentada al lado de la puerta. No dejo de mirarla, intentando hacer que me mire. Eso pasa en las películas, la gente se da cuenta de que otro los está mirando y tienen que darse la vuelta y decir algo. Pero o Sofía tiene un campo magnético enorme o mi visión láser no es tan poderosa. No me mira. Ojalá pudiera sentarme con ella. Ella sabe mucho de arte.

El señor Cepeda apaga el torno y toma un trozo de gis sin lavarse las manos. ALMA, escribe en el pizarrón. La arcilla mancha la palabra como hilillos de sangre seca.

Señor Cepeda: “Aquí es donde encontrarán su alma, si se atreven. Aquí entrarán en contacto con esa parte de ustedes mismos a la que nunca se habían atrevido a mirar. No vengan a pedirme que les enseñe cómo se dibuja una cara. Pídanme que les enseñe a encontrar motivación”.

Miro de reojo por encima del hombro. El mensaje se transmite telegráficamente de ceja en ceja. Este tipo es muy raro. Sin duda se da cuenta, debe saber lo que estamos pensando. Sigue hablando. Dice que nos graduaremos sabiendo cómo leer y escribir porque nos pasaremos un millón de horas aprendiendo a leer y a escribir. (Me parece una afirmación discutible).

Señor Cepeda: “¿Por qué no dedicar ese tiempo al estudio del arte: a pintar, esculpir, dibujar con carboncillo, pastel y óleo? ¿Acaso son las palabras y los números más importantes que las imágenes?”

¿Quién ha dicho eso? ¿Acaso el álgebra los conmueve hasta las lágrimas?”. Algunas manos se levantan creyendo que ha hecho una pregunta. Él continúa: “¿Puede expresar el posesivo plural los sentimientos que alberga su corazón? ¡Si no aprenden arte ahora, nunca aprenderán a respirar!”.

Y aún hay más. Para ser alguien que cuestiona el valor de las palabras, las usa un montón. Me desconecto un momento y vuelvo a poner atención cuando levanta un enorme globo terráqueo al que le falta la mitad del hemisferio norte.

Señor Cepeda: “¿Puede decirme alguien qué es esto?”.

“¿Un globo terráqueo?”, se arriesga una voz de atrás. El señor Cepeda sube los ojos al cielo.

“¿Es una escultura muy cara que se le cayó a algún niño y la tuvo que pagar de su propio bolsillo para que lo dejaran graduarse?”, pregunta otro alumno. El señor Cepeda suspira.

Señor Cepeda: “Les falta imaginación. ¿Cuántos años tienen, catorce? ¿Quince? ¡Y ya han dejado que les quiten la creatividad! Es un viejo globo terráqueo con el que mis hijas jugaban a la pelota en mi estudio cuando llovía. Un día Susana atravesó Canadá con el pie, y Estados Unidos se hundió en el mar. Y ¡zas, una idea! Esta pelota rota podría expresar o provocar visiones poderosas: podría pintarse un cuadro con la gente huyendo del agujero o con un perro de hocico húmedo masticando Alaska. Las oportunidades son infinitas. Es casi demasiado, pero son tan importantes que se las voy a dar”.

¿Qué?

Señor Cepeda: “Cada uno de ustedes va a sacar un trozo de papel del globo”, dice mientras se pasea por la clase para que saquemos papelitos rojos del centro de la Tierra. “En el papel encontrarán

una palabra, el nombre de un objeto. Espero que les guste porque van a pasar el resto del año aprendiendo a convertir ese objeto en una obra de arte. Van a esculpirlo. Van a esbozarlo, a construirlo con papel maché y a tallarlo. Y si el profesor de Informática decide hablarme este año, podrán usar su aula para hacer diseños por computadora. Sólo les voy a poner una condición: para el final de curso deben encontrar la manera de que el objeto que les haya tocado diga algo, que exprese un sentimiento y le hable a cada una de las personas que lo contemplan”.

Algunos protestan. Me da un vuelco el estómago.

¿En serio nos va a dejar hacer eso? Parece demasiado divertido. Se detiene en mi mesa. Meto la mano hasta el fondo del globo y pesco mi papelito: árbol.

¿Árbol? Es demasiado fácil. Aprendí a dibujar árboles en segundo. Levanto la mano para tomar otro papel. El señor Cepeda dice que no con la cabeza.

Señor Cepeda: “No, no, no. Has escogido tu destino, y eso no se puede cambiar”.

Saca un cubo de arcilla de debajo del torno, rompe pedazos del tamaño de un puño y nos tira uno a cada uno. Luego sube el volumen de la radio y se ríe.

Señor Cepeda: “Empieza el viaje”.

## Inglés

Mi profesora de Inglés va a intentar pasarse todo el año sin hablarnos ni una sola palabra en español. Es divertido, y también útil, porque de esa manera es mucho más fácil ignorarla. Se comunica mediante gestos exagerados y haciendo mímica, es como ir a clase de teatro. Dice una frase en inglés y se lleva el dorso de la mano a la frente.

“¡Tiene fiebre!”, dice un alumno. Ella niega con la cabeza y repite el gesto.

“¡Está mareada!”, dice otro.

No. Sale al pasillo y luego entra como una exhalación, con pinta de estar muy ocupada y confundida. Se gira hacia nosotros, actúa sorprendida de vernos y luego vuelve a llevarse la mano a la frente.

“¡Se ha perdido!”.

“¡Está enfadada!”.

“¡Está en la escuela equivocada!”.

“¡Está en el país equivocado!”.

“¡Está en el planeta equivocado!”.

Lo intenta de nuevo y se da tan fuerte que se tambalea un poco. La frente se le ha quedado rosa, como su labial. Los alumnos siguen intentando adivinar.

“¡No puede creer cuántos alumnos hay en esta clase!”.

“¡Se le ha olvidado el español!”.

“¡Tiene migraña!”.

“¡Le va a dar una migraña si no lo adivinamos!”.

Desesperada, escribe una frase en inglés en el pizarrón: “*I’m surprised I’m so tired today*”. Nadie sabe lo que significa. No entendemos inglés, por eso estamos aquí. Finalmente, a algún cerebritito se le ocurre sacar el diccionario español-inglés y nos pasamos el resto de la clase intentando traducir la frase. Cuando suena la campana, estamos en “agotar el día hasta la sorpresa”.

## Tareas

Consigo pasar las dos primeras semanas de clase sin ningún desastre nuclear. Verónica, la chica de Guadalajara, se sienta conmigo durante la comida y me llama por teléfono para hablar de las tareas de Español. Es capaz de pasarse horas hablando. Lo único que tengo que hacer es ponerme el celular en la oreja y decir de vez en cuando “mmm” mientras miro la tele. Raquel y todas las demás personas que conozco desde hace nueve años continúan ignorándome. Me dan muchos empujones en los pasillos. Un par de veces me arrancaron los libros de las manos y los tiraron al suelo por accidente. Intento no pensar mucho en ello. En algún momento tendrán que dejarme en paz.

Al principio, mamá llevaba muy bien lo de preparar las cenas por la mañana y meterlas en el refrigerador, pero yo sabía que no



iba a durar mucho. Ahora, cuando llego a casa, me encuentro con notas que dicen “Pizza, teléfono 555 4892. Y esta vez da poca propina”, y un billete de doscientos pesos sujeto con un clip. En mi familia tenemos un buen sistema: nos comunicamos con notas en el mostrador de la cocina. Yo les escribo cuando me hace falta material escolar o que me lleven en coche al centro comercial y ellos me ponen a qué hora llegarán del trabajo y si tengo que descongelar alguna cosa. ¿Hay algo más que decir?

Mamá vuelve a tener problemas para encontrar empleados. Mi madre es gerente en Elegant, una tienda de ropa en el centro. Su jefe le ofreció la sucursal del centro comercial, pero ella la rechazó.

Creo que le gusta ver la reacción de la gente cuando dice que trabaja en el centro.

“¿No te da miedo?”, le preguntan. “Yo no trabajaría ahí ni por todo el oro del mundo”. A mi madre le encanta hacer cosas que asustan a los demás. Podría haber sido domadora de serpientes.

Pero al estar en el centro no es fácil encontrar gente que quiera trabajar allí. Los que vienen buscando empleo suelen desanimarse por los ladronzuelos habituales, los mendigos que orinan en la puerta y, de vez en cuando, un robo a mano armada. No me extraña.

Estamos en la segunda semana de septiembre y mi madre ya está pensando en Navidad. Tiene el cerebro lleno de copos de nieve de plástico y figuras de Santa Claus vestidas de fieltro rojo. Si no logra encontrar suficientes empleados para septiembre, se las verá negras cuando lleguen las fiestas.

Pido la pizza a las tres con diez y me la como en nuestro sofá blanco. No sé a quién de los dos, si a mi madre o a mi padre, le dio un ataque de locura el día que compraron ese sofá. Si quieres comer

en el sofá, el truco consiste en poner la cara sucia de los cojines boca arriba. El sofá tiene dos personalidades: “Mariana devorando pepperoni y champiñones” y “nadie come nunca en la sala, señorita”. Devoro la pizza viendo la tele hasta que oigo la camioneta de papá en la puerta. Entonces le doy la vuelta a los cojines para que muestren sus pálidas mejillas y subo corriendo a mi habitación. Cuando papá abre la puerta la casa está como a él le gusta y yo he desaparecido.

Mi habitación pertenece a un extraterrestre. Es un recuerdo de cuando estaba en quinto. Pasé por una fase demencial en la que todo tenía que estar cubierto de rosas y en la que el rosa era un color estupendo. La culpa fue de Raquel. Le suplicó a su madre que la dejara renovar su habitación y todas acabamos haciendo lo mismo. Paola se negó a poner esa faldilla ridícula en su mesita de noche y Sofía se pasó de la raya, como siempre. Jessica decoró la suya inspirándose en el desierto y los vaqueros. Mi habitación se quedó a medio camino, copiando un poco de todas las demás. Lo único que era realmente mío era mi colección de conejitos de peluche de cuando era pequeña y mi cama con dosel. Por mucho que Paola me molestara, me negué a quitar el dosel. Ahora estoy pensando en cambiar el papel tapiz de rosas, pero entonces mi mamá se entrometería, mi papá se pondría a medir las paredes y se pelearían por el color de la pintura. De todas formas, no sé cómo quiero que se vea.

Hacer la tarea no entra en mis planes. La cama me manda potentes rayos de siesta. No puedo evitarlo. La suavidad de la almohada y el calor del edredón son superiores a mis fuerzas. No me queda más remedio que acurrucarme bien tapada.

Oigo cómo mi padre pone la tele. Clic, clic, clic, echa tres cubitos de hielo en un vaso y se sirve algo con alcohol. Abre el microondas,

me imagino que para la pizza, lo cierra de golpe y suena el bip-bip de los botones. Pongo la radio para que sepa que estoy en la casa. En realidad no voy a dormir la siesta. Me detengo en ese lugar a medio camino, como un área de descanso en la autopista hacia el sueño, donde puedo quedarme durante horas. Ni siquiera necesito cerrar los ojos, sólo acurrucarme bajo la protección del edredón y respirar.

Papá sube el volumen de la tele. El presentador de las noticias grita: “¡Cinco muertos en el incendio de una vivienda! ¡Ataque a una chica! ¡Adolescentes sospechosos en el asalto a una gasolinera!”. Me muerdo un pellejito del labio inferior. Papá salta de un canal a otro viendo las mismas noticias una y otra vez.

Me volteo y me miro en el espejo de la habitación. Uff. Mi pelo está completamente oculto debajo de la manta. Estudio las formas de mi cara. ¿Podré ponerle cara a mi árbol, como una dríada de la mitología griega? Dos ojos con ojeras bajo las cejas negras, la nariz chata como la de un cerdito y una boca con los labios mordisqueados. No, no es la cara de una dríada. No puedo parar de morderme los labios. Es como si mi boca le perteneciera a otra persona, a alguien que ni siquiera conozco.

Salgo de la cama, descuelgo el espejo y lo pongo en el fondo del armario, de cara a la pared.

## Nuestro valiente líder

De nuevo en la escuela y estoy escondida en el baño, esperando a que se despeje el panorama. Miro hacia fuera. El director descubre a otro estudiante despistado por los pasillos.

Director: “¿Dónde está su pase, caballero?”.

Estudiante despistado: “Ahora mismo iba por uno”.

Director: “Pero no puede andar por los pasillos sin un pase”.

Estudiante despistado: “Ya lo sé, lo siento mucho. Por eso tengo que darme prisa e ir por él”.

El director hace una pausa con una expresión parecida a la del Pato Lucas cuando Bugs Bunny le está tomando el pelo.

Director: “Está bien, dese prisa y vaya por el pase”.

El estudiante despistado sale corriendo sonriente y con expresión triunfante. El director camina en dirección contraria, repasando la conversación e intentando averiguar qué salió mal. Yo lo pienso y me río.

## Educación Física

**La clase de deportes debería estar prohibida.** Es humillante.

Mi casillero de deportes es el que está más cerca de la puerta al pasillo, por eso tengo que cambiarme en los baños. Verónica, la de Guadalajara, tiene el casillero de al lado. Lleva puesta su ropa deportiva debajo de la normal. Después de deportes se quita el short, pero siempre se deja la camiseta que llevaba debajo. Me deja preocupada por las chicas de Guadalajara. ¿Será obligatorio llevar camiseta interior?

Sólo conozco a otra chica más en la clase de deportes, Paola. En nuestro antiguo grupo no éramos muy íntimas. Cuando empezó la prepa estuvo a punto de dirigirme la palabra, pero en vez de eso miró al suelo y se amarró los tenis. Paola tiene un casillero de los grandes en un área discreta y limpia porque está en el equipo

de fútbol. No le importa cambiarse de ropa en público, incluso se cambia de sostén. Lleva un sostén para la clase normal y otro para deportes. Nunca se avergüenza ni se da la vuelta para cubrirse, se cambia de ropa y listo. Debe ser una característica de los deportistas. Cuando eres tan fuerte, no te importa que la gente haga comentarios sobre tus pechos o tu trasero.

Estamos a finales de septiembre y hemos empezado la unidad de hockey sobre pasto. El hockey sobre pasto es un deporte de lodo que sólo se juega en días húmedos y nublados cuando parece que va a nevar. ¿A quién se le habrá ocurrido esto? Paola es imparable en el campo. Avanza hacia la portería tan rápido que deja una estela de lodo volante que se estampa sobre cualquiera que se atreve a cruzarse en su camino. Luego hace un movimiento con la muñeca y la pelota entra en la portería. Ella sonrío y trota hacia el medio campo.

Paola es buena en cualquier cosa que incluya una pelota y un silbato. Basquetbol, fútbol, beisbol, atletismo, tenis, rugby. De todo. Y hace que parezca fácil. Los chicos miran cómo ella juega para aprender. Y además es guapa. El verano pasado se rompió un diente en un club de deportes y así se ve incluso más bonita.

Todos los profesores de deportes le tienen reservado a Paola un lugar especial en su corazón. Tiene “potencial”. Cuando la miran sólo ven títulos y un aumento de sueldo. Un día metió treinta y cinco goles, hasta que mi equipo amenazó con abandonar el juego.

El profesor la puso de árbitro. No sólo perdimos, sino que cuatro de mi equipo acabaron en la enfermería. Paola no cree en las faltas, pertenece a la escuela de “jugar hasta la muerte o la mutilación”.

Si no fuera por su actitud, sería mucho más fácil aceptar todo esto: el casillero horrible, Verónica revoloteando todo el día a mi

alrededor como una polilla, las mañanas frías en el lodo viendo cómo Paola, la princesa guerrera, se lleva los aplausos de los entrenadores. Lo aceptaría todo y seguiría con mi vida. Pero Paola es tan simpática. Incluso habla con Verónica, la de Guadalajara. Le ha dicho dónde comprarse un protector bucal para que el aparato de los dientes no le corte el labio si le dan un balonazo. Ahora Verónica quiere comprarse un sostén deportivo. Paola no es una imbécil. Sería mucho más fácil odiarla si lo fuera.





## Amigas

Raquel está conmigo en el baño. Corrección. Rachele está conmigo en el baño. Se ha cambiado el nombre y reivindica su ascendencia europea juntándose con los estudiantes extranjeros que han venido de intercambio. Llevamos cinco semanas de clase y ya dice palabrotas en francés, lleva medias negras con franjas y no se afeita las axilas. Cuando levanta la mano para saludar me recuerda a un chimpancé.

Me parece increíble que fuera mi mejor amiga. Estoy en el baño intentando ponerme el lente de contacto derecho que se me ha salido. Ella se extiende manchas de rímel por el párpado inferior para lograr un aspecto cansado y enfermizo. Estoy a punto de salir corriendo para que no me vuelva a echar mal de ojo, pero la Pelos, mi

profesora de Español, está patrullando el pasillo y a mí se me olvidó ir a su clase hoy.

Yo: “Hola”.

Rachelle: “Mmm”.

¿Y ahora qué? Voy a mostrarme totalmente fría y relajada, como si no hubiera pasado nada. Piensa en un trozo de hielo. Piensa en la nieve.

Yo: “¿Qué tal?”. Intento ponerme el lente y me meto el dedo en el ojo. Muy relajada.

Rachelle: “Ah”. Se pone rímel en el párpado y lo embarra por toda la cara.

No quiero relajarme. Me dan ganas de agarrarla por el cuello, sacudirla y gritarle que deje de tratarme como si fuera una indeseable. Ni siquiera se molestó en averiguar la verdad.

¿Qué tipo de amiga es? El lente se dobla debajo del párpado. El ojo derecho se llena de lágrimas.

Yo: “¡Ay!”.

Rachelle (resopla y se aleja del espejo, moviendo la cabeza de un lado a otro para admirar los manchurroneos negros de sus mejillas, que parecen caca de ganso): “*Pas mal*”.

Saca un cigarro de caramelo y se lo lleva a los labios. Rachelle se muere por fumar, pero como tiene asma ha iniciado una nueva moda hasta ahora desconocida en la prepa: cigarros de caramelo. A los estudiantes extranjeros les encanta. Dentro de poco le dará por beber café negro y leer libros sin imágenes.

Una estudiante extranjera tira de la cadena y sale del baño. Parece modelo y se llama Greta o Ingrid.

“¿Acaso este país es el único con chicos gordos?”. Dice algo en otro idioma y Rachelle se ríe. Sí, claro, como si hubiera entendido.

Yo: ...

Rachelle me echa un aro de humo imaginario del cigarro de caramelo en la cara. Me acaba de dejar tirada como a una tortilla fría en el suelo de la cocina. Rachelle y Greta-Ingrid salen del baño. Ninguna de las dos lleva papel higiénico pegado a las botas. No hay justicia en este mundo.

Necesito una nueva amiga. Necesito una amiga y punto. No tiene que ser una amiga íntima ni nada, ni tenemos que intercambiar ropa o quedarnos a dormir en casa de la otra y contarnos todo. Sólo una medio amiga, una amiga desechable, como un accesorio. Sólo para no sentirme ni parecer tan estúpida.

Mi aportación al diario de hoy: “Los estudiantes extranjeros están arruinando el país”.



## *Veroniqueando*

En el autobús camino a casa de Verónica, ella intenta convencerme de que nos inscribamos a un club. Tiene un plan. Quiere que nos inscribamos a cinco cosas distintas, una para cada día de la semana. Lo más complicado es elegir los grupos con la “gente adecuada”. El Club de Inglés está descartado, al igual que el de Boliche. A Verónica le gusta jugar boliche, era algo muy popular en su antigua escuela, pero después de ver nuestros boliches ha decidido que a la “gente adecuada” nunca se le ocurriría jugar allí.

Cuando llegamos a casa de Verónica su madre nos recibe en la puerta. Quiere que le contemos cómo ha sido nuestro día y cuánto tiempo llevo viviendo en la ciudad; me hace preguntas indirectas sobre mis padres para hacerse una idea de si soy el tipo de amiga

que le conviene a su hija. No me importa. Está bien que se preocupe por ella.

No podemos entrar en la habitación de Verónica porque los decoradores no han terminado todavía. Cargadas con un tazón de palomitas anaranjadas y refrescos sin azúcar nos refugiamos en el cuarto de lavado. Los decoradores lo terminaron primero y no parece cuarto de lavado en absoluto. El piso es más bonito que el de nuestra sala. Una televisión gigantesca brilla en un rincón y hay una mesa de billar y aparatos de gimnasio. Ni siquiera huele a ropa sucia.

Verónica se sube a la cinta de correr y sigue con sus planes. Todavía no ha terminado de estudiar la vida social de nuestra prepa, pero le parece que el Club Internacional y el coro serían buenos lugares para empezar. A lo mejor podemos participar en el musical. Prendo la tele y me como sus palomitas.

Verónica: “¿Qué hacemos? ¿A qué te quieres inscribir? Quizá deberíamos dar clases a los de primaria”.

Ella sube la velocidad de la cinta. “¿Y tus amigas del año pasado? ¿No conoces a Paola? Pero Paola siempre está haciendo deporte, ¿no? Yo no podría hacer deporte. Me caigo con facilidad. ¿Qué quieres hacer?”.

Yo: “Nada. Los clubes son una estupidez. ¿Quieres palomitas?”.

Ella sube la velocidad de la cinta y se lanza a un trote rápido. La cinta hace tanto ruido que casi no oigo la tele. Verónica me regaña con el dedo. “Un error muy común entre los nuevos es apartarse”, dice. “No debo dejarme intimidar, tengo que involucrarme en cosas, formar parte del colegio. Eso es lo que hacen los alumnos populares”. Se gira hacia la cinta y se seca la frente con una gruesa

toalla que cuelga de un lado de la máquina. Tras unos minutos, para enfriarse, se baja de un brinco.

“Cien calorías”, anuncia. “¿Quieres probar?”.

Me da un escalofrío y le paso las palomitas. Ella alarga la mano por encima de mí y toma un bolígrafo con un pompón morado de encima de la mesa.

“Tenemos que hacer planes”, dice solemnemente. Dibuja cuatro columnas, una por cada evaluación, y luego escribe “objetivos” encima de cada una. “No vamos a llegar a ningún sitio si no sabemos cuáles son nuestros objetivos. Eso es lo que dice todo el mundo, y es totalmente cierto”. Abre su lata de refresco.

“¿Cuáles son tus objetivos, Mariana?”.

Antes, yo era como Verónica. ¿Tanto he cambiado en dos meses? Es una chica feliz, motivada, en forma. Tiene una madre agradable y una televisión genial. Pero es como un perro que no hace más que subirse encima de ti. Me sigue por los pasillos hablando hasta por los codos.

Mi objetivo es ir a casa y dormir una siesta.





## Madriguera

Ayer, la Pelos me sacó de la hora de estudio y me obligó a hacer las tareas que me “faltaban” en su clase. Hizo unos ruiditos de preocupación y mencionó una reunión con mis padres. Nada bueno. Nadie se molestó en decirme que la hora de estudio tocaba hoy en la biblioteca. Para cuando la encontré, la hora casi se había acabado. La he regado. Intento explicárselo a la bibliotecaria, pero no paro de tartamudear y no me sale una sola frase.

Bibliotecaria: “Tranquila, tranquila, no pasa nada. No te pongas nerviosa. Eres Mariana Macías, ¿verdad? No te preocupes. Te apuntaré en la lista de los presentes. Deja que te explique cómo funciona esto. Si te parece que vas a llegar tarde, pídele al profesor un pase, ¿de acuerdo? No hay por qué llorar”.

Sostiene en la mano unas tarjetas verdes, las mismas que me van a librar de la cárcel. Sonríe e intento decir “gracias”, pero no me sale nada. Ella piensa que estoy emocionada porque no me ha castigado. Más o menos. No tengo tiempo para una siesta, así que saco un montón de libros para hacerla feliz. Incluso puede que lea alguno.

Mi brillante idea no se me ocurre en ese momento. Nace cuando el señor Cuello me busca en la cafetería para pedirme la tarea sobre las veinte formas en que los tarahumaras sobreviven en el desierto. Hago como que no lo veo. Atravieso la cola de la comida, rodeo a una pareja que se está besuqueando junto a la puerta y me lanzo por el pasillo. El señor Cuello se detiene para separar a los enamorados y yo me dirijo al área donde comen los de último año.

Estoy en territorio desconocido, ahí “donde ningún novato ha llegado”. No tengo tiempo de preocuparme por las miradas que me están echando. Oigo venir al señor Cuello. Doblo una esquina, abro una puerta y me adentro en la oscuridad. Sujeto la manija, pero el señor Cuello no la toca. Oigo sus pisadas avanzando pesadamente por el pasillo. Tanteo la pared con la mano hasta que encuentro el interruptor de la luz. No es un salón, es un cuartito de intendencia, del tamaño de un armario o clóset grande con olor a esponjas viejas.

La pared del fondo está cubierta de repisas llenas de libros de texto polvorientos y unas cuantas botellas de cloro. Un sillón manchado y un pequeño escritorio anticuado se asoman detrás de una colección de trapeadores y escobas. Hay un espejo inclinado sobre un fregadero lleno de cucarachas muertas unidas por telarañas. Las llaves están tan oxidadas que no giran. En este cuartucho no ha entrado ningún intendente en mucho tiempo.

Hoy en día tienen una nueva área y un almacén en la zona de carga y descarga. Todas las chicas evitan pasar por allí por las miradas y los suaves silbidos que te lanzan. Entonces este cuarto está abandonado, no tiene nombre ni función. Así que, sin duda, éste es el lugar perfecto para mí.

Me robo un montón de pases viejos del antiguo escritorio, que resulta era de la Pelos. Me siento muchísimo mejor.



## ¡Vamos, Diablos!

Tenemos una reunión para animar al equipo de fútbol. No sólo me voy a evadir del álgebra, sino que será un buen momento para limpiar mi cuarto secreto de intendencia. He traído algunas esponjas de casa. No hay por qué revolcarse en la mugre. Quiero traer una manta y aromatizantes.

Mi plan es dirigirme hacia el auditorio con el resto de la gente, y luego esconderme en un baño hasta que se despeje el panorama. Hubiera librado a los profesores sin problemas, pero no se me ocurrió pensar en Verónica. Justo cuando tenía a la vista el baño donde me escondería, me llama Verónica, viene corriendo y me agarra del brazo. Está rebotante de orgullo escolar, llena de ánimo, vitalidad y vestida de morado. Y cree que yo estoy tan contenta y

emocionada como ella. Avanzamos juntas hacia la sesión de lavado de cerebro y ella no para de hablar.

Verónica: “¡Qué emoción! Una reunión de animación. Hice pompones de sobra. Toma uno. Se verá genial cuando hagamos la ola. Te aseguro que nuestro grupo es el más animado. Siempre he querido ir a una cosa de éstas. ¿Te imaginas lo que debe ser estar en el equipo de futbol y que toda la escuela te eche porras? Debe ser increíble. ¿Crees que van a ganar esta tarde? Tienen que ganar, seguro que ganan. Hasta ahora ha sido una temporada difícil, pero les vamos a dar ánimos, ¿verdad, Mariana?”.

Su entusiasmo me da cosa, pero no me molesto en ser sarcástica, Verónica no lo entendería. Tampoco me va a matar ir a la reunión, al menos tengo con quién sentarme, y eso ya es subir un peldaño en la escalera de la aceptación social. No creo que sean tan malas estas reuniones.

Quiero quedarme de pie cerca de la puerta, pero Verónica me arrastra hasta la sección de nuestro grupo, en la parte de arriba.

“Conozco a esta gente”, dice. “Trabajan conmigo en el periódico”.

¿El periódico? ¿Tenemos un periódico escolar?

Me presenta a un grupo con caras pálidas y con granos. Reconozco vagamente a un par de ellos, pero el resto debe de venir de otro colegio. Curvo las comisuras de los labios sin morderme. Algo es algo. Verónica sonrío de oreja a oreja y me pasa un pompón. Me relajo un poco. La chica sentada detrás de mí me toca el hombro con sus uñas largas pintadas de negro. Ha oído cómo Verónica me presentaba.

“¿Macías?”, pregunta. “¿Eres Mariana Macías?”.

Me doy la vuelta. Estalla una bomba de chicle negro y se lo vuelvo a meter en la boca. Yo asiento con la cabeza. Verónica saluda con la mano a uno de segundo al otro lado del gimnasio. La chica me da un golpe emocional aún más fuerte: “¿No fuiste tú la que llamó a la policía en la fiesta de Sergio Ruiz al final del verano?”.

La sección de las gradas donde estamos sentadas queda congelada por un bloque de hielo. Todas las cabezas se vuelven hacia mí con el sonido de cientos de cámaras de fotos. No siento los dedos. Digo que no. Otra chica dice:

“A mi hermano lo arrestaron en esa fiesta y lo despidieron de su trabajo por el arresto. No puedo creer que lo hayas hecho. Idiota”.

“No lo entiendes”, responde la voz en mi cabeza. Es una pena que ella no la oiga. Se me cierra la garganta como si dos manos con uñas pintadas de negro me estrangularan. Me ha costado tanto olvidarme de cada segundo de esa estúpida fiesta, y aquí estoy en medio de una multitud hostil que me odia por lo que tuve que hacer. No puedo contar lo que pasó de verdad. A mí misma me cuesta recordar. Un ruido animal se revuelve en mi estómago.

Verónica se acerca a acariciar mi pompón, pero retira la mano. Por un momento parece que me va a defender. Pero no. Eso podría interferir con sus planes. Cierro los ojos. No digas nada. Respira.

Las porristas entran en el gimnasio dando volteretas laterales y gritando sus porras. La muchedumbre patatea y vocifera en las gradas. Me sujeto la cabeza entre las manos y grito para dejar salir el ruido animal y parte de lo que pasó aquella noche. Nadie me oye. Todos están histéricos.

La banda escolar se esfuerza por tocar una canción mientras las porristas dan saltos. La mascota de los Diablos Azules se gana una



ovación al hacer una voltereta hacia atrás y aterrizar sobre el director. El director nos saluda. Sólo llevamos seis semanas de clase. Todavía le queda sentido del humor.

Por fin nuestros queridos Diablos entran al gimnasio. Son los mismos brutos que en primaria se pasaban el día castigados por darle balonazos a la gente, pero ahora los felicitan por eso. Lo llaman futbol. El entrenador presenta al equipo. No los distingo. El entrenador Desastre tiene el micrófono pegado a los labios, así que lo único que oímos es el chisporroteo de la saliva y la respiración.

La chica sentada detrás de mí me clava las rodillas en la espalda. Las tiene tan afiladas como las uñas. Me echo hacia delante y sigo al equipo con atención. La hermana del arrestado se inclina hacia mí y, mientras Verónica sacude sus pompones, me da un tirón del pelo. Casi me subo a la espalda del que está sentado delante de mí. El chico se da la vuelta y me lanza una mirada criminal.

El entrenador por fin le pasa el micrófono húmedo al director quien nos presenta a nuestras queridas porristas. Se abren de piernas todas a la vez y la gente se vuelve loca. Nuestras porristas marcan más goles que nuestro equipo de futbol.

## Porristas

**Son doce:** Aitana, Ana, Andrea, Catalina, Daniela, Estefanía, Isabel, Magali, Marcela, Mayra, Sara y Paulette. Paulette es la capitana. La más güera entre las morenas.

Mis padres no me dieron una educación religiosa. Nuestra fe se reduce a adorar la Trinidad de Visa, Débito y Efectivo. Creo que las porristas de Madero me confunden, quizá porque nunca fui a catequismo. Tiene que ser un milagro, no se me ocurre otra explicación. Si no, ¿cómo pueden acostarse con el equipo de futbol el sábado por la noche y reencarnarse como diosas virginales el lunes por la mañana? Es como si pudieran funcionar en dos realidades simultáneamente. En un universo son guapas, tienen la dentadura perfecta, piernas largas y ropa de marca, y cuando cumplen dieciséis años les regalan coches deportivos. Los profesores les sonríen y les

ponen buenas calificaciones. Llaman por el nombre de pila a todos los maestros y son el orgullo de los Sementales. Perdón, el orgullo de los Diablos Azules.

En el universo número dos, dan fiestas tan salvajes que hasta los universitarios llegan. Adoran el olor a macho de los jugadores. Alquilan casas en las playas de Cancún en las vacaciones de primavera y consiguen descuentos grupales para abortar antes de la graduación.

Pero son tan bonitas. Y animan a nuestros chicos, incitándolos a la violencia y, si hay suerte, a la victoria. Éstas son las chicas modelo, las chicas que lo tienen todo. Seguro que ninguna de ellas se traba al hablar, o mete la pata, o siente que su cerebro se está disolviendo como un malvavisco. Todas tienen labios bonitos, delineados cuidadosamente con labial rojo y brillo.

Cuando termina la sesión, alguien me da un empujón accidental y termino tres filas más abajo. Si alguna vez formo mi propio clan será el de Antiporristas. No nos sentaremos en las gradas, estaremos por debajo, cometiendo pequeños actos de vandalismo.

## Lo contrario de inspiración es... ¿expiración?

Durante toda una semana, desde lo del gimnasio, he estado pintando acuarelas de árboles fulminados por un rayo. Intento pintarlos casi muertos, pero no del todo. El señor Cepeda no me dice ni una palabra, sólo levanta las cejas. Uno de los dibujos es tan oscuro que el árbol casi no se ve.

A todos nos va fatal. A Sofía le tocó “payasos”. Le dijo al señor Cepeda que odia los payasos porque uno la asustó cuando era pequeña y tuvo que ir a terapia. El señor Cepeda dice que el miedo es una puerta estupenda para entrar en el arte. Otra chica se queja de que “cerebro” es demasiado asqueroso para ella, dice que prefiere “gatitos” o “arcoíris”.

El señor Cepeda hace una pausa y eleva la voz:

“¡Ya está bien! Por favor, presten atención a las repisas”. Todos miramos obedientes.

Vemos libros. Esto es clase de Arte, ¿para qué queremos libros? “Si no se les ocurre nada, podrían dedicar un tiempo a estudiar a los maestros”. Saca unos cuantos libros. “Kahlo, Monet, O’Keefe, Rivera, Picasso, Dalí. Ellos no se quejaban, exploraban cada tema hasta encontrar la raíz de su significado. Claro que no tenían al consejo escolar obligándoles a pintar con las manos atadas a la espalda, tenían mecenas que entendían que debían comprar lo básico, como papel y pintura...”.

Suspiramos. Otra vez con lo del consejo escolar. El consejo le ha recortado el presupuesto para material y le ha dicho que utilice lo que sobró del año pasado. Nada de pintura ni papel extra. El profesor sigue con su rollo el resto de la clase: cuarenta y tres minutos. Hace calor en el aula llena de sol y con olor a pintura. Tres alumnos se quedan profundamente dormidos, con ronquidos y todo.

Yo me quedo despierta. Arranco una página de mi cuaderno, saco una pluma y garabateo un árbol. Parece de segundo de primaria. Inútil. Hago una bola con el papel y arranco otra hoja. No puede ser tan difícil poner un árbol en un papel. Dos líneas verticales para el tronco. Quizá unas cuantas ramas gruesas, unas cuantas más delgadas y un montón de hojas para ocultar los errores. Pinto una raya horizontal para el suelo y una margarita junto al tronco. No sé por qué me parece que el señor Cepeda no le va a encontrar mucho sentimiento a mi árbol. Yo no le encuentro ninguno. Al principio parecía un profesor genial. ¿Acaso nos va a dejar perder el tiempo con este proyecto ridículo sin ayudarnos?

## Teatro

Tenemos un día libre y voy a casa de Verónica. Yo quería quedarme durmiendo hasta tarde, pero Verónica insistió en que fuera a su casa, “por favor, por favor, por favor”. De todas formas, no hay nada en la tele. Su madre parece muy contenta de verme. Nos prepara tazas de chocolate e intenta convencer a Verónica para que invite a unas cuantas amigas a pasar la noche.

“A lo mejor Mariana podría traer a sus amigas”, le dice.

Yo no menciono la posibilidad de que Rachelle me cortaría el cuello sobre su alfombra nueva. Sonrío como una buena chica y su madre me acaricia la mejilla. Cada vez se me da mejor eso de sonreír cuando la gente lo espera.

La habitación de Verónica por fin está lista para exhibirse. No parece de una niña de primaria, ni siquiera de prepa. Parece sacada

de un anuncio de aspiradoras, recién pintada y con los surcos de la aspiradora en la alfombra. Las paredes color lila tienen un estampado elegante. El librero tiene puertas de cristal. Hay una televisión y un teléfono, y la tarea está ordenada sobre la mesa. El clóset está entreabierto. Lo abro un poco más con el pie. La ropa espera pacientemente colgada en los ganchos, organizada por clases: las faldas juntas, los pantalones colgados por el dobladillo y los suéteres doblados y metidos en bolsas de plástico en las repisas. La habitación grita “Verónica”. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo? No es que quiera que mi habitación grite “¡Verónica!”, eso sería de miedo. Pero no estaría mal, aunque sea, un susurro de “Mariana”. Me siento en el suelo y miro sus discos mientras se pinta las uñas en la mesa sin parar de hablar. Está decidida a apuntarse al musical. Los Colegas Musicales son un clan muy cerrado. Verónica no tiene ni talento ni conocidos y le digo que está perdiendo el tiempo. Ella cree que deberíamos intentarlo juntas. Me parece que la acetona se le ha subido a la cabeza. Mi función es asentir o negar con la cabeza, decir “te entiendo perfectamente” cuando no comprendo nada y “es una injusticia” cuando no lo es.

El musical se me daría bien porque soy una actriz estupenda. Tengo toda una gama de sonrisas: la tímida, mirando desde detrás del flequillo, para los profesores y la de “ojos chispeantes con un ágil movimiento de cabeza” para cuando me preguntan algo. Si mis padres quieren saber cómo me fue en la escuela, arqueo las cejas y me encojo de hombros. Cuando la gente me señala con el dedo o murmura a mi paso, saludo a amigos imaginarios al otro lado del pasillo y me apresuro a reunirme con ellos. Si abandono la escuela podría trabajar como mimo.

Verónica me pregunta por qué creo que no nos van a admitir en el musical. Doy un sorbito al chocolate y me quema el paladar.

Yo: “No somos nadie”.

Verónica: “¿Cómo puedes decir eso? ¿Por qué son todos tan antipáticos? No entiendo nada. Si queremos participar en el musical deberían dejarnos. Si no les gusta cómo cantamos, pues podríamos hacer de extras o algo. No es justo. Odio la prepa”.

Tira los libros al suelo y el esmalte de uñas verde se derrama sobre la alfombra color arena.

“¿Por qué es tan difícil hacer amigos aquí? ¿Es que hay algo raro en el agua? En mi antiguo colegio hubiera participado en el musical, en el periódico y hubiera organizado rifas. Aquí la gente ni siquiera sabe que existo. Me empujan en los pasillos y no encajo en ningún sitio y a nadie le importa. Y tú no eres de mucha ayuda. Eres tan negativa y no te esfuerzas nunca, sólo andas por ahí como si no te importara que la gente hable de ti a tus espaldas”.

Se tira en la cama y empieza a llorar desconsoladamente, aullando y dando grititos de frustración cuando le pega puñetazos a su oso de peluche. No sé qué hacer. Intento quitar la mancha de esmalte, pero la extiendo todavía más. Parecen algas. Verónica se limpia la nariz en la bufanda a cuadros del oso. Voy al baño y vuelvo con un rollo de papel y un bote de quitaesmalte.

Verónica: “Lo siento mucho, Marianita. No puedo creer que te haya dicho esas cosas. Es que me va a venir la regla, no me hagas caso. Te has portado tan buena onda conmigo. Eres la única persona en quien puedo confiar”. Se suena la nariz ruidosamente y se seca los ojos con la manga. Ella continúa: “Mira, eres igual que mi madre. Ella me dice que llorar no sirve de nada, tienes que seguir



adelante. Ya sé lo que vamos a hacer. Primero, conseguiremos meternos en un buen grupo y vamos a caerles muy bien. Y el año que viene los Colegas Musicales nos pedirán de rodillas que participemos en su musical”.

Es la idea más absurda que he oído en mi vida, pero digo que sí mientras vierto un poco de quitaesmalte en la alfombra. El esmalte se aclara y se pone de un brillante color verde vómito y la alfombra se destiñe alrededor de la mancha. Cuando Verónica ve lo que he hecho se echa a llorar otra vez diciendo que no ha sido mi culpa. El estómago me está matando. Su habitación no es tan grande para contener tanta emoción. Me voy sin despedirme.

## Drama en la cena

Mis padres hacen ruidos amenazadores, convirtiendo la cena en melodrama. Mi padre imita a Arnold Schwarzenegger y mi madre hace de Itatí Cantoral en uno de sus papeles de loca peligrosa. Yo soy la víctima.

Mamá (sonrisa asesina): “¿Creías que te ibas a librar, eh, Mariana? ¿Creías que ahora que vas a la prepa no hacía falta enseñarnos las tareas ni los exámenes que has reprobado?”.

Papá (da un golpe en la mesa, los cubiertos saltan): “Déjate de rollos. Ella sabe perfectamente de qué se trata. Las calificaciones han llegado hoy. Escúchame bien, jovencita, no pienso volver a repetirlo: o mejoras esas calificaciones o te vas a arrepentir. ¿Me has oído? ¡Quiero que saques buenas calificaciones!” (ataca una papa asada con su tenedor).

Mamá (molesta por haber perdido protagonismo): “Déjame hablar a mí. Mira, Mariana...”. (Sonríe. El público se estremece). “No te pedimos mucho, cariño. Sólo queremos que hagas lo mejor que puedas. Sabemos que tú puedes hacerlo mucho mejor. Ya antes lo has hecho muy bien. Mírame cuando te hablo”.

(La víctima mezcla queso con salsa sobre una tortilla. Mi padre rebufa como un toro. Mi madre agarra un cuchillo).

Mamá: “Te dije que me mires cuando te hablo”.

(La víctima mezcla chícharos en salsa con queso. Papá deja de comer).

Mamá: “¡Mírame ahora!”.

Está usando su voz letal, la voz que significa que está hablando en serio. Cuando era más pequeña, me hacía pipí cada vez que oía esa voz. Ahora hace falta algo más. Miro a mi madre directamente a los ojos, luego limpio el plato y me retiro a mi habitación. Ahora que se han quedado sin víctima mis padres se gritan uno al otro. Subo el volumen de la música para no escucharlos.

## Rosas azules

Tras el interrogatorio de anoche, intento poner atención en la clase de Biología. Estamos estudiando las células, que tienen todas estas partes pequeñas que no se ven a menos que las mires con un microscopio. Y tenemos microscopios de verdad, no de esos de juguete. No está mal.

Nuestra profesora es la señora Saldívar. Me da un poco de pena. Podría haber sido una científica famosa o una doctora o algo, y en lugar de eso está aquí lidiando con nosotros. Ha colocado cajas de madera al frente del salón y se sube a ellas cuando habla con nosotros. Si comiera menos donas, parecería una muñeca de abuelita. Pero tiene una figura gelatinosa, casi siempre embutida en poliéster naranja. Huye de los jugadores de basquetbol. Desde su perspectiva, les debe parecer una pelota.

Mi compañero de laboratorio es Diego Martínez. Sería guapo si se quitara el aparato de los dientes. Pertenece al clan de los Genios y es tan inteligente que pone nerviosos a los profesores. Normalmente alguien así se llevaría una paliza tras otra, pero los chicos malos lo dejan en paz. Tengo que averiguar su secreto. Diego me ignora casi todo el tiempo, excepto cuando estuve a punto de arruinar el microscopio de cinco mil pesos al girar una rueda en sentido contrario. Aquel día la señora Saldívar llevaba un vestido morado con rosas azules brillantes. Desconcertante. No deberían dejar que los profesores cambiaran así, sin algún tipo de advertencia. Alborota a los alumnos. Durante días no se habló de otra cosa. No se lo ha vuelto a poner.

## Alumnos divididos entre confusión es igual a álgebra

Me siento en la mesa cuando sólo quedan diez minutos de clase de Álgebra. El señor García examina mi pase de retardo durante un buen rato. Saco una hoja limpia para copiar los problemas del pizarrón. Me siento en la última fila para poder ver a todo el mundo y, además, poder vigilar el estacionamiento por la ventana. Me veo como el sistema de alarma de la clase. Hago planes para situaciones de emergencia.

¿Cómo escaparíamos si explotara el laboratorio de química? ¿Y si hubiera un terremoto? ¿Una inundación repentina?

Es imposible concentrarse en el álgebra. No es que se me dificulten las matemáticas. El año pasado era la mejor, por eso mi padre me compró la bicicleta.

Las matemáticas son fáciles porque no hay nada que discutir. La respuesta está bien o está mal. Que me den una hoja llena de problemas de matemáticas y tendré correcto el noventa y ocho por ciento.

Pero el álgebra es otra cosa. Sabía para qué tenía que aprender las tablas de multiplicar. Las fracciones, los decimales e incluso la geometría, todo eso es práctico. Son cosas que se pueden usar en la vida real. Era tan lógico que no había que pensar en ello. Hacía mis tareas y sacaba buenas calificaciones.

¿Pero álgebra? Todos los días alguien le pregunta al señor García por qué tenemos que estudiarla. Y se nota que eso le duele en el alma. El señor García adora el álgebra. Se pone poético sobre el tema, al estilo algebraico integral. Habla del álgebra como otros hombres hablarían de sus coches. Si le preguntas por qué álgebra, se lanza a contar mil y una historias para justificarlo. Y ninguna tiene sentido.

El señor García pregunta si alguien puede explicar la importancia del no sé qué en el teorema de sabe que cosa. Verónica sabe la respuesta. Está equivocada. García lo intenta de nuevo. ¿Yo? Niego con la cabeza y sonrío con tristeza. Hoy no, inténtelo otra vez dentro de veinte años. Me llama al pizarrón.

Señor García: “¿Quién quiere ayudar a Mariana a entender cómo se resuelve este problema? ¿Raquel? Perfecto”.

Mi cabeza explota con un ruido de camiones de bomberos al salir de la estación. Ésta sí que es una emergencia. Raquel/Rachelle taconeá con los botines hasta el pizarrón, vestida con un escandaloso traje holandés-escandinavo. Se ve entre bonita y elegante. Me clava en la frente su visión de rayos láser. Yo llevo la típica ropa descuidada, un apestoso suéter gris y un pantalón de mezclilla

deslavado. En este momento me acabo de acordar de que me tengo que lavar el pelo.

Rachelle abre y cierra la boca y desliza la mano sobre el pizarrón, trazando números y formas raras. Me muerdo el labio inferior, metiéndomelo totalmente entre los dientes. Si lo intento, a lo mejor consigo tragarme toda. El señor García dice algo y Rachelle aletea las pestañas con coquetería. Me da un empujoncito. Nos tenemos que sentar. La clase se ríe y volvemos a nuestro sitio. Tenía que haber puesto más empeño en tragarme a mí misma.

Mi cerebro opina que no debemos volver a la clase de Álgebra. Tenemos mejores cosas en qué pensar. Es una pena. El señor García parece un tipo agradable.





## Día de Muertos

Mis padres dicen que soy demasiado grande para disfrazarme. Estoy encantada, así no tengo que admitir que nadie me ha invitado a salir a pedir dulces. Pero no quiero decírselo a mis padres y, para guardar las apariencias, subo enfadada a mi habitación y cierro de un portazo.

Miro por la ventana. Unas criaturas vienen en grupo por la calle: un pirata, un dinosaurio, dos hadas y una novia. ¿Por qué los niños nunca se disfrazan de novios en Halloween? Sus padres charlan en la acera. La noche es peligrosa y los padres tienen que salir también, como fantasmas con pantalones caqui y chamarras largas flotando detrás de los niños.

Suena el timbre. Mis padres se pelean para ver quién sale a abrir. Mi madre dice una palabrota y abre la puerta con un agudo “uy, uy,

uy, pero qué tenemos aquí”. Debe haberles dado sólo un chocolate a cada uno, porque no suenan muy entusiastas al dar las gracias. Los niños atraviesan el jardín hasta la siguiente casa y sus padres los siguen por la acera.

El año pasado, en nuestro grupo, nos disfrazamos de brujas. Fuimos a casa de Sofía porque ella y su hermana mayor tenían maquillaje de teatro. Nos intercambiamos la ropa y nos dimos el lujo de comprarnos pelucas negras baratas. Raquel y yo éramos las mejores. Con el dinero que habíamos ganado de niñeras nos compramos capas de satín forradas de rojo. Fue genial. Fue una noche particularmente cálida. No hacía falta llevar ropa interior de invierno y el cielo estaba despejado. Se levantó un viento que arrastraba las nubes por delante de la luna llena, que había salido especialmente para hacernos sentir más fuertes y poderosas. Pasamos volando a través de la noche, como una familia de brujas invencibles.

Por un momento llegué a sentir que éramos capaces de lanzar hechizos para convertir a la gente en sapos o conejos, castigar el mal y premiar el bien.

Conseguimos kilos de dulces. Cuando los padres de Sofía se fueron a dormir, encendimos una vela en la casa que se encontraba totalmente a oscuras. La sostuvimos en alto delante de un espejo antiguo a medianoche para ver nuestro futuro. Yo no vi nada.

Este año Rachele va a una fiesta en casa de una de las estudiantes extranjeras. Oí cómo lo comentaba en clase de Álgebra. Sé que no me van a invitar. Con mi reputación, sería una suerte recibir una invitación para mi propio funeral. Verónica se ha ofrecido a acompañar a unos niños de su barrio para que sus madres puedan quedarse en casa.

Estoy preparada. Me niego a pasar la noche sufriendo en mi habitación o escuchando a mis padres discutir. He sacado un libro de la biblioteca: *Drácula*, de Bram Stoker. Un buen título. Me preparo en mi nido, con una bolsa de palomitas acarameladas y el monstruo chupasangre.



## Hazmerreír

En la locura que sigue al Día de Muertos, el consejo escolar ha decidido oponerse a que nos llamemos los Diablos. Ahora somos los Tigres de Madero. Grrrrr.

El Club Ecológico está planeando una protesta contra “la degradación de una especie en peligro de extinción”. Es de lo único que se habla, especialmente durante clase. Al señor Cuello le entra un ataque de ira y se pone a dar de gritos sobre la motivación, la identidad y el sagrado espíritu escolar. No vamos a llegar ni a la Revolución.

Soy el hazmerreír en clase de Inglés. Resulta que *pretty* significa “guapa”. Vaya chiste. La profesora dice mi nombre y algún listo salta: “No, Mariana no *pretty*”. Durante el resto de la clase me llaman Mariana-no-*pretty*. Así es como empiezan los *bullies*, con este

tipo de bromitas inocentes. Me pregunto si aún podría cambiarme a alemán.

Se me acaba de ocurrir una teoría que lo explica todo. Cuando fui a aquella fiesta me secuestraron unos extraterrestres. Crearon un planeta Tierra falso y una prepa falsa para estudiarme a mí y mis reacciones. Desde luego, esta teoría explicaría la comida de la cafetería. Pero lo demás no. Los extraterrestres tienen un sentido del humor asqueroso.

## Las Martas

Verónica ha encontrado un clan: las Martas. La han aceptado como aspirante y la tendrán a prueba durante un tiempo. No sé de qué manera lo habrá conseguido, pero me imagino que con dinero de por medio. Es parte de su estrategia de hacerse un lugar en la escuela. Y se supone que yo tengo que acompañarla.

¡A las Martas! ¡Qué horror!

Es un clan que sale caro: el vestuario tiene que ser coordinado y apropiado para la estación. Y perfectamente planchado. Este otoño se llevan los cuadros escoceses con suéteres combinados en colores con nombres de fruta, como durazno y rojo manzana. En el invierno son los suéteres de lana canadiense, pantalones de lana forrados y adornos para el pelo con motivos navideños. Todavía no le han dicho qué ropa tiene que comprarse para la primavera, pero yo



adivino que serán faldas con un estampado de ocas y blusas blancas con patitos bordados en el cuello.

Le digo a Verónica que debería ser un poco más atrevida y reflejar de forma irónica la moda de los años cincuenta, con su inocencia: pasteles de manzana y todas esas cursilerías. Pero ella cree que las jefas del clan, Anahí, Karla y Leslie, no entenderían la ironía. Les gustan demasiado las reglas.

Las Martas se dedican a hacer buenas obras. El nombre del grupo viene de un personaje de la Biblia (la fundadora original del clan se volvió misionera). Pero ahora siguen más a otra Marta, la Marta de la tele, una señora que escribe libros sobre decoración. Las Martas tienen proyectos y ayudan a la gente. Es el trabajo ideal para Verónica. Me ha dicho que patrocinan la colecta de alimentos para los pobres, dan clases a niños y organizan una marcha, un concurso de baile y lo que haga falta para recaudar fondos para no sé qué. También les hacen la vida agradable a los profesores. ¡Guácala!

Su primer proyecto “Marta” va a ser decorar la sala de profesores para la reunión/fiesta del Día de la Revolución. Me acorrala después de Inglés y me suplica que la ayude. Cree que las Martas le han dado a propósito una tarea imposible para poder rechazarla. Siempre he querido saber cómo era la sala de profesores. Se oyen tantos rumores. ¿Habría un camastro para los profesores que necesiten echarse una siesta? ¿Montones de pañuelos de papel para las crisis emocionales? ¿Cómodos sillones de cuero y un mayordomo privado? ¿Estarán allí los expedientes secretos sobre todos los alumnos?

Resulta que es una habitación pequeña pintada de verde, con las ventanas sucias y un persistente olor a tabaco, aunque hace años

está prohibido fumar en todo el colegio. La mesa destartalada está rodeada de sillas plegables de metal. En una pared cuelga un tablón de anuncios con papeles de la época en que el hombre llegó a la luna. Por mucho que miro, no logro encontrar los archivos secretos. Seguro están en la oficina del director.

Mi misión es hacer un centro con hojas de tela, bellotas, lazos y un kilómetro de alambre. Verónica va a poner la mesa y a colgar un banderín con motivos otoñales. No para de hablar de sus clases mientras yo destrozo una hoja roja tras otra. Le pregunto si podemos cambiar antes de que yo misma me cause un daño físico irreparable. Verónica me desenrolla cuidadosamente de entre el alambre. Sujeta unas cuantas hojas en una mano, enrosca el alambre alrededor de los rabillos, dos vueltas, lo esconde bajo el lazo y pega las bellotas con pegamento. Es terrorífico. Terminó rápidamente de poner la mesa.

Verónica: “¿Qué te parece?”

Yo: “Eres una decoradora genial”.

Verónica (los ojos al cielo): “No, tonta. ¡Que qué te parece esto! ¡Yo! ¿No es increíble que me vayan a aceptar? Anahí me ha tratado tan bien, me llama todas las noches sólo para hablar”, dice mientras pasea alrededor de la mesa enderezando los tenedores que yo acabo de colocar. “Te parecerá ridículo, pero el mes pasado me sentí tan mal que les pedí a mis padres que me mandaran a un internado. Pero ahora tengo amigas, y ya sé cómo abrir mi casillero, y (hace una pausa y contrae toda la cara) ¡es perfecto!”.

No hace falta que finja una respuesta porque en ese momento aparecen Anahí, Karla y Leslie con bandejas de magdalenas y rodajas de manzana bañadas en chocolate. Anahí me mira y arquea una ceja.

Yo: “Gracias por pasarme la tarea, Verónica. Has sido muy amable”.

Me escabullo hacia la puerta y la dejo entreabierta para ver qué va a pasar. Verónica espera en posición de firme mientras inspeccionan nuestra obra. Anahí toma el centro y lo examina desde todos los ángulos.

Anahí: “Bien hecho”. Verónica se pone colorada.

Karla: “¿Quién era esa chica?”.

Verónica: “Es una amiga. Ella fue la primera que me habló al inicio de clases”.

Leslie: “Me da ansias. ¿Qué le pasa en los labios? Parece como si tuviera una enfermedad o algo”.

Karla mira la hora. La correa de su reloj hace juego con su broche del pelo. Cinco minutos. Verónica tiene que irse antes de que lleguen los profesores. Una condición del periodo de prueba es que nadie reconozca el mérito de su trabajo.

Me escondo en el baño hasta que sé que el autobús de Verónica se ha ido. Me gusta el sabor de las lágrimas saladas que me escurren en los labios descarnados. Me lavo la cara en el lavabo hasta que no queda nada, ni ojos, ni nariz, ni boca. Nada de nada.

## Pesadilla

Veo a ESO en el pasillo. ESO es un alumno de la prepa de último año. ESO viene con la porrista Andrea. ESO es mi pesadilla y no me puedo despertar. ESO me ve. ESO me sonríe y me guiña un ojo. Menos mal que tengo los labios cosidos, de lo contrario hubiera vomitado.



## Mis calificaciones

Amabilidad: 8

Comedor: 6

Vestimenta: 7

Historia: 7

Biología: 8

Inglés: 7

Español: 7

Álgebra: 7.5

Educación Física: 7.5

Arte: 10



Segundo bimestre





¡Vaya!

El Club de Ecología ha ganado la segunda ronda. Ya no somos los Tigres porque el nombre muestra una “falta de respeto sorprendente” hacia una criatura en peligro de extinción. Sé que estoy en *shock*.

El Club de Ecología hizo grandes carteles. Presentaron los titulares en la página de deportes: ¡TIGRES DESTROZADOS! ¡TIGRES SACRIFICADOS! Lado a lado con fotos a color de tigres de Bengala con sus pieles peladas. Eficaz.

El Club de Ecología tiene buenas personas de relaciones públicas. (El equipo de futbol habría protestado, pero la triste verdad es que han perdido todos los partidos de esta temporada. Están felices de no ser llamados los Tigres. Otros equipos los llamaban Gatitas. Muy poco varonil).

Más de la mitad de la escuela firmó una petición y los abraza árboles recibieron cartas de apoyo de grupos externos y tres personas famosas.

Nos llevan a una asamblea que se supone que es un “foro democrático” para elegir una nueva mascota escolar.

¿Quiénes somos? No podemos ser los Bucaneros porque los piratas apoyaron la violencia y la discriminación contra las mujeres. El niño que sugiere los Zapateros en honor a la antigua fábrica de mocasines que solía estar donde ahora está la escuela es abucheadado fuera del auditorio. Los Guerreros insultan a los pueblos indígenas nativos.

Creo que los Patriarcas Egoístas Dominantes sería perfecto, pero no lo sugiero.

El consejo estudiantil está celebrando una elección antes de las vacaciones de invierno. Nuestras opciones:

- a. Las Abejas: útiles para la agricultura, dolorosas cuando molestan.
- b. Los Icebergs: en honor a nuestro clima festivo de invierno.
- c. Los Montañeses: garantizado en asustar a los oponentes.
- d. Los Marsupiales: nadie sabe si están en peligro de extinción.

## Mi lugar secreto

Mis padres me ordenaron que me quedara después de la escuela todos los días para recibir ayuda adicional de los maestros. Acepté quedarme después de la escuela. Me quedo en mi armario redecorado. Se está arreglando muy bien.

Lo primero que se tiene que ir es el espejo. Está atornillado a la pared, así que lo cubro con un póster de Gabriel García Márquez que la bibliotecaria me dio. La bibliotecaria dijo que el señor García Márquez es uno de los mejores escritores latinos.

Quitaron el póster porque la junta escolar prohibió uno de sus libros. Él debe ser un gran escritor si la junta escolar le tiene miedo. La foto de Gabriel García Márquez me mira mientras barro y trapeo el piso, mientras limpio los estantes, mientras persigo arañas en las esquinas. Hago un poco de trabajo todos los días. Es como construir

un fuerte. Me imagino que a Gabriel le gustaría que leyera aquí, así que traigo algunos libros de casa.

Cada vez es más difícil hablar. Mi garganta siempre está adolorida, mis labios crudos. Cuando me levanto por la mañana, tengo las mandíbulas apretadas con tanta fuerza que me duele la cabeza. A veces mi boca se relaja alrededor de Verónica, si estamos solas. Cada vez que trato de hablar con mis padres, o un maestro, escupo o me paralizo. ¿Qué está mal conmigo? Es como si tuviera algún tipo de laringitis espástica.

Sé que mi cabeza no está bien atornillada. Quiero irme, transferirme, desviarme a otra galaxia. Quiero confesarlo todo, entregar la culpa, el error y la ira a otra persona. Hay una bestia en mis entrañas, puedo escucharla raspando el interior de mis costillas. Incluso si vuelco la memoria se quedará conmigo, manchándome. Mi clóset en la escuela es algo bueno, un lugar tranquilo que me ayuda a mantener estos pensamientos dentro de mi cabeza donde nadie los puede escuchar.

## Todos juntos ahora

Mi maestra de Inglés rompe la regla de “no hablar español” para decirnos que es mejor que dejemos de fingir que no entendemos las tareas o que todos vamos a ser reprobados.

Luego repite lo que acaba de decir en inglés, aunque parece como si lanzara algunas frases adicionales. No sé porque ella no lo ha descubierto aún. Si sólo nos enseñara todas las malas palabras el primer día, habríamos hecho lo que ella quisiera el resto del año.

Ser reprobada no suena atractivo. Hago mi tarea: elijo cinco verbos y los conjugo. Para traducir: *translate*. Yo “translatir”.

Para fracasar: *fail*. I am casi *failing*.

Para ocultar: *hide*.

Para escapar: *escape*.

Para olvidar: *forget*.



## Orientación de carreras

En caso de que olvidemos que “estamos aquí para obtener una buena base para poder ir a una universidad a la altura de nuestro potencial, obtener un buen trabajo, vivir feliz para siempre e ir a Disneyland” tenemos un día de orientación.

Como todas las cosas de prepa, comienza con una prueba, una prueba de mis deseos y mis sueños. (a) ¿Prefiere pasar el tiempo con un grupo grande de personas? (b) ¿Prefiere pasar tiempo con un pequeño grupo de amigos cercanos? (c) ¿Prefiere pasar tiempo con la familia? (d) ¿Prefiere pasar tiempo solo?

¿Soy (a) un ayudante?, (b) ¿un hacedor?, (c) ¿un planificador?, (d) ¿un soñador?

Si estuviera atada a vías férreas y el tren de las tres con quince a Aguascalientes estuviera listo para abrirse paso a través de mi torso,



(a) ¿gritaría por ayuda?, (b) ¿pediría a mis amiguitos ratones que mastiquen las cuerdas?, (c) ¿recordaría que mis pantalones favoritos estaban en la secadora y estaban arrugados irremediablemente?, (d) ¿cerraría los ojos y fingiría que nada está mal?

Doscientas preguntas después, obtengo mis resultados. Debería considerar una carrera en (a) silvicultura, (b) militar, (c) comunicaciones, (d) ciencia mortuoria.

Los resultados de Verónica son más claros. Ella debería ser una enfermera. La hace saltar hacia arriba y hacia abajo. Verónica: “¡Esto es lo mejor! Sé exactamente lo que voy a hacer. Estaré en el hospital este verano. ¿Por qué no lo haces conmigo? Estudiaré mucho en Biología e iré a la Autónoma y conseguiré mi licenciatura en enfermería. ¡Qué gran plan!”.

¿Cómo podría ella saber eso? No sé lo que haré en los próximos cinco minutos y ella tiene resueltos los próximos diez años. Me preocuparé por salir viva del primer año de prepa. Entonces pensaré en una trayectoria profesional.

## Libertad de expresión

El señor Cuello irrumpe en clase como un toro persiguiendo treinta y tres banderas rojas. Nos deslizamos a nuestros asientos. Creo que de seguro va a explotar, lo cual sí hace, pero de una manera impredecible, ligeramente educativa.

PRIORIZACIÓN. Lo escribe en la pizarra. Estoy bastante segura de que lo deletreó bien.

Señor Cuello: “Mi familia ha estado en esta ciudad durante más de doscientos años. Construimos este lugar, estudiamos y aportamos a la vida en sociedad, pagamos impuestos y obedecemos la ley”. Una pregunta se forma sobre las cabezas de todos en la clase: “¿esto estará en el examen?”.

Señor Cuello: “Entonces, díganme, ¿por qué mi hijo no pudo entrar al Heroico Colegio Militar?”. Algunas manos se arrastran

hacia el cielo. El señor Cuello los ignora. Es una pregunta retórica, una pregunta que él hizo para poder dar la respuesta. Me relajo. Esto es como cuando mi padre se queja de su jefe. Lo mejor que puedes hacer es permanecer despierta y parpadear con simpatía. Su hijo quería ser oficial en el ejército, pero no consiguió el empleo. El señor Cuello está convencido de que esto es debido a algún tipo de discriminación.

Él dice que debemos dar prioridad a algunas personas sobre otras, para que los interesados de verdad puedan obtener los empleos que merecen. Mi prueba de trabajo dijo que sería una buena militar. Me pregunto si podría quitarle un trabajo al hijo del señor Cuello.

Me desconecto y me concentro en mi garabato, un pino. He estado tratando de tallar un bloque de linóleo en la clase de Arte. El problema con el bloque es que no hay forma de corregir errores. Cada error que cometo está congelado en la imagen. Así que tengo que pensar en el futuro.

El señor Cuello vuelve a escribir en la pizarra: DEBATE: Las personas de raza indígena no deben tener prioridad en escuelas militares. Eso golpea un nervio. Varios nervios. Las manos se dispararon. Suplican discrepar con la opinión aprendida del señor Cuello.

No sé sobre los orígenes de mi familia y de dónde provinieron mis ancestros. De algún lugar caliente, donde comen frijoles el jueves y cuelgan su ropa atrás junto al gallinero. No sé cuánto tiempo hemos estado aquí. Hemos estado en este municipio desde que estaba en primer grado. Eso debe contar para algo.

Los argumentos saltan de un lado a otro a través de la habitación. Un miembro del Club de Tiro con Arco intenta decir que todos somos extranjeros y deberíamos devolverles el país a los

pueblos indígenas, pero está enterrada bajo desacuerdo. El señor Cuello disfruta del ruido, hasta que un niño lo desafía directamente.

Chico valiente: “Tal vez tu hijo no consiguió ese trabajo porque no es lo suficientemente bueno. O es perezoso. O los demás aspirantes eran mejores que él, sin importar el color de su piel”.

Las fuerzas proindígenas estallan en aplausos y gritos.

Señor Cuello: “Cuida tu boca, muchacho. Estás hablando de mi hijo. No quiero saber nada más de este tema. Ya es suficiente debate. Saquen sus libros”.

El señor Cuello vuelve a tener el control. El *show* se ha terminado. Intento dibujar una rama que sale de un tronco de árbol por enésima vez. Se ve tan plano, un dibujo barato y tosco. No tengo idea de cómo hacer que cobre vida. Estoy tan concentrada que al principio no me doy cuenta de que Diego Martínez, mi compañero de laboratorio, se ha puesto de pie. La clase deja de hablar. Dejo mi lápiz.

Señor Cuello: “Señor Martínez, tome asiento”.

Diego Martínez nunca nunca se mete en problemas. Él es el niño que gana premios de asistencia perfecta, que ayuda al personal a detectar errores en los archivos de computadora que guardan las boletas de calificaciones. Muevo una horquilla en mi meñique. ¿En qué está pensando? ¿Se ha vuelto loco? ¿Finalmente se quebró bajo la presión de ser más inteligente que todos?

Diego: “Si la clase está debatiendo, entonces cada estudiante tiene derecho a decir lo que piensa”.

Señor Cuello: “Yo decido quién habla aquí”.

Diego: “Usted abrió un debate. No puede cerrarlo sólo porque no va como desea”.

Señor Cuello: “Sí puedo. Tome su asiento, señor Martínez”.

Diego: “La Constitución no reconoce diferentes clases de ciudadanos según su color de piel o pueblo de origen. Soy un ciudadano, con los mismos derechos que su hijo o usted. Como ciudadano y como estudiante protesto por el tono de esta lección: es racista, intolerante y xenófoba”.

Señor Cuello: “¡Sienta tu trasero en esa silla, Martínez, y cierra la boca! Trato de hacerlos entrar en un debate aquí y ustedes lo convierten en una cuestión de racismo. Siéntese o irá con el director”.

Diego mira al señor Cuello, después mira hacia la puerta por un minuto, luego recoge sus libros y sale de la habitación. Dice un millón de cosas sin decir una palabra. Hago una nota para estudiar a Diego Martínez. Nunca he escuchado un silencio más elocuente.

## El Buen Fin

Mi madre, normalmente estresada y apresurada, siempre se convierte en una bola de estrés andando justo antes de Navidad. Es debido al Buen Fin, el inicio de la temporada de compras navideñas. Si ella no vende mil millones de camisas y doce millones de pantalones en el Buen Fin, el mundo se acabará. Ella vive de cigarrillos y café negro, maldiciendo como una estrella del rap y llevando hojas de cálculo en su cabeza. Los objetivos que establece para su tienda son totalmente irreales y ella lo sabe. Ella no puede ayudarse a sí misma. Es como ver a alguien atrapado en una cerca eléctrica, retorciéndose y retorciéndose y muy atascado. Cada año, justo cuando está estresada hasta el punto de ruptura, prepara la cena del Buen Fin con el pavo que le regala su jefe. Le rogamos que no lo haga. Le suplicamos, le enviamos notas anónimas. Ella no hace caso.

Me acuesto la noche anterior a las diez. Ella está golpeando su computadora portátil en la mesa del comedor. Cuando bajo en la mañana ella sigue allí. No creo que haya dormido.

Ella me mira con mi bata y zapatillas de conejo. “Oh, maldita sea”, dice. “El pavo”.

Pelo las papas mientras ella le da un baño caliente al pavo congelado. Las ventanas se empañan, separándonos del exterior. Quiero sugerir que tengamos algo más para la cena, tal vez espaguetis o sándwiches, pero sé que ella no lo tomaría de la manera correcta. Prepara el relleno que llevará el pavo pero sin poner atención a la cantidad de ingredientes. Estoy impresionada. El año pasado ella cocinó el pavo con todo y bolsa.

Cocinar el pavo regalado del Buen Fin significa algo para ella. Es como una obligación sagrada, parte de lo que la convierte en esposa y madre. Mi familia no habla mucho y no tenemos nada en común, pero si mi madre prepara una buena cena, dice que seremos una familia por un año más. Lógica Polaroid.

Sólo en los comerciales funcionan las cosas así.

Termino las papas. Ella me envía a ver la televisión para hacerle compañía a papá.

“¿Cómo está ella?”, pregunta antes de ir a la cocina. “Es el pavo del Buen Fin”, le digo. Papá se pone el abrigo. “¿Donas?”, pregunta él. Asiento con la cabeza.

El teléfono suena. Mamá responde. Es la tienda. Emergencia número uno. Entro a la cocina por algo para beber. Me vierte jugo de naranja que no puedo beber porque me quema los labios. El pavo flota en el fregadero, un iceberg de carne de siete kilos. Un “pavoberg”. Me siento muy parecida al Titanic.

Mamá cuelga y me persigue con instrucciones para ducharme y limpiar mi habitación. Me remajo en la bañera. Lleno mis pulmones con aire y floto sobre el agua, luego soplo todo mi aliento y me hundo hasta el fondo. Pongo mi cabeza bajo el agua para escuchar los latidos de mi corazón. El teléfono vuelve a sonar.

Emergencia número dos. Para cuando estoy vestida, las noticias han terminado y papá está viendo fútbol. El azúcar de alguna dona reposa sobre su cara. No me gusta cuando él vaga por la casa en vacaciones. Me gusta mi papá bien afeitado y vestido con un traje. Me hace un gesto para que salga del camino para que pueda ver la pantalla.

Mamá está en el teléfono. Emergencia número tres. La cuerda larga y rizada del teléfono serpentea alrededor de su delgado cuerpo, como una cuerda que la ata a una estaca. Dos piernas de pavo sobresalen de una enorme olla de agua hirviendo. Ella está hirviendo el pavo congelado. “Es demasiado grande para el microondas”, explica. “Se descongelará pronto”. Ella pone un dedo en su oído libre para concentrarse en lo que el teléfono le está diciendo. Tomo una dona de la bolsa que trajo mi papá y regreso a mi habitación.

Tres revistas después mis padres están discutiendo. No es una pelea fulminante.

Un argumento a fuego lento, unas cuantas burbujas salpicando la estufa. Quiero otra dona, pero no tengo ganas de enfrentar la lucha para conseguirla. Se retiran a sus rincones cuando el teléfono suena de nuevo. Aquí está mi oportunidad.

Mamá tiene el teléfono en la oreja cuando entro en la cocina, pero ella no lo escucha. Ella frota el vapor de la ventana y mira hacia el patio trasero. Me uno a ella en el fregadero. Papá camina a través



del patio trasero usando un guante de cocina y cargando el pavo humeante por una pierna. “Él dijo que tardaría horas en descongelarse”, murmura mamá. Una pequeña voz chilla desde el receptor. “No, tú no, Manuel”, le dice al teléfono. Papá pone el pavo sobre un tronco y levanta su hacha.

Un golpe. El hacha se pega en la carne congelada. Desliza el hacha hacia delante y hacia atrás. Otro golpe. Una rodaja de pavo congelado se desliza hasta el suelo. La recoge y la agita en la ventana. Mamá le da la espalda y le dice a Manuel que va en camino.

Después de que mamá se va a la tienda, papá se hace cargo de la cena. Si él se queja de la forma en que ella manejó la cena, entonces tiene que demostrar que puede hacer un mejor trabajo. Trae el pavo sucio masacrado y lo lava en el fregadero con agua caliente. Mi papá enjuaga el hacha.

Papá: “Al igual que en los viejos tiempos, ¿verdad, Marianita? Esto no es tan difícil. Cocinar sólo requiere algo de organización y la capacidad de leer. Ahora, tráeme el pan. Yo voy a hacer un relleno real, como solía hacerlo mi madre. No necesitas ayudar. ¿Por qué no haces un poco de tarea, tal vez un poco de trabajo extra para mejorar esas calificaciones? Te llamaré cuando la cena esté lista”.

Pienso en estudiar, pero es un día festivo, así que me aplasto en el sofá de la sala y veo una película antigua. Huelo humo dos veces, me estremezco cuando un plato se rompe en el piso; escucho y veo algunos videos en su celular sobre cómo preparar el pavo. La del video dice que la sopa es la mejor parte de la cena de todos modos. Me llama a la cocina una hora más tarde, con el entusiasmo falso de un padre que ha cometido errores.

Los trozos se amontonan en la tabla de picar. Una olla de pegamento hierve en la estufa.

Trozos grises, verdes y amarillos en la pasta blanca.

Papá: “Se supone que es sopa”.

Yo: ...

Papá: “Sabía un poco aguada, así que seguí agregando espesante. Le puse un poco de maíz y guisantes”.

Yo: ...

Papá (sacando su billetera del bolsillo trasero): “Pide pizza. Me desharé de esto”.

Pido una de queso doble, champiñones doble. Papá entierra la sopa en el patio trasero al lado de nuestra mascota muerta, Ariel.



## Huesos

Quiero hacer un recuerdo de nuestro pavo. Nunca un pájaro ha sido tan torturado para proporcionar una cena tan mala. Saco los huesos de la basura y los traigo a la clase de Arte. El señor Cepeda está encantado. Me dice que trabaje en el ave pero que siga pensando en el árbol.

Señor Cepeda: “Estás en llamas, Mariana, puedo verlo en tus ojos. Estás atrapada en el significado, en la subjetividad del efecto del comercialismo en esta fiesta. ¡Esto es maravilloso, maravilloso! Sé el pájaro. Tú eres el ave. Sacrificate a ti misma con los valores familiares abandonados y los frijoles enlatados”.

Como sea.

Al principio, quiero unir los huesos en una pila como la leña (¿entiendes?: árbol-leña), pero el señor Cepeda suspira. Puedo

hacerlo mejor, dice. Coloco los huesos en un trozo de papel negro y trato de dibujar un pavo a su alrededor. No necesito que el señor Cepeda me diga que apesta. En este punto, se ha regresado a su propia pintura y ha olvidado que existimos.

Él está trabajando en un lienzo enorme. Comenzó desolado: un edificio destripado a lo largo de un camino gris en un día lluvioso. Pasó una semana pintando monedas sucias en la acera, sudando para hacerlas bien. Pintó las caras de los miembros de la junta escolar que miraban por las ventanas del edificio, luego colocó rejas en las ventanas y convirtió el edificio en una prisión. Su lienzo es mejor que la televisión porque nunca se sabe qué sucederá después.

Arrugué el papel y puse los huesos sobre la mesa.

Mariana Macías, antropóloga. He desenterrado los restos de un horrible sacrificio. Suena el timbre y miro al señor Cepeda con ojos de cachorrito. Dice que llamará a mi profesora de Inglés con algún tipo de excusa. Puedo quedarme por otro periodo de clase. Cuando Sofía escucha esto, también le pide permiso para quedarse hasta tarde. Ella está tratando de vencer su miedo a los payasos. Ella está esculpiendo algo extraño, una máscara detrás de la cara de un payaso. El señor Cepeda también le dice que sí a Sofía. Ella mueve sus cejas hacia mí y sonrío. Cuando me doy cuenta de que éste podría ser un buen momento para decirle algo amistoso, ella está de nuevo enfocada en la escultura.

Pegué los huesos a un bloque de madera, arreglando el esqueleto como una exhibición del museo. Encuentro cuchillos y tenedores plásticos en los cajones con material sobrante y los pegué para que parezca que están atacando los huesos.

Doy un paso atrás. No está del todo terminado. Revuelvo en el cajón de nuevo y encuentro una palmera medio derretida de un juego de Lego. Funcionará. El señor Cepeda se aferra a todo lo que una persona normal tiraría: juguetes de alguna cajita feliz, naipes perdidos, recibos de la tienda de comestibles, llaves, muñecas, un salero, trenecitos rotos... ¿Cómo sabe que esto podría ser arte?

Levanto la cabeza de una muñeca Barbie y la coloco dentro del cuerpo del pavo. Eso se siente bien. Sofía pasa y mira. Ella arquea su ceja izquierda y asiente. Levanto mi mano y el señor Cepeda se acerca para inspeccionar. Casi se desmaya de alegría.

Señor Cepeda: “Excelente. Excelente. ¿Qué te dice esto?”.

Rayos. No sabía que habría preguntas. Me aclaro la garganta. No puedo pronunciar ninguna palabra, está muy seca. Lo intento de nuevo, con un poco de tos.

Señor Cepeda: “¿Dolor de garganta? No te preocupes, es la temporada. ¿Quieres que te diga lo que veo?”.

Asiento con alivio.

“Veo a una niña atrapada en los restos de un día festivo que ha ido mal, con su carne cortada día tras día a medida que se seca el cadáver. El cuchillo y el tenedor son, obviamente, sensibilidades de clase media. La palmera es un buen toque. ¿Sueño, quizá? ¿Luna de miel plástica, isla desierta? ¡Oh, sí lo pones en una rebanada de pastel de calabaza, podría ser una isla desierta!”.

Me río a pesar de mí misma. Estoy aprendiendo de esto. Mientras Sofía y el señor Cepeda observan, me acerco y arranco la cabeza de Barbie. La pongo encima de la carcasa ósea. No hay lugar para la palmera, la dejo a un lado. Muevo el cuchillo y el tenedor para que parezcan piernas. Pongo un pedazo de cinta sobre la boca de Barbie.

Yo: “¿Tienes ramitas? ¿Palitos? Podría usarlos para hacer los brazos”. Sofía abre la boca para decir algo y luego la vuelve a cerrar.

El señor Cepeda estudia mi proyecto hogareño. Él no dice nada y me temo que está enojado porque saqué la palmera.

Sofía lo intenta de nuevo. “Da miedo”, dice ella. “De una manera extraña. No como los payasos, hum, ¿cómo digo esto? Como si no quisieras mirarlo demasiado tiempo. Buen trabajo, Mariana”.

Ésa no es la reacción que esperaba, pero creo que fue positiva. Ella podría haber levantado la nariz o ignorado, pero no lo hizo. El señor Cepeda se golpea la barbilla. Parece demasiado serio para ser un profesor de arte. Me está poniendo nerviosa.

Señor Cepeda: “Esto tiene significado. Dolor”.

La campana suena. Me voy antes de que él pueda decir más.

## Pelada y rebanada

**Estamos estudiando fruta** en Biología. La señora Saldívar ha pasado una semana enseñándonos los puntos más finos de los estambres y los pistilos, las vainas y las flores. La tierra se ha congelado, hace mucho frío por la noche, pero la señora Saldívar está decidida a mantener viva la primavera en su salón de clase. La fila de atrás duerme hasta que ella señala que los manzanos necesitan abejas para reproducirse. “Reproducirse” es una palabra desencadenante para la fila trasera. Ellos han descubierto que está relacionada con el sexo. La conferencia sobre pistilos y estambres se convierte en un gran ja-ja. La señora Saldívar ha estado enseñando desde la Edad Media. Se necesitaría más de una fila llena de hipotálamos sobrecalentados para distraerla de la lección del día. Con calma procede a la parte práctica del laboratorio.



Manzanas. Cada uno de nosotros recibe una Fuji, Gala o Red Delicious y un cuchillo de plástico. Estamos instruidos para disecionar. La fila de atrás empieza una lucha de espadas. La señora Saldívar escribe en silencio sus nombres en la pizarra, junto con su calificación actual. Ella resta un punto por cada minuto que la lucha de espadas continúa. Pasan de diez a ocho antes de descubrir qué está pasando. Ellos aúllan.

Fila trasera: “¡Eso no es justo! ¡No puede hacernos eso! No nos diste una oportunidad”.

Ella les quita otro medio punto. Ellos empiezan a cortar sus manzanas, murmullos, murmullos, maldiciones, maldiciones, vaca vieja, maestra estúpida.

Diego Martínez, mi compañero de laboratorio, corta su manzana en ocho gajos iguales. Él no dice una palabra. Él no puede decidirse entre estudiar derecho o medicina. La preparatoria es un inconveniente menor para él. Un comercial antes del largometraje de la vida.

El aroma a manzana empapa el aire. Una vez, cuando era pequeña, mis padres me llevaron a un huerto. Papá me puso en lo alto de un manzano. Era como caer en un libro de cuentos, delicioso, rojo y con hojas que bailaban en el viento. Las abejas revoloteaban por el aire, tan llenas de polen de manzana que no podían molestarse en picarme. El sol calentó mi cabello y un viento empujó a mi madre a los brazos de mi padre, y todos los padres y niños que recogían manzanas sonrieron por un largo minuto.

Así es como huele la clase de Biología.

Muerdo mi manzana. Dientes blancos, manzana roja, jugo dulce, mordida profunda. Diego se atraganta.

Diego: “Se supone que no debes hacer eso. Ella te matará. Se supone que debes cortarla. ¿Ni siquiera escuchaste? Perderás puntos”. Claramente, Diego no cumplió con el requisito de relajarse en la infancia.

Corté el resto de mi manzana en cuatro trozos gruesos. Mi manzana tiene doce semillas. Una de las semillas ha partido su cáscara y lanzado una mano blanca hacia arriba. Un manzano que crece de una semilla de manzana que crece en una manzana. Le muestro el pequeño retoño a la señorita Saldívar. Ella me da un punto extra. David pone los ojos en blanco. La biología es tan genial.



## Más libertad de expresión

**La rebelión está en el aire.** Sólo nos queda una semana antes de las vacaciones de invierno. Los estudiantes hacen lo que quieren y el personal está demasiado agotado para preocuparse. Oigo rumores de ponche en el salón de los maestros. Este espíritu revolucionario está incluso estallando en la clase de Historia. Diego Martínez está luchando por la libertad de hablar.

Llego a clase a tiempo. No me atrevo a usar un pase tardío robado con el señor Cuello. Diego se sienta en la primera fila y coloca una grabadora en su escritorio. Mientras el señor Cuello abre la boca para dar su lección, Diego presiona los botones reproducir y grabar al mismo tiempo, como un pianista que toca un acorde de apertura.

El señor Cuello enseña la clase de forma directa. Estamos galopando hacia la guerra revolucionaria. Escribe “La patria es primero”

en la pizarra. Lema de rima muy fresco. Lástima que no tenían calcomanías en ese entonces. Los libertadores querían una voz en México libre de ataduras de España. Nadie en el poder escucharía sus quejas. La lección va a sonar muy bien en la cinta. El señor Cuello ha preparado notas y todo. Su voz es tan suave como un camino recién repavimentado. No hay baches.

Sin embargo, la cinta no podrá captar el brillo furioso en los ojos del señor Cuello. Él mira a Diego todo el tiempo que está hablando. Si un maestro me mirara como asesino desquiciado por cuarenta y ocho minutos, me convertiría en un charco de gelatina derretida. Diego le devuelve la mirada.

La oficina administrativa de la escuela es el mejor lugar para escuchar chismes. Escucho algo sobre una demanda de los Martínez mientras espero otro regaño de mi consejera acerca de no llegar a la altura de mi potencial. ¿Cómo sabe ella cuál es mi potencial? ¿Potencial para qué? Cuando ella habla, bla, bla, por lo general cuento los puntos en las tejas del techo.

La consejera de orientación llega tarde hoy, así que me siento invisible en la silla de plástico roja mientras la secretaria lleva a un voluntario del consejo escolar a toda velocidad para calmar el asunto de los Martínez. Los padres de Diego han contratado a un abogado grande, desagradable y caro. Está amenazando con demandar a la escuela y al señor Cuello por todo, desde incompetencia hasta violaciones de derechos humanos. La grabadora de Diego está autorizada en clase para documentar “posibles violaciones futuras”. La secretaria no parece demasiado molesta ante la idea de que el señor Cuello pueda ser despedido. Apuesto a que ella lo conoce personalmente.

Diego debió haberle mencionado la mirada de pistola a su abogado esa tarde porque al día siguiente hay una videocámara en la parte de atrás de la clase. Diego Martínez es mi héroe.



## ¡Arriba, Marsupiales!

Dejé que Verónica me convenciera de ir a la asamblea de invierno. Ella odia sentarse sola casi tanto como yo. Las Martas no han emitido una invitación imperial para que Verónica se sienta con ellas. Ella está molesta, pero intenta no demostrarlo. En perfecto estilo Marta lleva un suéter verde con una enorme imagen de Santa, medias rojas y botas de invierno. Perfecto, demasiado perfecto. Yo me niego a llevar cualquier cosa navideña.

Verónica me da mi regalo de Navidad antes: aretes de campana que suenan cuando giro la cabeza. Esto significa que tendré que conseguirle algo. Tal vez seré generosa y le compre un collar de amistad. Ella es el tipo de chica a la cual le gustan los collares de amistad. Las campanas son una gran elección. Sacudo mi cabeza durante todo el discurso del director para ahogar su voz. La



orquesta toca una melodía irreconocible. Verónica dice que el consejo escolar no les permitirá interpretar villancicos o canciones del Niño Dios o de alguna referencia cristiana (con disculpas al burrito sabanero). En lugar de ser multicultural, no tenemos cultura.

El punto más alto de la asamblea es el anuncio de nuestro nuevo nombre y mascota. El director lee el total de votos. Abejas: tres. Icebergs: diecisiete. Montañeses: uno. Marsupiales: treinta y dos. Los otros quinientos cuarenta y siete votos fueron ideas independientes o ilegibles.

Los Marsupiales de Madero. Tiene un buen sonido. ¡Somos los Marsupiales, Marsupiales, Marsupiales malvados! Marsupiales preocupados, retirados, llorosos y extraños. Pasamos por delante de Aitana Porrista y Magali Porrista en mi autobús. Arrugan las cejas mientras luchan por rimar “Marsupiales”. La democracia es una institución maravillosa.

## Vacaciones de invierno

Se acabaron las clases y faltan dos días para Navidad. Mamá dejó una nota diciendo que puedo poner el árbol si quiero. Arrastré el árbol fuera del cuarto de tiliches y lo coloco en el patio de atrás para poder quitarle el polvo y las telarañas con una escoba. Lo dejamos con las luces puestas año con año. Todo lo que tengo que hacer es colgar los adornos.

Los niños pequeños hacen que la Navidad sea divertida. Me pregunto si podríamos alquilar uno para las vacaciones. Cuando era pequeña, compramos un árbol real y nos quedábamos hasta tarde bebiendo chocolate caliente y encontrando el lugar adecuado para las decoraciones especiales. Parece que mis padres abandonaron la magia cuando descubrí la mentira de Santa.

Tal vez no debería haberles dicho que sabía de dónde venían realmente los regalos. Les rompió sus corazones. Apuesto a que ya estarían divorciados si yo no hubiera nacido. Estoy segura de que fui una gran decepción. No soy guapa, ni inteligente, ni atlética. Soy como ellos: un dron ordinario vestido de secretos y mentiras. No puedo creer que tengamos que seguir fingiendo hasta que me gradúe. Es una pena que no podamos admitir que le hemos fallado a la vida familiar, vender la casa, dividir el dinero y seguir con nuestras vidas.

Feliz Navidad.

Llamo a Verónica pero ella está de compras. ¿Qué haría Verónica si ella estuviera aquí y la casa no se sintiera como Navidad? Fingiré ser Verónica. Estoy de suerte, cayó algo de nieve aquí en Durango. Me abrigo con ropa de frío, me pongo una bufanda alrededor de la cabeza y me meto en un pequeño parche de nieve fresca. El patio trasero es precioso. Los árboles y los arbustos están envueltos en hielo, reflejando la luz del sol en algo poderoso. Sólo tengo que hacer un ángel de nieve.

Me acerco a un trozo de nieve sin marcar y me dejo caer hacia atrás. La bufanda cae sobre mi boca mientras agito mis alas. La lana mojada huele como en la primaria: caminando a la escuela en una mañana fría con el dinero de mi lonche tintineando en mi bolsillo. Vivíamos en una casa diferente entonces, una casa más pequeña. Mamá trabajaba en el mostrador de una joyería y estaba en casa antes de que yo saliera de la escuela. Papá tenía un mejor jefe y hablaba todo el tiempo sobre comprar un bote. Yo creía en Santa Claus.

El viento agita las ramas por encima. Mi corazón vibra como una campana de fuego. La bufanda está muy apretada en mi boca. Me la quito para respirar. La humedad en mi piel se congela. Quiero pedir un deseo, pero no sé qué pedir. Y tengo algo de nieve en mi espalda.

Rompo las ramas de los arbustos de acebo y unas ramitas de pino y las llevo adentro. Las até con hilo rojo y las puse en la repisa de la chimenea y en la mesa del comedor. No se ven tan bien como cuando lo hizo la chica de la televisión, pero hace que el lugar huelga mejor. Todavía me gustaría poder pedir prestado a un niño por unos días.

Dormimos hasta mediodía en Navidad. Le doy a mamá un suéter negro y a papá un CD con sesenta éxitos de su tiempo. Me dieron un televisor para mi habitación, unos patines y un cuaderno de dibujo con lápices de carbón. Dicen que me han visto dibujando.

Casi les digo todo allí mismo. Las lágrimas inundan mis ojos. Se dieron cuenta de que he estado tratando de dibujar. Se dieron cuenta. Intento tragar la bola de nieve en mi garganta. Esto no va a ser fácil. Estoy segura de que sospechan que estuve en la fiesta. Tal vez incluso oyeron que llamé a la policía. Pero quiero contarles todo mientras estamos ahí sentados junto a nuestro árbol de Navidad de plástico, mientras se reproduce el video de Rodolfo, el reno de nariz roja.

Me limpio los ojos. Esperan con sonrisas inseguras. La bola de nieve crece más grande. Cuando me escabullí dentro de casa aquella noche, ellos aún no estaban. Ambos coches se habían ido. Se suponía que había estado en casa de Raquel toda la noche, no me esperaban, eso es seguro. Me di una ducha hasta que no quedó ni

una gota de agua caliente, luego me arrastré a mi cama y no dormí. Mamá llegó alrededor de las dos de la mañana, papá justo antes de la puesta del sol. No habían estado juntos. ¿Qué habían estado haciendo? Pensé que lo sabía. ¿Cómo puedo hablarles de esa noche? ¿Cómo puedo empezar?

Rodolfo se embarca en su témpano de hielo. “Soy independiente”, declara.

Papá mira su reloj. Mamá mete el papel de envolver en una bolsa de basura. Salen de la habitación. Todavía estoy sentada en el suelo, sujetando el papel y los carboncillos. Ni siquiera dije gracias.

## Trabajo duro

Tuve dos días de libertad antes de que mis padres decidieran que no iba a “quedarme de holgazana en la casa todas las vacaciones”. Tengo que ir a trabajar con ellos. No tengo la edad legal para trabajar, pero a ellos no les importa. Pasé el fin de semana en la tienda de mamá, organizando toda la mercancía que devolvieron las personas gruñonas. ¿Alguien en Durango consiguió lo que quería para Navidad? Parece que no. Como soy menor de edad, mamá me mete en el almacén de atrás. Se supone que debo volver a doblar las camisas, pegándolas con once alfileres. Los otros empleados me miran como si fuera una rata, como si mi madre me hubiera enviado al almacén para espiarlos. Doblo unas cuantas camisas, luego me siento en una esquina y saco mi celular. Se relajan. Yo soy uno de ellos.

Yo tampoco quiero estar allí. Mamá, obviamente, sabe que me hice tonta, pero ella no dice nada en el auto.

Nos vamos hasta muy tarde porque ella tiene mucho trabajo que hacer. Las ventas apestaron, ella no se acercó al objetivo que se propuso. Los despidos estarán llegando. Nos detenemos en un semáforo. Mamá cierra los ojos. Su piel es de color gris plano, como la ropa interior lavada tantas veces que está a punto de desmoronarse. Me siento mal por no haber doblado más camisas para ella.

Al día siguiente me manda con papá. Vende algún tipo de seguro, pero no sé cómo ni por qué. Él puso una mesa plegable para mí en su oficina. Mi trabajo es poner calendarios en sobres, sellarlos y pegarles etiquetas.

Se sienta en su escritorio y habla con sus amigos por teléfono. Se pone a trabajar con los pies en alto. Se pone a reír con sus amigos por teléfono. Él puede salir para el almuerzo. Creo que merece estar en el sótano doblando camisas y ayudando a mi madre. Yo merezco estar viendo la tele, o tomando una siesta, o incluso yendo a la casa de Verónica. A la hora del almuerzo, mi estómago hierve de ira. La secretaria de papá me dice algo agradable cuando me deja el almuerzo, pero no le respondo. Veo con una mirada amenazadora la parte trasera de la cabeza de mi padre. Enojada, enojada, enojada. Tengo otro millón de sobres por cerrar. Paso la lengua por la solapa del sobre pegajoso. El borde afilado de la solapa corta mi lengua. Pruebo mi sangre. La cara del payaso Eso de repente aparece en mi mente. Todo el enojo me silba como si fuera un globo reventado. Papá está realmente enojado cuando ve cuántos calendarios sangré. Menciona una necesidad de ayuda profesional. En realidad estoy agradecida de volver a la escuela.

## Tiro libre

Ahora que se ha pronosticado un frente frío, los maestros de Educación Física nos permiten tener clase adentro. Mantienen el gimnasio a unos diez grados porque “un poco de aire fresco nunca le hizo daño a nadie”. Fácil para ellos decirlo, están bien tapados.

El primer deporte interior es el baloncesto. La señora Guevara nos enseña cómo lanzar tiros libres. Me acerco a la línea, reboto la pelota dos veces y la meto a través de la red. La señora Guevara me dice que lo vuelva a hacer. Y otra vez. Ella me sigue lanzando pelotas y yo sigo encestandolas, *swish, swish, swish*. Cuarenta y dos tiros después, mis brazos se tambalean y fallo uno. Para entonces, toda la clase se ha reunido y está observando. Paola está a punto de estallar. “¡Tienes que unirte al equipo!”, ella grita.



Señora Guevara: “Reúnete conmigo aquí durante el periodo de estudio. Vas a llegar lejos con ese brazo”.

Yo: ...

Es una señora Guevara triste y derrotada quien se encuentra conmigo tres horas después. Ella sostiene mis notas actuales con dos dedos: 6,7,6.5,6,6.5,7,10. No hay equipo de baloncesto para mí porque mi promedio de calificaciones es de siete. La señora Guevara no ganó una beca de atletismo por ser recatada o vacilante. Me pone a correr unas carreras de viento, luego me pone en la línea para disparar.

Señora Guevara: “Prueba con unos tiros externos, ¿has pensado en un tutor? Esos seises son los que te están matando. Prueba un tiro en suspensión, necesita mejorar. Tal vez pueda hacer algo con respecto a la calificación de Historia, pero tu profesora de Inglés es imposible, ella odia los deportes, ¿tienes un tiro de gancho?”.

Sólo hago lo que me dicen. Si tuviera ganas de hablar, le explicaría que no puede pagarme lo suficiente como para jugar en su equipo de baloncesto. ¿Tanto correr? ¿Sudar? ¿Ser golpeada por mutantes genéticos? No lo creo. Ahora, si el baloncesto tuviera un tirador designado únicamente para tiros libres, tal vez lo consideraría. El otro equipo te comete una falta, tú te pones a mano con un tiro libre. Zas. Pero no es así como funciona, ni en el baloncesto ni en la vida.

La señora Guevara se ve tan ansiosa. Me gusta la sensación de tener éxito brillante en algo, incluso si se trata sólo de tiros libres, uno tras otro. La dejaré soñar unos minutos más. El equipo de basquetbol varonil entra a la cancha. Su récord es cero ganados y cinco perdidos. ¡Vamos, Marsupiales!

El poste de baloncesto, también conocido como Agustín Díaz —el que contribuyó a mi humillación con puré de papas y salsa en el primer día de clases—, está debajo de la canasta. Los otros muchachos hacen ejercicios y le pasan la pelota. Agustín estira un delgado tentáculo de pulpo y relajadamente encesta la pelota a través del aro. Nuestros jugadores son imbatibles, siempre y cuando sean el único equipo en la cancha.

El entrenador de los muchachos ladra algo que no entiendo y el equipo se alinea detrás de Agustín para practicar tiros libres. Rebota, rebota, dos, tres. Él dispara. Falla. Rebota, dos, tres... falla. Falla. Falla. No puede encestar un tiro de la línea para salvar su cuello flaco.

La señora Guevara habla con el entrenador mientras veo que el resto del equipo encesta un triste veinte por ciento. Entonces ella sopla su silbato y me habla. Los muchachos se retiran del camino y tomo mi lugar en la línea. “Muéstrales”, ordena la señora Guevara. Empiezo con la pelota, rebota, rebota, encesto, silbido; otra vez, y otra vez, y otra vez, hasta que los chicos dejan de jugar y todos están mirando. La señora Guevara y el entrenador de baloncesto hablan seriamente con el ceño fruncido, manos en las caderas, flexión de bíceps. Los chicos me miran fijamente, visitante del planeta tiro libre. ¿Quién es esta chica? La señora Guevara golpea al entrenador en el brazo. El entrenador golpea a la señora Guevara en el brazo. Me ofrecen un trato. Si me ofrezco como voluntaria para enseñarle al poste cómo lanzar un tiro libre obtendré un diez automático en Educación Física. Encogí los hombros y ellos sonrieron. No pude decir que no. No pude decir nada. Creo que cuando llegue el día de enseñarle simplemente no iré.



## Coloreando fuera de las líneas

Nuestra aula de Arte está floreciendo como un museo lleno de Riveras, Van Goghs y ese tipo francés que pintó flores con pequeños puntos. El señor Cepeda es el maestro chido del momento. Hay rumores de que él será el maestro del año.

Su aula es la central de lo padrísimo. Él mantiene la radio encendida. Se nos permite comer mientras trabajemos. Sacó de su clase a un par de vagos que confundieron la libertad con la anarquía, para que el resto de nosotros no hagamos olas. Es algo muy bueno como para perderlo. La sala está llena de pintores, escultores y dibujantes durante el periodo de lonche, y algunos niños se quedan allí hasta que los últimos autobuses están listos para salir.

La pintura del señor Cepeda está muy bien. Un tipo del periódico se enteró y escribió un artículo. El artículo afirmaba que el señor

Cepeda es un genio dotado que ha dedicado su vida a la educación. Una imagen en color del trabajo en progreso acompañó el artículo. Alguien dijo que algunos miembros del consejo escolar se molestaron. Apuesto a que lo demandan.

Desearía que el señor Cepeda pusiera un árbol en su obra maestra. No puedo imaginar cómo hacer que el mío parezca real. Ya he arruinado seis bloques de linóleo. Lo veo en mi cabeza: un roble viejo y fuerte con un tronco ancho y con cicatrices y miles de hojas que llegan hasta el sol. Hay un árbol enfrente de mi casa como éste. Puedo sentir el viento soplando y escuchar el silbido del ruiseñor en camino de regreso a su nido. Pero cuando trato de tallarlo parece un árbol muerto, palillos de dientes, el dibujo de un niño. No puedo darle vida. Me encantaría dejarlo. Renunciar. Pero no puedo pensar en otra cosa qué hacer, así que sigo haciéndolo.

El director irrumpió ayer, oliendo a placer. Su bigote se movió hacia arriba y hacia abajo, un barrido de radar para todas las cosas rebeldes. Una mano invisible apagó la radio mientras él cruzó el umbral, y bolsas de patatas fritas desaparecieron, dejando el ligero aroma de la sal mezclada con pintura de aceite y arcilla húmeda.

Eché un vistazo a la habitación en busca de alegría. Sólo se encuentran cabezas inclinadas, lápices elegantes, pinceles con pintura. El señor Cepeda retocó las raíces oscuras en la cabeza de un miembro del consejo escolar en su pintura y le preguntó al director si necesitaba algo. El director volteó hacia la última fila, buscando alguna excusa en los revoltosos. Quizá sea artista al crecer.

## Niña póster

Verónica dejó una nota en mi casillero, rogándome que fuera a su casa después de la escuela. Ella está en problemas. Ella no está cumpliendo con los estándares de las Martas. Ella me solloza la historia en su habitación. Escucho y saco pelusas de mi suéter.

Las Martas celebraron una reunión de artesanía haciendo almohadas de San Valentín para los niños pequeños que están en el hospital. Karla y Leslie cosieron tres lados de las almohadas, mientras que las otras rellenaron, cosieron y pegaron corazones y osos de peluche. Verónica estaba a cargo de los corazones. Estaba nerviosa porque a algunas Martas no les gustaba su atuendo. Le gritaron por pegar corazones torcidos. Luego, la parte superior de su botella de pegamento se desprendió y arruinó completamente una almohada.

En este punto de la historia, ella lanza una muñeca a través de su habitación. Muevo el esmalte de uñas fuera de su alcance. Leslie degradó a Verónica al puesto de rellenar la almohada. Una vez que la línea de producción de almohadas volvió a rodar sin problemas comenzó la reunión.

Tema: la colecta de alimentos enlatados. Las Martas con mayor antigüedad están a cargo de entregar la comida a los necesitados (con un fotógrafo del periódico presente) y reunirse con el director para coordinar cualquier cosa que ocupe coordinación.

Me desconecto. Ella habla sobre quién está a cargo de la colecta en el aula y quién está a cargo de la publicidad y no sé qué más. No vuelvo a la tierra hasta que Verónica dice: “Sabía que no te molestaría, Mariana”.

Yo: “¿Qué?”.

Verónica: “Sabía que no te molestaría ayudar. Creo que Karla lo hizo a propósito. A ella no le gusto. Te iba a pedir que me ayudaras, luego dijeras que lo había hecho yo sola, pero eso sería mentir. Además, me habrían dado todo el trabajo de pegar pósteres durante el resto del año. Así que dije que tengo una amiga que es realmente artística y orientada a la comunidad. ¿Podría ella ayudar con los pósteres?”.

Yo: “¿Quién?”.

Verónica (riendo ahora; todavía me aferro al esmalte de uñas): “Tú, tonta. Dibujas mejor que yo y tienes mucho tiempo. ¡Dime que lo harás! Tal vez te pidan que te unas a ellas también ¡Una vez que vean lo talentosa que eres! Por favor, por favor, por favor. Si me equivoco sé que me pondrán en una lista negra y nunca seré parte de ninguno de los grupos buenos”.

¿Cómo podría decir que no?

## Ranas muertas

Nuestra clase de Biología se ha graduado de fruta a rana. Estábamos programados para hacer la unidad de ranas en abril, pero la compañía de ranas entregó a nuestras víctimas el primero de enero. Las ranas en escabeche tienen una forma de desaparecer del armario de almacenamiento, por lo que hoy la señora Saldívar nos armó con bisturís y nos dijo que no vomitáramos.

Diego Martínez, mi compañero de laboratorio, está encantado: la anatomía por fin. Hay listas para memorizar. El hueso tal está conectado al hueso tal, el hueso uno está conectado al hueso dos. Habla seriamente de usar uno de esos cubrebocas de doctor en la cara mientras “operamos”. Piensa que será una buena práctica.



La habitación no huele a manzana. Huele a zumo de rana con bálsamo, un cruce entre un asilo y una ensalada de papas. La fila de atrás presta atención. Cortar ranas muertas es genial.

Nuestra rana se encuentra sobre su espalda, ¿esperando que un príncipe venga y la transforme con un beso? Me paro sobre ella con mi cuchillo. La voz de la señora Saldívar se desvanece en un gemido de mosquito. Mi garganta se cierra. Es difícil respirar. Extendí la mano para apoyarme contra la mesa. Diego sujeta las manos de la rana a la bandeja de disección con alfileres. Él extiende sus piernas y también las fija.

Tengo que cortarles el vientre. Ella no dice una palabra. Ella ya está muerta. Un grito comienza en mis entrañas: puedo sentir el corte, oler la suciedad, las hojas en mi cabello.

No recuerdo haberme desmayado. Diego dice que me golpeé la cabeza en el borde de la mesa mientras caía. La enfermera llama a mi mamá porque necesito puntos de sutura. La doctora me mira la parte de atrás de mis ojos con una luz brillante. ¿Puede ella leer los pensamientos escondidos allí? Si ella puede, ¿qué va a hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Mandarme al manicomio? ¿Quiero que lo haga? Sólo quiero dormir. El punto central de no hablar de ello, de silenciar la memoria, es hacer que desaparezca. No lo hará. Necesitaré una cirugía cerebral para cortarla de mi cabeza. Tal vez debería esperar hasta que Diego Martínez sea médico para que lo haga.

## Ciudadana modelo

Verónica ha conseguido un trabajo de modelo en una tienda departamental en el centro comercial. Ella dice que estaba comprando calcetines con su madre la semana después de que le quitaron los brackets y una señora le preguntó si modelaba. Sospecho que el hecho de que su padre trabaje para la empresa que administra el centro comercial tuvo algo que ver con eso.

El trabajo de modelaje le está dando puntos de Marta. Todos quieren ser la nueva mejor amiga de Verónica. Pero ella me pide a mí que la acompañe a la sesión de fotos en traje de baño. Creo que tiene miedo de regarla enfrente de amigos nuevos. La madre de Verónica nos lleva. Ella me pregunta si quiero ser modelo. Verónica dice que soy demasiado tímida. Miro los ojos de su madre mirándome por el espejo retrovisor y oculto mi boca con los dedos. Las costras en

mis labios se ven especialmente asquerosas en ese pequeño espejo rectangular.

Por supuesto que quiero ser modelo. Quiero pintar mis párpados dorados. Lo vi en la portada de una revista y se veía increíble: convirtió a la modelo en una extraterrestre sexy que todos verían, pero nadie podría tocar.

Me gustan las hamburguesas con queso demasiado para ser modelo. Verónica ha dejado de comer y se queja de la retención de líquidos. Ella debería preocuparse más por la retención del cerebro, por la forma en que está haciendo dieta para eliminar su grasa y también sus neuronas. En la última revisión ella era una talla cinco, pero tiene que bajar a la talla tres. La sesión de fotos está en un edificio lo suficientemente frío como para almacenar hielo.

Verónica se parece a nuestro pavo, pero con un bikini azul. Los puntitos levantados en su piel por los escalofríos son más grandes que sus pechos. Estoy temblando, y estoy usando mi chamarra y un suéter de lana. El fotógrafo enciende la radio y comienza a dar órdenes a las chicas. Verónica pasa primero, se mete totalmente en ello. Ella arroja su cabeza hacia atrás, mira fijamente a la cámara, muestra sus dientes. El fotógrafo sigue diciendo: “Sexy, sexy, muy linda. Mira de esta manera. Sexy, piensa en playa, piensa en muchachos”. Me asusta. Verónica estornuda en medio de una postura grupal y su madre entra con pañuelos. Debe estar propagándose. Mi garganta me está matando. Quiero una siesta.

No compro la sombra de ojos dorada, pero sí cojo una botella de esmalte de uñas Muerte Negra. Es sombrío, con líneas onduladas

de rojo en ella. Mis uñas están mordidas hasta el punto de sangrado, por lo que se verá natural. Necesito conseguir una camisa que haga juego. Algo en un gris tuberculoso.



## Muerte por álgebra

El señor García no se rendirá. Está decidido a demostrar de una vez por todas que el álgebra es algo que usaremos el resto de nuestras vidas. Si tiene éxito creo que deberían otorgarle el Premio al Maestro del Siglo y unas vacaciones de dos semanas en Cancún, con todos los gastos pagados.

Él viene a clase cada día con una nueva aplicación de la vida real. Es dulce que se preocupe lo suficiente por el álgebra y sus estudiantes como para querer unirlos. Es como un abuelo que quiere juntar a dos jóvenes que él piensa que serían una gran pareja. Sólo que los jóvenes no tienen nada en común y se odian.

La aplicación de hoy tiene algo que ver con la compra de hámsteres en la tienda de mascotas y el cálculo de cuántos de ellos podrías criar si quisieras ingresar al negocio de hámsteres. Una vez que

los hámsteres se convierten en  $x$  y  $y$ , mis contactos se empañan. La clase termina en un debate entre los activistas de los derechos de los animales, que dicen que es inmoral poseer mascotas, y los capitalistas de sangre roja, que saben que hay mejores maneras de ganar dinero que invertir en animales que se comen a sus crías. Veo que empieza a llover ligeramente afuera.

## Trabajo de palabras

**La Pelos nos está torturando** con ensayos. ¿Los profesores de Español pasan sus vacaciones soñando estas cosas?

El primer ensayo de este semestre fue un fracaso: “Por qué México es grande” en quinientas palabras. Ella nos dio tres semanas. Sólo Estefanía Ramos lo entregó a tiempo. Pero la tarea no fue un completo fracaso: la Pelos dirige el Club de Teatro; ella reclutó a varios miembros nuevos basándose en sus actuaciones cuando les preguntó por qué no entregaron la tarea.

Ella tiene un sentido del humor deforme y al parecer una esteticista demente. Se suponía que el siguiente ensayo sería ficticio: “La mejor excusa para no entregar la tarea” en quinientas palabras. Nos dio una noche. Todos la entregaron a tiempo.



Pero ahora la Pelos se emocionó al dejarnos ensayos. “Cómo cambiaría la preparatoria”; “Reducir la edad a catorce años para conducir”; “El empleo perfecto”. Sus temas son divertidos, pero ella los sigue sacando, uno tras otro. Primero, ella nos rompió los ánimos abrumándonos con un trabajo del que realmente no podíamos quejarnos porque los temas son el tipo de cosas de las que hablamos todo el tiempo. Recientemente, ella comenzó a introducir la gramática (escalofríos) en el aula.

Un día trabajamos en los tiempos verbales: navego por la red, navegué por la red, estaba navegando por la red. Entonces, adjetivos animados. ¿Suena mejor decir el bate de beisbol de Paola me golpeó en la cabeza o el bate de beisbol amarillo, nudoso y sangriento de Paola me golpeó en la cabeza? Incluso trató de enseñarnos la diferencia entre la voz activa, atrapé el oreo, y la voz pasiva, el oreo fue atrapado.

Las palabras son trabajo duro. Espero que envíen a la Pelos a una conferencia o algo así.

Estoy lista para incitar a que acuda a alguna marcha de protesta del magisterio.

## Nombrando al monstruo

Trabajo en los carteles de Verónica durante dos semanas. Intento dibujarlos en el aula de arte, pero mucha gente me mira. Está tranquilo en mi armario, y los marcadores huelen bien. Podría quedarme aquí para siempre. TRAE UNA LATA, SALVA UNA VIDA, Verónica me dijo que fuera directa. Es la única forma de conseguir lo que queremos. Dibujo carteles de jugadores de baloncesto encendiendo latas a través de un aro. Ellos demuestran muy buena forma.

Verónica tiene otro trabajo de modelaje. Ropa deportiva, creo. Ella me pide que le cuelgue los carteles. En realidad no me molesta. Es bueno que los demás me vean hacer algo bueno. Podría ayudar a mi reputación. Estoy colgando un póster fuera del taller de carpintería cuando ESO se acerca. Pequeñas astillas de madera

se deslizan por mis venas. Me susurra “carne fresca”. Es lo que ESO me susurra.

Me encontró de nuevo. Pensé que podía ignorarlo. Hay otros doscientos estudiantes de primer año aquí, más de cien mujeres, más todas las adolescentes de los otros grados. Pero él me susurra a mí.

Puedo olerlo por encima del olor de madera y dejo caer mi cartel y la cinta adhesiva. Quiero vomitar. Empiezo a correr.

Le miento a Verónica sobre la cinta adhesiva y le digo que la devolví a la caja de suministros.

## Libro en el baño

Mi consejera llama a mi mamá a su trabajo para allanar el camino hacia mi boleta de calificaciones. Debo recordar enviarle una nota de agradecimiento. Para cuando cenamos, la batalla está rugiendo a toda velocidad. Calificaciones, bla, bla, bla, actitud, bla, bla, bla, ayuda en la casa, bla, bla, bla, ya no eres una niña, bla, bla, bla. Veo las erupciones. Monte Papá, inactivo durante mucho tiempo, ahora considerado activo y peligroso. Monte la Santa Mamá, rezumando lava, escupiendo llamas. Advierte a los aldeanos que corran hacia el mar. Detrás de mis ojos conjugo verbos irregulares en inglés.

Una pequeña ventisca sopla afuera. La mujer del clima dice que es una tormenta de efecto. Puedo sentir el viento luchando para romper nuestras ventanas. Quiero que caiga lluvia hasta que ahogue nuestra casa.

Siguen haciendo preguntas como “¿qué te pasa?” y “¿crees que esto es bueno?”. ¿Cómo puedo responder? No tengo qué. No quieren oír nada de lo que tengo que decir. Me castigaron hasta el apocalipsis. Tengo que volver directamente a casa después de la escuela, a menos que mi mamá me acerque a una maestra. No puedo ir a casa de Verónica. Van a desconectar el cable. (No creo que ellos aguanten mucho sin cable).

Hago mi tarea y se las muestro como una niña buena. Cuando me mandan a la cama, escribo una nota fuera de control y la dejo en mi escritorio. Mamá me encuentra durmiendo en el armario de mi habitación. Me da una almohada y vuelve a cerrar la puerta. No más blablá.

Abro un sujetapapeles y me rasco el interior de mi muñeca izquierda. Lamentable. Si un intento de suicidio es un grito de ayuda, ¿qué es esto? ¿Un gemido, un pío? Dibujo pequeñas grietas de sangre en la ventana, grabando línea tras línea hasta que deja de doler. Parece que luché con un rosal.

Mamá ve mi muñeca en el desayuno.

Mamá: “No tengo tiempo para esto, Mariana”.

Yo: ...

Ella dice que el suicidio es para cobardes. Éste es el lado feo y desapegado de mamá. Ella compró un libro al respecto. Amor duro. Azúcar amarga. Terciopelo de púas. Hablar en silencio.

Ella deja el libro en la parte posterior de la tasa del baño para educarme. Ella ha descubierto que no hablo mucho. Eso la molesta.

## Pánico

El almuerzo con Verónica se pone frío. Desde las vacaciones de invierno, ella ha estado sentada en el borde de la mesa de las Martas y yo estoy al otro lado de ella. Puedo sentir que algo anda mal tan pronto como entro. Todas las Martas llevan ropa a juego: minifaldas de pana azul marino, blusas a rayas y bolsos de plástico transparente. Deben haber ido de compras juntas. Verónica no coincide. No la habían invitado. Ella es demasiado fría como para estar nerviosa por esto. Estoy nerviosa por ella. Tomo una enorme mordida de mi torta y trato de no ahogarme. Esperan hasta que ella tenga comida en la boca. Leslie pone una lata de betabel sobre la mesa.

Leslie: “¿Qué es esto?”.

Verónica (masticando): “Es una lata de betabel”.

Leslie: “Pues obvio, pero encontramos una bolsa completa de betabel en la colección de latas. Y sabemos que tú las pusiste ahí”.

Verónica: “Una vecina me las dio. Es betabel. La gente se lo come. ¿Cuál es el problema?”.

El resto de las Martas suspira en el momento justo. Al parecer, el betabel no es bueno. Las Martas reales sólo recolectan alimentos que a ellas les gusta comer, como verduras enlatadas de buena marca, el atún en aceite o los chícharos pequeños. Puedo ver a Verónica clavando sus uñas en sus palmas debajo de la mesa.

El bolillo húmedo se moldea en el techo de mi boca como una pasta pegajosa.

Leslie: “Eso no es todo, tus números son insuficientes”.

Verónica: “¿Qué números?”.

Leslie: “Tus números de enlatados. No estás contribuyendo lo suficiente”.

Verónica: “Sólo hemos estado haciendo esto durante una semana, sé que conseguiré más”.

Anahí: “No son sólo las latas... Tus carteles son ridículos, mi hermanito menor podría haber hecho un mejor trabajo. No me sorprende que nadie nos quiera ayudar. Has hecho de este proyecto un chiste”.

Anahí desliza su bandeja hacia Verónica. Verónica se levanta sin decir una palabra y la recoge. Traidora. Ella no va a defender mis carteles. El bolillo en mi boca se endurece.

Leslie toca a Anahí y voltea la mirada hacia la puerta.

Leslie: “Es él, Javier Lara acaba de entrar. Creo que te está buscando, Anahí”.

Me doy vuelta. Ellas están hablando de ESO. Javier. Javier Lara. Nombre corto y pulsante. Javier Lara, que lleva consigo una bolsa de McDonald's. ESO le ofrece al vigilante de la cafetería unas papas fritas. Anahí y Leslie se ríen. Verónica regresa, vuelve a sonreír y pregunta si Javier es tan malo como todos dicen. Anahí se sonroja del color del betabel enlatado.

Leslie: "Es sólo un rumor".

Anahí: "Es un hecho que es maravilloso. Es un hecho que es rico. Es un hecho que es algo desafiante y me llamó anoche".

Leslie: "Rumor: se acuesta con cualquier cosa". El bolillo me cierra las mandíbulas.

Anahí: "No lo creo. Los rumores son propagados por personas celosas". Ella voltea hacia Javier que se acerca. "Hola, Javier. ¿Trajiste suficiente comida para todas?".

Se siente como si el Príncipe de las Tinieblas barrierá su capa sobre la mesa. Las luces se vuelven más tenues. Me dan escalofríos. Javier se para detrás de mí para coquetear con Anahí. Me apoyo en la mesa para mantenerme lo más lejos posible de él. Siento como si la mesa me cortará por la mitad. La boca de Anahí se mueve, las luces fluorescentes de las lámparas brillan en sus dientes.

Javier debe estar hablando también, puedo sentir profundas vibraciones en mi columna vertebral, como un altavoz ruidoso. No puedo escuchar las palabras.

Él acaricia mi cola de caballo con sus dedos. Los ojos de Anahí se estrechan. Yo murmuro algo insensato y corro al baño. Vomito mi almuerzo en el inodoro, luego lavo mi cara con el agua fría que sale de la llave caliente. Verónica no viene a buscarme.





## Arte oscura

El cielo color de cemento cuelga centímetros por encima de nuestras cabezas. ¿En qué dirección está el este? Hace tanto tiempo que no veo el sol, no lo recuerdo.

Los abrigos se arrastran y salen de los cajones inferiores. Las caras arropadas de los alumnos se envuelven en la ropa de invierno. No veremos la cara completa de algunos niños hasta la primavera.

El señor Cepeda está en problemas. Grandes problemas. Abandonó las tareas cuando la junta escolar quitó su presupuesto de suministros. Ellos se han dado cuenta. Los maestros acaban de entregar las calificaciones del segundo periodo de calificaciones y el señor Cepeda repartió doscientos diez dieces. Alguien huele a rata. Probablemente la secretaria de la oficina.

Me pregunto si lo llamaron a la oficina del director y lo pusieron en su registro permanente de docente. Ha dejado de trabajar en su lienzo, la pintura que todos pensábamos que iba a ser esta increíble obra de arte que se subastaría por un millón de pesos. La sala de arte está fría, el rostro del señor Cepeda es de un tono gris-púrpura. Si no estuviera tan deprimido, le preguntaría cuál es el nombre de ese color. Simplemente se sienta en su taburete, una cáscara azul rota.

Nadie le habla. Soplamos nuestros dedos para calentarlos y poder esculpir, dibujar, pintar o, en mi caso, tallar. Comienzo un nuevo bloque de linóleo. Mi último árbol parecía haber muerto a causa de alguna infección por hongos, no era el efecto que deseaba. El frío hace que el linóleo sea más rígido de lo habitual. Clavo el cincel en el bloque y empujo tratando de seguir la línea del tronco de un árbol.

Sigo la línea de mi pulgar con el cincel y me corto. Maldigo y me meto el pulgar en la boca. Todos me miran, así que lo saco de nuevo. El señor Cepeda se apresura con una caja de kleenex. No es un corte profundo y sacudo la cabeza cuando me pregunta si quiero ir a la oficina de la enfermera. Él lava mi cincel en el fregadero y le pone cloro. Algún tipo de regulación sanitaria. Cuando está libre de gérmenes y está seco, lo lleva de regreso a mi mesa, pero se detiene frente a su lienzo. No ha terminado de pintar. La esquina inferior derecha está vacía. Los rostros de los prisioneros en su lienzo son amenazadores, no puedes apartar la vista de ellos. No querría una pintura como esa colgada sobre mi sofá. Parece que podría cobrar vida por la noche.

El señor Cepeda retrocede, como si acabara de ver algo nuevo en su propia imagen. Él corta el lienzo con mi cincel arruinándolo con un sonido largo y desgarrador que hace que toda la clase se paralice.



## Mis calificaciones

### Actitud: 6

Historia: 6

Inglés: 6.5

Arte: 10

Comedor: 7

Biología: 8

Álgebra: 7

Vestimenta: 6.5

Español: 6.5

Educación Física: 6.5



Tercer bimestre





## Muerte del Marsupial

**El Marsupial está muerto.** No hay asamblea, no hay voto. El director hizo un anuncio esta mañana. Dijo que los avispones representan mejor el espíritu del Instituto Madero que los marsupiales, además de que el traje de la mascota iba a chupar el dinero del presupuesto del comité de graduación. Somos los Avispones y eso es definitivo.

Los de último año apoyan totalmente esta decisión. No podrían levantar la cabeza si el baile de graduación se trasladara del salón de baile al gimnasio de la escuela. Eso sería como de primaria.

Nuestras porristas están trabajando en cantos molestos que terminan en un montón de zumbidos. Creo que esto es un error. Tengo visiones de equipos opuestos que hacen enormes matamoscas y

latas gigantes de insecticida con papel maché para humillarnos durante las animaciones de medio tiempo.

Soy alérgica a los avispones. Una picadura y mi piel burbujea con urticaria y mi garganta se cierra.

## Clima frío y autobuses

**Perdí el autobús** porque no podía creer lo oscuro que estaba cuando se disparó el despertador. Necesito un reloj que encienda una bombilla de cien vatios cuando sea el momento de levantarse. O eso o un gallo.

Cuando me doy cuenta de lo tarde que es, decido no apresurarme. ¿Por qué molestarse?

Mamá baja y yo estoy jugando con mi celular y comiendo avena.

Mamá: “Perdiste el autobús otra vez”. Asiento con la cabeza.  
Mamá: “Esperas que te lleve de nuevo”. Asiento otra vez.

Mamá: “Necesitarás botas. Es una caminata larga y volvió a nevar un poco anoche. Ya voy tarde”.

Eso es inesperado, pero no duro. La caminata no es tan mala, no es como si ella me hiciera caminar diez kilómetros a través de una tormenta de nieve cuesta arriba en ambas direcciones o algo así. Las calles son tranquilas y bonitas. La nieve cubre el aguanieve de ayer y se asienta en las azoteas como azúcar en polvo en una ciudad de pan de jengibre.

Cuando llego a Dulzura, la panadería preferida en la ciudad, tengo hambre otra vez. Dulzura hace buenas donas de jalea y tengo dinero para el almuerzo en mi bolsillo. Decido comprar dos donas y llamarlo semilonche.

Cruzo el estacionamiento y ESO sale por la puerta. Sale Javier Lara con una dona que gotea jalea de frambuesa en una mano y una taza de café en la otra. Me detengo en un charco congelado. Tal vez no me vea si me quedo quieta. Así es como sobreviven los conejos: se congelan en presencia de los depredadores.

Pone el café encima de su auto y busca en el bolsillo las llaves. Muy muy adulto esta combinación de café/auto/llaves/corte escolar. Él deja caer las llaves y maldice. Él no va a notarme. No estoy aquí, no puede verme parada aquí con mi chamarra que parece un malvavisco morado gigante.

Pero claro que mi suerte con este tipo apesta. Entonces él voltea la cabeza y me ve. Y sonrío como lobo mostrando, oh, abuelita, qué dientes tan grandes tiene.

Él camina hacia mí, extendiendo la rosquilla. “¿Quieres un bocado?”, dice.

La conejita se desliza, dejando huellas rápidas en la nieve. Escapo, escapo, escapo. ¿Por qué no corrí así antes, cuando era una chica que hablaba?

Correr me hace sentir como si tuviera once años y fuese muy rápida. Derrapo por la acera, derritiendo nieve y hielo a un metro a cada lado. Cuando me detengo, un nuevo pensamiento explota en mi cabeza: ¿por qué ir a la escuela?



## Escapar

La primera hora de no ir a la escuela es genial. Nadie que me diga qué hacer, qué leer, qué decir. Es como vivir en un video musical, no con disfraces estúpidos, sino con la actitud de “hago lo que quiero”.

Deambulo por la calle principal. Salón de belleza, Oxxo, banco, tienda departamental. El letrero digital del banco dice que está a tres grados. Vago por el otro lado. Tienda de electrodomésticos, ferretería, estacionamiento, tienda de abarrotes. Mis entrañas están frías por respirar aire congelado. Puedo sentir los pelos en mi nariz crujir. Mi caminar rápido se reduce a un arrastre de pies. Incluso pienso en caminar hacia la escuela. Al menos ahí está calentito.

Apuesto a que los niños en Nayarit disfrutaban más el echarse la pinta que los niños atrapados en la sierra de Durango. No hay aguanieve. Me salva un autobús. Tose, retumba y escupe a dos ancianas



frente a la tienda de abarrotes. Me subo. El destino: el centro comercial.

Nunca piensas en el centro comercial como cerrado. Siempre se supone que está ahí, como la leche en el refrigerador o Dios. Pero apenas se está abriendo cuando bajo del autobús. Los gerentes de las tiendas hacen malabares con los llaveros y los cafés extra grandes, luego las puertas de la jaula vuelan en el aire. Las luces parpadean, las escaleras eléctricas despiertan, la música se reproduce y el centro comercial está abierto.

Busco modas de primavera, nada que me quedaba bien el año pasado me queda ahora. ¿Cómo puedo ir de compras con mamá si no quiero hablar con ella? Ella podría amarlo, no discutiría de esa manera. Pero luego tendría que usar la ropa que ella escogiera. Enigma: una palabra de tres puntos.

Me siento junto al ascensor central, donde montan el taller de Papá Noel después de Día de Muertos. El aire huele a papas fritas y limpiador de pisos. El aire acondicionado es caluroso como en verano y me quito varias capas: chaqueta, gorro, guantes, suéter. Pierdo tres kilos en medio minuto, siento como si pudiera flotar junto al ascensor. Pequeños pájaros marrones cantan arriba de mí. Nadie sabe cómo entraron, pero viven en el centro comercial y cantan bonito. Me siento en una banca y observo cómo los pájaros se mueven en el aire cálido.

Probablemente debería decirle a alguien, sólo díselo a alguien. Terminar con esto. Déjalo salir, suéltalo.

Quiero volver a estar en quinto grado. Ahora, ese es un profundo secreto oscuro, casi tan grande como el otro. El quinto grado era fácil: lo suficientemente grande como para jugar afuera sin mamá,

pero demasiado joven para salir de la cuadra. La longitud perfecta de la correa.

Un guardia pasa frente a mí. Estudia a las mujeres de plástico en la ventana de Liverpool y luego regresa por el otro lado. Él ni siquiera se molesta con una sonrisa falsa o un “¿estás perdida?”.

No estoy en quinto grado. Él comienza de nuevo una tercera vuelta, su dedo en su radio. ¿Me entregará? Es hora de encontrar esa parada de autobús.

Paso el resto del día esperando que sea la una de la tarde con cuarenta y ocho minutos, así que no es tan diferente de la escuela. Me imagino que aprendí una buena lección y puse mi despertador temprano para el día siguiente. Me despierto a tiempo durante cuatro días seguidos, me subo al autobús cuatro días seguidos, voy a casa después de la escuela. Quiero gritar. Creo que tendré que tomarme un día libre de vez en cuando.



## Descifrando códigos

La Pelos ha estado comprando nuevos pendientes. Un par cuelga hasta sus hombros. Otro tiene campanas como los que Verónica me regaló en Navidad. Supongo que ya no puedo usar los míos. Debería haber una ley.

Es el mes de Nathaniel Hawthorne en clase de Español. Pobre Nathaniel. ¿Sabe lo que le han hecho? Estamos leyendo *La letra escarlata* una oración a la vez, rompiéndola y mordiendo sus huesos.

Se trata de SIMBOLISMO, dice la Pelos. Cada palabra elegida por Nathaniel, cada coma, cada salto de párrafo, todo se hizo a propósito. Para obtener una calificación decente en su clase, tenemos que averiguar qué es lo que realmente estaba tratando de decir. ¿Por qué no podía simplemente decir lo que quería decir? ¿Pondrían letras escarlatas en su pecho? ¿C para contundente, D para directo?

No me puedo quejar. Algo de esto es divertido. Es como un código, irrumpiendo en su cabeza y encontrando la clave de sus secretos. Como toda la culpa. Por supuesto, usted sabe que el ministro se siente culpable y Hester se siente culpable, pero Nathaniel quiere que sepamos que esto es un gran problema. Si él repetía: “Ella se sentía culpable, se sentía culpable, se sentía culpable”, sería un libro aburrido y nadie lo compraría. Así que plantó símbolos como el clima, y toda la cosa clara y oscura, para mostrarnos cómo se siente la pobre Hester.

Me pregunto si Hester intentó decir que no. Ella es tranquila. Nos llevaríamos bien. Puedo vernos, viviendo en el bosque, ella con esa A, yo con una C tal vez, C por callada, por creída, por cobarde. C por confiada.

Así que la parte de descifrar el código fue divertida para una primera lección, pero un poco de eso es suficiente. La Pelos nos lo está martillando hasta la muerte.

La Pelos: “La descripción de la casa con trozos de vidrio incrustados en las paredes, ¿qué significa?”

Silencio absoluto de la clase. Una mosca zumba contra la ventana fría. Alguien cierra un casillero de golpe en el pasillo.

La Pelos responde a su propia pregunta. “Piensen en cómo se vería eso, una pared con vidrio incrustado en ella. ¿Se reflejaría? ¿Brillaría en días soleados tal vez? Vamos, muchachos, no debería tener que hacer esto sola. Vidrio en la pared. Usamos eso en la parte superior de las paredes de las prisiones hoy en día. Hawthorne nos está mostrando que la casa es una prisión o quizá un lugar peligroso. Es hiriente. Ahora, les pedí que encontraran algunos ejemplos

del uso del color. ¿Quién puede enumerar algunas páginas donde se describe el color?”.

La mosca zumba un zumbido de despedida y muere.

Raquel/Rachelle, mi ex mejor amiga: “¿A quién le importa lo que significa el color? ¿Cómo sabes lo que quería decir? Quiero decir, ¿dejó otro libro llamado ‘Simbolismo en mis libros’? Si no lo hizo, entonces se podría estar haciendo toda una confusión de esto”.

La Pelos reflexiona. Fría y calmada como el interior de una cerradura; el sabor del hierro. Se está preparando para una respuesta completa cuando suena la campana.



## La condena del almuerzo

**Nunca pasa nada bueno en el almuerzo.** La cafetería es un escenario gigante donde filman segmentos diarios de rituales de humillación adolescente. Y huele mal. Me siento con Verónica, como de costumbre, pero estamos solas en un rincón junto al patio, no cerca de las Martas. Verónica se sienta de modo que está de espaldas al resto de la cafetería. Ella puede ver cómo el viento mueve las hojas en el patio detrás de mí. Puedo sentir el viento filtrarse a través del cristal y penetrar en mi camisa.

No estoy escuchando con mucha atención ya que Verónica va directo hacia lo que tiene en mente. El ruido de cuatrocientas bocas moviéndose, consumiendo, me aleja de ella. El pulso de botones de los microondas, el chillido de la música de fondo que nadie oye, esto es similar a estar en una colmena, el refugio de los



avispones. Soy una pequeña hormiga agachada junto a la entrada, con el viento de invierno a mis espaldas. Sofoco mis chicharos con puré de papas.

Verónica mordisquea su jícama y su pan de grano entero, y me quita el aire mientras ella come sus zanahorias pequeñas.

Verónica: “Esto es realmente incómodo. Quiero decir, ¿cómo dices algo como esto? No importa qué... no, no quiero decir eso. Quiero decir, nos emparejamos al principio del año cuando era nueva y no conocía a nadie y eso fue muy muy amable de tu parte, pero creo que es hora de que ambas admitamos que... simplemente... somos... muy... diferentes”.

Ella estudia su yogur sin grasa. Intento pensar en algo malintencionado, algo malvado y cruel. No puedo.

Yo: “¿Quieres decir que ya no somos amigas?”.

Verónica (sonriendo con su boca pero no con sus ojos): “Nunca fuimos realmente muy amigas, ¿verdad? Quiero decir, no es como si alguna vez hubiera dormido en tu casa o algo así. Nos gusta hacer cosas diferentes. Tengo mi modelaje, y me gusta ir de compras...”.

Yo: “A mí también me gusta ir de compras”.

Verónica: “No te gusta nada. Eres la persona más deprimida que he conocido y me disculpo por decir esto, pero no es divertido estar cerca de ti y creo que necesitas ayuda profesional”.

Hasta este mismo instante, nunca había pensado seriamente en Verónica como mi única amiga verdadera en el mundo. Pero ahora estoy desesperada por ser su amiga, su comadre, reírme con ella, chismear con ella. Quiero que ella pinte las uñas de mis pies.

Yo: “Fui la única persona que habló contigo el primer día de clases y ahora me estás abandonando porque estoy un poco deprimida. ¿No es para eso que son las amigas? ¿Para ayudarse en los malos tiempos?”.

Verónica: “Sabía que tomarías esto de la manera equivocada. A veces eres muy rara”.

Me fijo en la pared de corazones al otro lado de la habitación. Los novios pueden gastar cincuenta pesos para obtener un corazón rojo o rosa con sus iniciales montadas en la pared para el Día de San Valentín. Se ve tan fuera de lugar, esas manchas rojas en azul. Los deportistas se sientan delante de los corazones para juzgar los nuevos romances. Pobre Verónica. No hay tarjetas de regalo para romper con amigos.

Sé lo que está pensando. Tiene una opción: puede pasar el rato conmigo y tener la reputación de ser un bicho raro y espeluznante que podría aparecer con un arma algún día, o puede ser Marta, una de las chicas que obtiene buenas calificaciones, hace cosas buenas y sabe modelar bien. ¿Cuál elegiría?

Verónica: “Cuando termines esta fase de odio-la-vida estoy segura de que mucha gente querrá ser tu amiga. Pero no puedes faltar a clases o no asistir a la escuela. ¿Qué sigue después, salir con los drogadictos?”.

Yo: “¿Es esta la parte donde tratas de ser amable conmigo?”.

Verónica: “Tienes una reputación”.

Yo: “¿De qué?”.

Verónica: “Mira, ya no puedes almorzar conmigo. Lo siento. Ah, y no te comas esas papas fritas. Te sacarán granos”.

Ella envuelve cuidadosamente su basura en una bolsa y la deposita en el bote de basura. Luego camina hacia la mesa de las Martas. Sus amigas se recorren para darle espacio. La tragan entera y ella nunca me voltea a ver. Ni una sola vez.

## Conjuga esto

Yo **falto a clase**, tú faltas a clase, él, ella, falta a clase. Faltamos a clase, ellos faltan a clase. Todos faltamos a clase. No puedo decir esto en inglés porque hoy no fui a Inglés. *Thank God. Goodbye.*



## Cortando corazones

Cuando nos bajamos del autobús en el Día de San Valentín, una chica con el pelo de rayitos blancos rompe en llanto. “¡Te amo, Ánjela!” está pintado en el banco de tierra a lo largo del estacionamiento. No sé si Ángela está llorando porque está feliz o porque su enamorado no sabe ortografía. Su amor está esperando con una rosa roja. Se besan justo delante de todos. Feliz Día de San Valentín.

Me ha tomado por sorpresa. El Día de San Valentín fue un gran alboroto en la primaria porque tenías que dar tarjetas a todos en tu clase, incluso al niño que te hizo pisar en la caca de perro. Luego, la maestra traía pastelitos de color rosa e intercambiábamos esos pequeños dulces con forma de corazones.

Esos días de San Valentín ya están bajo tierra. No hay fiestas de dulces. No hay mensajes en papel donde le preguntas a la que te

gusta si quiere ser tu novia. Para decirle a alguien que te gusta tienes que usar capas y capas de amigos, como en “Claudia me dijo que te dijera que Marcos dijo que Carlos estaba hablando con María y que insinuó que el hermano de Valeria, Armando, tiene un amigo llamado Antonio a quien le gustas. ¿Qué le digo?”.

Es más fácil usar alambre de púas como hilo dental que admitir que te gusta alguien en la prepa.

Voy hacia mi casillero. Todos estamos vestidos con chamarras y chalecos, así que chocamos y rebotamos como carritos de choque en la feria. Noté sobres pegados en algunos casilleros, pero realmente no pienso en eso hasta que encontré uno en el mío. Dice “Mariana”. Tiene que ser una broma. Alguien lo puso allí para hacerme ver estúpida. Miro por encima de mi hombro izquierdo, luego mi derecho, para ver si hay grupos de chavos que me señalen. Todo lo que veo son las espaldas de los estudiantes que pasan.

¿Y si es real? ¿Y si es de un chavo? Mi corazón se detiene, luego tartamudea y vuelve a bombear. No, Javier no. Su estilo definitivamente no es romántico. Tal vez Diego Martínez, mi compañero de laboratorio. Me mira cuando piensa que no lo estoy viendo, temiendo que rompa el equipo de laboratorio o me desmaye de nuevo. A veces me sonrío, una sonrisa ansiosa, del tipo que usas en un perro que podría morder. Todo lo que tengo que hacer es abrir el sobre. No puedo soportarlo. Paso por mi casillero y voy directamente a Biología.

La señora Saldívar decidió que sería lindo repasar las aves y las abejas en honor del Día de San Valentín. Nada práctico, por supuesto. No hay información sobre por qué las hormonas te pueden volver loco, o por qué tu cara se llena de granos en el peor momento,

o cómo saber si alguien en verdad dejó una tarjeta de San Valentín en tu casillero. No, ella realmente nos enseña acerca de los pájaros y las abejas. Las notas de amor y traición se pasan de mano en mano como si las mesas fueran carriles en la carretera de Cupido. La señora Saldívar dibuja un huevo con un pollito dentro.

Diego Martínez está luchando para mantenerse despierto. ¿Le gusto a él? Lo pongo nervioso. Piensa que voy a arruinar su calificación. Pero tal vez le estoy gustando. ¿Quiero que me guste? Muerdo mi uña del pulgar. No. Sólo quiero gustarle a alguien, quien sea. Quiero una nota con un corazón en ella. Jalo el borde de mi uña demasiado hacia atrás y sangra. Aprieto el pulgar para que la sangre se acumule en una esfera perfecta antes de que se derrame y se deslice hacia la palma de mi mano. Diego me da una servilleta. La presiono en el corte. Las células blancas del papel se disuelven a medida que el rojo las inunda. No duele. Nada duele, excepto las pequeñas sonrisas y rubores que brillan a través de la habitación como pequeños gorriones.

Abro mi cuaderno y le escribo una nota a Diego: “¡Gracias!”. Deslizo el cuaderno hacia él. Traga saliva, su manzana de Adán rebota en la parte inferior de su cuello y vuelve a subir. Él responde: “De nada”. ¿Ahora qué? Aprieto el tejido más fuerte en mi pulgar para concentrarme. El pajarito de la señora Saldívar sale de su cascarón. Hago un dibujo de la señora Saldívar como si fuese un petirrojo. Diego sonrío. Él dibuja una rama bajo sus pies y desliza el cuaderno hacia mí. Intento conectar la rama a un árbol. Se ve bastante bien, mejor que cualquier cosa que haya dibujado hasta ahora en Arte. La campana suena y la mano de Diego roza la mía mientras recoge sus libros. Me levanto violentamente de mi asiento. Tengo miedo de



mirarlo. ¿Qué pasa si él piensa que ya abrí su tarjeta y no lo quiero y por eso no dije nada? Pero no puedo decir nada porque la tarjeta podría ser una broma, o de algún otro observador silencioso que se mezcla con los demás estudiantes.

Mi casillero. La tarjeta sigue ahí, un parche blanco de esperanza con mi nombre en ella. La arranco y la abro. Algo cae a mis pies. La tarjeta tiene una imagen de dos osos de peluche lindos que comparten una olla de miel. La abro: “Gracias por entender. ¡Eres la más dulce!”. Está firmado con un bolígrafo morado. “¡Buena suerte! Verónica”.

Me inclino hacia abajo para encontrar lo que cayó de la tarjeta. Era el collar de amistad que le había dado a Verónica en un ataque de locura en Navidad. Estúpida, estúpida, estúpida. ¿Qué tan estúpida podría ser? Escucho un chasquido dentro de mí, mis costillas se colapsan en mis pulmones, por lo que no puedo respirar. Me tropiezo por el pasillo, por otro pasillo, por otro pasillo, hasta que encuentro mi puerta secreta, me deslizo por dentro y lanzo la puerta, sin molestarme siquiera en encender las luces, simplemente cayendo un kilómetro cuesta abajo hasta el fondo de mi silla marrón. Silla en donde puedo hundir mis dientes en la suave piel blanca de mi muñeca y llorar como el bebé que soy. Me balanceo, golpeando mi cabeza contra la pared de bloques de cemento. Un falso día festivo comercializando el amor ha revelado cada cuchillo que está enterrado dentro de mí, cada herida. No Raquel, no Verónica, ni siquiera un chico ñoño y dulce que pudiera querer a la chica interior que creo que soy.

## Nuestra Señora de la Sala de Espera

Encuentro el Hospital Nuestra Señora de la Piedad por accidente. Me duermo en el autobús y pierdo la bajada en el centro comercial. El hospital merece una visita. Tal vez pueda aprender algo de premedicina para Diego.

De una manera enfermiza, me encanta. Hay salas de espera en casi todos los pisos. No quiero llamar demasiado la atención, así que me mantengo en movimiento, revisando mi reloj constantemente, tratando de parecer que tengo una razón para estar aquí. Me temo que me atraparán, pero la gente a mi alrededor tiene otras cosas de las que preocuparse. El hospital es el lugar perfecto para ser invisible y la comida de la cafetería es mejor que la de la escuela.

La peor sala de espera está en el piso de los infartados. Está lleno de mujeres de rostro gris que retuercen sus anillos de boda y vigilan las puertas en busca de un médico con noticias. Una mujer sólo solloza, no le importa que los extraños se queden mirando mientras su nariz gotea o que la gente la escuche tan pronto como bajan del elevador. Sus llantos llegan al límite de casi gritar. Me hacen estremecer. Agarro un par de copias de una revista y salgo de allí.

La maternidad es peligrosa porque la gente allí es feliz. Me hacen preguntas: ¿a quién estoy esperando? ¿Cuándo nacerá el bebé? ¿Es mi madre, una hermana? Si quisiera que me hicieran preguntas, habría ido a la escuela. Yo respondo que tengo que llamar a mi padre y huyo de ahí.

La cafetería está genial. Enorme. Llena de personas que usan ropa de médicos con posturas universitarias y celulares. Siempre pensé que la gente del hospital estaría obsesionada con lo saludable, pero estos tipos comen comida chatarra como si se fuera a acabar. Grandes pilas de tacos, hamburguesas con queso tan anchas como platos, pastel de chocolate, papas fritas, todo lo bueno. Una trabajadora solitaria de la cafetería llamada Lola está de pie junto a la bandeja de cebolla y pescado al vapor. Me siento mal por ella, así que compro el plato de pescado. También compro un plato de puré de patatas y salsa y un yogur. Encuentro un asiento junto a una mesa de hombres serios, con el ceño fruncido y el cabello plateado, usan palabras tan largas que me sorprende que no se traben al decirlas. Muy oficial. Es agradable pasar tiempo con personas que parecen saber lo que están haciendo.

Después del almuerzo, camino hasta el quinto piso, a una cirugía para adultos donde los familiares que esperan se concentran en la televisión.

Me siento donde puedo ver el área de las enfermeras y, más allá, un par de cuartos del hospital. Parece un buen lugar para enfermarse. Los médicos y las enfermeras parecen inteligentes y ocupados, pero sonríen de vez en cuando.

Un trabajador de la lavandería empuja una enorme canasta de batas de hospital azules (del tipo que muestra tu trasero si no la mantienes bien amarrada) a un área de almacenamiento. Yo lo sigo. Si alguien pregunta, estoy buscando una fuente de agua. Nadie pregunta. Yo levanto una bata. Quiero ponérmela y meterme debajo de la manta blanca y las sábanas en una de esas camas altas y dormir. Cada vez es más difícil dormir en casa. ¿Cuánto tardarían las enfermeras en darse cuenta de que no pertenezco aquí? ¿Me dejarían descansar unos días?

Una camilla empujada por un hombre alto con músculos pasa por el pasillo. Una mujer camina a su lado, una enfermera. No tengo idea de lo que está mal con el paciente, pero sus ojos están cerrados y una delgada gota de sangre se filtra a través de una venda en su cuello.

Regreso la bata donde estaba. No hay nada malo en mí. Éstas son personas realmente enfermas, enfermas que puedes ver. Me dirijo al ascensor.

El autobús está en camino.



## Choque de titanes

**Tenemos una reunión con el director.** Alguien ha notado que he estado ausente. Y que no hablo. Ellos calculan que soy más un caso testarudo que un criminal, por lo que también llaman a la consejera.

La boca de mi madre se contrae con palabras que no quiere decir frente a extraños. Papá sigue revisando su celular esperando que alguien llame.

Tomo agua de un vaso de papel. Si la copa fuera de cristal o plomo, abriría la boca y daría un mordisco. Crujido, crujido, tragar. Ellos quieren que yo hable. “¿Por qué no dices nada?”. “Por el amor de Dios, ¡abre tu boca!”. “Esto es infantil, Mariana”. “Di algo”. “Sólo te estás haciendo daño al negarte a cooperar”. “No sé por qué nos estás haciendo esto”.

El director aclara su garganta ruidosamente y se pone en medio.

Director: “Todos estamos de acuerdo en que estamos aquí para ayudar. Empecemos con estas calificaciones. No son lo que esperábamos de ti, Mariana”.

Papá: “Mariana”.

Director: “Mariana. El año pasado en la secundaria fuiste una estudiante de promedio de nueve, sin problemas de conducta, pocas ausencias. Pero los informes que he recibido... bueno, ¿qué puedo decir?”.

Mamá: “¡Ése es el punto, ella no dirá nada! No puedo sacar una palabra de ella. Está muda”.

Consejera: “Creo que tenemos que explorar las dinámicas familiares en juego aquí”.

Mamá: “Ella nos está utilizando para llamar la atención”.

Yo (dentro de mi cabeza): “¿Me escucharías? ¿Me creerías? Lo dudo”.

Papá: “Bueno, algo está mal. ¿Qué le han hecho a ella? Tuve una niña dulce y amorosa el año pasado, pero tan pronto como llegó aquí, ella se alborota, falta a la escuela y dejan de importarle sus calificaciones. Yo juego golf con el presidente de la junta escolar, ¿sí lo sabían?”.

Mamá: “No nos importa a quién conoces, Antonio. Tenemos que conseguir que Mariana hable”.

Consejera (inclinándose hacia adelante, mirando a mamá y a papá): “¿Ustedes dos tienen problemas matrimoniales en casa que quizá se reflejen en la vida escolar de Mariana?”.

Mi madre responde con un lenguaje poco femenino. Mi padre sugiere que la consejera vaya a donde mora su progenitora y proceda

a importunarla. La consejera se queda callada. Tal vez ella entienda por qué mantengo todo guardado. El director se reclina en su silla y garabatea un avispon.

Tic, tic, tic. ¿Me estoy perdiendo mi hora de estudio para esto? Hora de la siesta. ¿Cuántos días hasta la graduación? Perdí la cuenta. Tengo que encontrar un calendario.

Mamá y papá se disculpan. Parece que cantan una melodía: “¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? Ella está triste, sólo somos dos. ¿Qué, oh, qué se supone que debemos hacer?”.

En mi mundo imaginario, saltan sobre el escritorio del director y realizan una rutina de baile. Un foco brilla sobre ellos.

Una línea de coro se une y la consejera baila alrededor de un tubo brillante. Yo me río. Zas. De vuelta en su mundo.

Mamá: “¿Crees que esto es divertido? ¡Estamos hablando de tu futuro, tu vida, Mariana!”.

Papá: “No sé de dónde sacaste esa actitud de vaga, pero ciertamente no lo aprendiste en casa. Probablemente de las malas influencias de aquí”.

Consejera: “En realidad, Mariana tiene algunas amigas muy agradables. La he visto ayudar a ese grupo de chicas que se ofrecen voluntariamente. Anahí Serna, Karla Gómez, Leslie Sánchez...”.

Director (deja de hacer garabatos): “Muy buenas chicas. Todas provienen de buenas familias”. Me mira por primera vez e inclina la cabeza hacia un lado. “¿Ésas son tus amigas?”.

¿Eligen ser tan densos? ¿Nacieron de esa manera? No tengo amigas. No tengo nada. No dije nada. No soy nada. Me pregunto cuánto tiempo se tarda en viajar en un autobús al desierto de Chihuahua.





## Castigada

**Castigada en la escuela.** Ésta es mi penitencia. Está en mi contrato. Es cierto lo que te dicen sobre no firmar nada sin leerlo cuidadosamente. Aún mejor, paga un abogado para que lo lea atentamente.

La consejera ideó el contrato después de nuestro encuentro acogedor en la oficina del director. Enumera un millón de cosas que no debo hacer y las consecuencias que sufriré si las hago. Las consecuencias por ofensas menores como llegar tarde a clase o no participar fueron estúpidas, querían que escribiera un ensayo, ¡así que me tomé otro día y falté a la escuela y ¡lotería! Me gané un viaje al aula de castigados.

Es un aula pintada de blanco, con sillas incómodas y una lámpara que zumba como una colmena enojada. A los internos del aula

se les ordena sentarse bien erguidos y mirar fijamente las paredes vacías. Se supone que nos aburra hasta la sumisión o nos prepare para un manicomio. Nuestro perro guardián hoy es el señor Cuello. Él levanta su labio y me gruñe. Creo que esto es parte de su castigo por esa mierda intolerante que expuso en su clase. Hay otros dos convictos conmigo. Uno tiene una cruz tatuada en su cráneo afeitado. El otro niño se ve completamente normal. Su ropa es un poco rara tal vez, pero eso es un delito menor aquí, no un delito grave. Cuando el señor Cuello se levanta para saludar a un arribo tardío, el niño de apariencia normal me dice que le gusta comenzar incendios.

Nuestro último compañero es Javier Lara. Mi desayuno se convierte en ácido clorhídrico. Le sonrío al señor Cuello y se sienta a mi lado.

Señor Cuello: “¿Faltaste de nuevo, Javier?”.

Javier Lobo: “No, señor. Uno de sus colegas cree que tengo un problema con la autoridad. ¿Puede creerlo?”.

Señor Cuello: “Ya siéntate”.

Soy una presa de nuevo, escondida al aire libre. Me siento como si tuviera un huevo en la boca. Un movimiento, una palabra y el huevo se romperá y volará el mundo. Me estoy poniendo seriamente rara de la cabeza.

Cuando el señor Cuello no está mirando, Javier sopla en mi oído. Quiero matarlo.

## Picasso

No puedo hacer nada, ni siquiera en la clase de Arte. El señor Cepeda, un profesional en el arte y la imaginación, piensa que sabe lo que está mal. “Tu imaginación está paralizada”, declara. “Necesitas hacer un viaje”. Las orejas se animan en todo el aula y alguien apaga la radio. ¿Un viaje? ¿Está planeando un viaje a algún lugar? “Debes visitar la mente de un maestro”, continúa el señor Cepeda. Los papeles revolotean mientras la clase se decepciona. La radio vuelve a sonar.

Él empuja mi lastimoso bloque de linóleo a un lado y suavemente deja un enorme libro. “Picasso”, susurra como un sacerdote. “Picasso. Quien vio la verdad. Quien pintó la verdad, la moldeó, la arrancó de la tierra con dos manos enojadas”. Hace una pausa. “Pero me estoy dejando llevar”. Asiento con la cabeza. “Ve a Picasso”, me

ordena. “No puedo hacer todo por ti. Debes caminar sola para encontrar tu alma”.

Bla, bla, está bien. Mirar fotos sería mejor que mantener la vista hipnotizada hacia la ventana. Abro el libro.

Picasso seguro tuvo una obsesión por mujeres desnudas. ¿Por qué no dibujarlas con la ropa puesta? ¿Quién se sienta sin camisa, tocando una mandolina? ¿Por qué no dibujar chicos desnudos también, sólo para ser igualitario? Mujeres desnudas es arte, chicos desnudos es ofensivo, curioso ¿no? Probablemente porque la mayoría de los pintores son hombres.

No me gustan los primeros capítulos. Además de todas las mujeres desnudas, pintó estos cuadros azules, como si se hubiera quedado sin rojo y verde durante unas semanas. Pintó a gente de circo y algunos bailarines que parecen estar parados en *smog*. Debería haberlos hecho toser.

El siguiente capítulo me roba el aliento. Me saca de la habitación. Me confunde mientras una pequeña parte de mi cerebro salta y grita: “¡Lo entiendo! ¡Lo entiendo!” . Cubismo. Ver más allá de lo que está en la superficie. Moviendo ambos ojos y una nariz hacia un lado de la cara. Cortar cuerpos, mesas y guitarras como si fueran palitos de apio, y reorganizarlos para que realmente tengas que verlos para verlos. Increíble. ¿Cómo era el mundo para él?

Ojalá hubiera ido a la escuela preparatoria Madero. Apuesto a que podríamos haber salido. Busco en todo el libro y nunca veo una foto de un árbol. Tal vez Picasso tampoco podía hacer árboles. ¿Por qué me quedé estancada con una idea tan aburrida? Dibujo un árbol cubista con cientos de rectángulos delgados para ramas. Se

ven como casilleros, cajas, fragmentos de vidrio, labios con hojas triangulares de color marrón. Dejo el dibujo en el escritorio del señor Cepeda.

“Ahora estás avanzando un poco más”, dice. Él me da un pulgar hacia arriba.



## Chica buena

**Soy una chica buena.** Voy a todas mis clases por una semana. Se siente bien saber de qué hablan nuevamente los maestros. Mis padres reciben la noticia de la consejera. No están seguros de cómo reaccionar: felices porque me estoy comportando o aún más enojados porque tienen que sentirse felices por algo tan tonto como una niña que va a clases todos los días.

La consejera los convence de que necesito una recompensa, quizá un juguete para morder o algo así. Se deciden por ropa nueva. Estoy dejando todo lo que tengo.

¿Pero ir de compras con mi madre? Sólo dispárenme y sáquenme de mi miseria. Cualquier cosa menos un viaje de compras con mamá. Ella odia ir de compras conmigo. En el centro comercial se adelanta, con la barbilla alta y los párpados temblando porque no voy a



probarme la ropa práctica y “elegante” que a ella le gusta. Mi madre es la roca, yo soy el océano. Tengo que hacer pucheros y rodar mis ojos durante horas hasta que finalmente se desgaste y se desmorone en mil granos de arena de playa. Se necesita mucha energía. No creo que la tenga en mí.

Aparentemente, mamá tampoco está de humor para aguantar mis dramas. Cuando anuncian que me he ganado ropa nueva, agregan que tengo que comprarla en Elegant, para que mamá pueda usar su descuento de gerente.

Se supone que debo tomar el autobús después de la escuela y reunirme con ella en la tienda. En cierto modo, me alegro. Entra, compra, sal, como arrancar un curita. Parece una buena idea hasta que estoy en la parada de autobús frente a la escuela mientras un fuerte viento atraviesa el municipio. La sensación térmica debe ser de cinco bajo cero y no tengo gorro ni guantes. Intento mantenerme de espaldas al viento, pero mi trasero se congela. Enfrentarlo es imposible. El aguanieve explota bajo mis párpados y llena mis oídos. Por eso no escucho cuando un auto se detiene a mi lado. Cuando suena el claxon, casi salgo de mi piel. Es el señor Cepeda. “¿Necesitas un aventón?”

El auto del señor Cepeda me sorprende. Es un Volvo azul, una caja sueca segura. Imaginé que conducía alguna combi vieja. Su auto está limpio. Tuve visiones de materiales de arte, carteles y fruta podrida por todas partes. Cuando entro, la música clásica toca tranquilamente. Las maravillas nunca cesarán. Dice que dejarme por el centro comercial no está tan alejado de su destino. Le encantaría conocer a mi madre. Mis ojos se abren de miedo. “Tal vez no”, dice. Me quito el aguanieve derretida de la cabeza y sostengo

las manos delante de la rejilla de ventilación. Enciende la calefacción al máximo.

Mientras me descongelo, cuento los marcadores de kilometraje al costado de la carretera, vigilando por algún animal atropellado. Tenemos muchos venados muertos por aquí. A veces, la gente pobre toma al venado por la carne, en especial en invierno, pero la mayoría de las veces los cadáveres se pudren hasta que su piel cuelga como listones sobre sus huesos.

Nos dirigimos hacia el oeste, hacia el centro comercial.

“Hiciste un buen trabajo con ese bosquejo cubista”, dice. No sé qué decir. Pasamos un perro muerto. No tiene collar. “Estoy viendo mucho crecimiento en tu trabajo. Estás aprendiendo más de lo que crees”.

Yo: “No sé nada. Mis árboles apestan”.

El señor Cepeda enciende su direccional, mira por el espejo retrovisor, se mete en el carril izquierdo y rebasa un camión de cerveza. “No seas tan dura contigo misma. El arte es cometer errores y aprender de ellos”. Él gira otra vez hacia el carril derecho.

Veo cómo el camión de la cerveza se desvanece en la tormenta en el espejo lateral. Una parte de mí piensa que tal vez está conduciendo un poco demasiado rápido, con toda la lluvia, pero el auto es pesado y no resbala. El aguanieve que se había juntado en mis calcetines se derrite en mis zapatos.

Yo: “Está bien, pero dijo que teníamos que poner emoción en nuestro arte. No sé lo que eso significa. No sé qué se supone que debo sentir”. Mis dedos se levantan y cubren mi boca.

¿Qué estoy haciendo?

Señor Cepeda: “El arte sin emoción es como la limonada sin azúcar. Te hace vomitar”. Él simula meter su dedo en su garganta. “La próxima vez que trabajes en tus árboles, no pienses en los árboles. Piensa en el amor, el odio, la alegría o la ira, lo que te haga sentir, algo que hace que las palmas de las manos suden o los dedos de los pies se enrosquen. Concéntrate en ese sentimiento. Cuando las personas no se expresan mueren poco a poco. Te sorprenderías de la cantidad de adultos que realmente mueren en su interior, paseando por sus días sin tener idea de quiénes son, simplemente esperando un ataque cardíaco o cáncer. Es lo más triste que conozco”.

Él toma la salida lateral y se detiene en la luz al final de la rampa. Algo pequeño, peludo y muerto está tirado por la alcantarilla. Muevo una costra en mi pulgar. El letrero de Elegant parpadea a mitad de la cuadra. “Por ahí”, le digo. “Puede dejarme enfrente”. Nos quedamos en silencio por un momento, el aguanieve oculta al otro lado de la calle un solo de un violín retumbando en los altavoces. “Hum, gracias”, le digo.

“No fue nada”, responde. “Si alguna vez necesitas hablar, sabes dónde encontrarme”. Me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta.

“Mariana”, dice el señor Cepeda. El aguanieve se filtra en el coche y se derrite en el tablero. “Eres una buena chica. Creo que tienes mucho qué decir. Me gustaría escucharlo”.

Yo cierro la puerta.

## Cuarto de espejos

Me detengo en la oficina de mamá y la secretaria dice que mi madre está hablando por teléfono. Aún mejor. Será más fácil encontrar un pantalón de mezclilla sin ella alrededor. Me dirijo a la sección “mujeres jóvenes” de la tienda. (Otra razón por la que no ganan dinero. ¿Quién quiere ser llamada una mujer joven?). Necesito uno talla nueve, por mucho que me duela admitirlo. Todo lo que poseo es un siete o más pequeño. Miro mis pies de canoa y mis húmedos y desagradables tobillos. ¿No se supone que las chicas dejan de crecer a esta edad?

Cuando estaba en sexto grado, mi madre me compró todos estos libros sobre la pubertad y la adolescencia, así podría apreciar la transformación “hermosa”, “natural” y “milagrosa” por la cual estaba pasando. Mierda. Eso es lo que es. Ella se queja todo el tiempo

de que su cabello se ha vuelto gris y su trasero esta caído y su piel arrugada, pero se supone que debo estar agradecida por una cara llena de granos, pelo en lugares vergonzosos y pies que crecen un centímetro por noche. Pura mierda.

No importa lo que me pruebe, sé que lo odiaré. Elegant ha acaparado el mercado con ropa completamente anticuada. Ropa que las abuelas te compran para tu cumpleaños. Es un cementerio de moda. “Sólo agarra un par que te quede”, me digo. Un par, ése es el objetivo. Miro a mi alrededor. No veo a mamá. Llevo tres pares de los pantalones menos ofensivos al vestidor. Soy la única persona que está probándose algo. El primer par es demasiado pequeño, ni siquiera puedo ponerlos sobre mi trasero. No me molesto con el segundo par: son de una talla aún más pequeña. El tercer par es enorme. Exactamente lo que estoy buscando.

Me apresuro hacia el espejo de tres caras. Con una sudadera extra grande en la parte superior, casi no se puede ver que son los pantalones de Elegant. Todavía no hay mamá. Ajusto el espejo para poder ver los reflejos de mis reflejos, kilómetros y kilómetros de mí y mis nuevos pantalones. Me engancho el pelo detrás de las orejas. Debería haberlo lavado. Mi cara está sucia. Me apoyo en el espejo. Ojos tras ojos tras ojos me miran fijamente. ¿Estoy en algún lugar? Mil ojos parpadean. Sin maquillaje. Círculos oscuros. Acercó las aletas laterales del espejo, me acurruco en el espejo y bloqueo el resto de la tienda.

Mi cara se convierte en un boceto de Picasso, mi cuerpo se corta en cubos de disección. Una vez vi una película donde una mujer se quemó en más del ochenta por ciento de su cuerpo y tuvieron que lavar toda la piel muerta. La envolvieron en vendas, la mantuvieron

drogada y esperaron los injertos de piel. De hecho, la cosieron en una nueva piel.

Empujo mi boca irregular contra el espejo. Un millar de labios sangrantes con costra empujan hacia atrás. ¿Qué se siente el caminar en una nueva piel? ¿Estará completamente sensible como un bebé o adormecida, sin terminaciones nerviosas, simplemente caminando en una bolsa de piel? Yo exhalo y mi boca desaparece en una niebla. Siento que mi piel se ha quemado. Me tropiezo con una piedra y con otra, mi madre y mi padre que se odian, Raquel que me odia, una escuela que me digiere como si fuera una bola de pelo. Y Verónica.

Sólo necesito aguantar el tiempo suficiente para injertar mi nueva piel. El señor Cepeda cree que necesito encontrar mis sentimientos. ¿Cómo no puedo encontrarlos? Me están masticando viva como una infestación de pensamientos, vergüenzas y errores. Cierro fuertemente los ojos. Pantalones que me quedan bien, es un buen comienzo. Tengo que mantenerme alejada de mi armario secreto en la escuela, ir a todas mis clases. Me haré normal. Me olvidaré del resto.



## Germinación

Hemos terminado la unidad sobre plantas en Biología. La señora Saldívar deja caer pistas y sugiere que el examen se centrará en las semillas.

Cómo se siembran las semillas: esto es realmente genial. Algunas plantas escupen sus semillas al viento. Otras hacen que las semillas sean lo suficientemente sabrosas para que las aves las coman, por lo que son expulsadas como arte decorativa en los autos recién lavados. Las plantas producen muchas más de las que necesitan porque saben que la vida no es perfecta y que no todas las semillas lo lograrán. Algo inteligente, cuando piensas en ello. Las personas también solían hacer eso: tenían diez o veinte niños porque pensaban que algunos morirían, otros saldrían malos y unos



cuantos serían agricultores honestos y trabajadores, quienes sabrían cómo plantar semillas.

Lo que las semillas necesitan para germinar: las semillas son ineficientes. Si la semilla se siembra demasiado profundo, no se calienta en el momento adecuado. Plántala demasiado cerca de la superficie y un cuervo se la come. Demasiada lluvia y se pudre. Sin suficiente lluvia y nunca se logra. Incluso si consigue brotar puede ser tapada por maleza, arrraigada por un perro, aplastada por un balón de fútbol o asfixiada por el escape de un automóvil.

Es asombroso todo lo que sobrevive.

Cómo crecen las plantas: rápidamente. La mayoría de las plantas crecen rápido y mueren jóvenes. La gente tiene setenta años, una planta de frijol llega a cuatro meses, tal vez cinco. Una vez que la planta bebé se asoma del suelo brota sus hojas de modo que puede absorber más sol. Luego duerme, come y toma el sol hasta que está lista para florecer, una planta adolescente. Éste es un mal momento para ser una rosa o una zinnia o una caléndula, porque la gente ataca con tijeras y corta lo que es bonito. Pero las plantas son regenerativas. Si se arranca la rosa, la planta crece otra. Necesita florecer para producir más semillas.

Voy a sacar diez en este examen.

## Exiliada

La estrategia de mi tiempo en la cafetería ha cambiado desde que no tengo amigos en el universo conocido. En primer lugar, no paso por la línea de alimentos para evitar ese momento vulnerable de salir al comedor, ese momento en el que cada cabeza se levanta y evalúa: amigo, enemigo o perdedor.

Así que me llevo lonche. Tuve que escribirle una nota a mi madre pidiéndole que comprara bolsas para sándwich, jamón y pequeños vasitos de fruta o gelatina. La nota la hizo feliz. Ella vino a casa de la tienda con todo tipo de comida chatarra que podía tomar. Tal vez debería empezar a hablar con ellos, tal vez un poco. Pero ¿y si digo algo incorrecto?

Chica del jamón, ésa soy yo.

Intento leer mientras estoy comiendo sola, pero el ruido se interpone entre mis ojos y la página y no puedo ver a través de él. Yo observo. Supongo que soy una científica que mira desde afuera, de la forma en que la señora Saldívar describe sus días viendo a las ratas perderse en laberintos.

Las Martas no parecen perdidas. Se sientan en formación; una nueva niña en mi antiguo asiento, una estudiante de segundo año que acaba de mudarse aquí desde Aguascalientes. Su ropa tiene un alto porcentaje de poliéster. Ella tiene que tener cuidado con eso. Ellas mordisquean palitos de zanahoria y apio, esparcen paté en galletas de trigo molido a mano e intercambian bocados de queso de cabra. Anahí, Karla y Leslie beben jugo de arándano. Lástima que no pueda comprar acciones en la compañía de jugos, estoy observando una tendencia en ellas.

Escucho la risa de Verónica. ¿Estarán hablando de mí? Ciertamente se están riendo lo suficiente. Muerdo mi sándwich con tanta fuerza que le cae mostaza a mi camisa. Tal vez estén planeando el próximo proyecto. Podrían enviar bolas de nieve a los niños privados de clima en Baja California Sur. Podían tejer mantas de pelo de cabra para ovejas esquiladas.

Me imagino cómo se vería Verónica en diez años, después de dos niños y treinta kilos. Ayuda un poco.

Raquel/Rachelle se sienta al final de mi mesa con Hana, la estudiante refugiada de Siria. Raquel/Rachelle ahora está experimentando con el islam. Lleva una bufanda en la cabeza y unos pantalones harem de gasa marrón y rojo. Sus ojos están rodeados de delineador negro grueso como crayola. Creo que la veo mirándome, pero probablemente me equivoque. Hana usa mezclilla y

una camiseta colorida. Comen humus y pita y platican en voz baja. Hay una pizca de perdedores como yo dispersos entre los adolescentes felices, las pasas en el cereal de la escuela. Los otros tienen el poder social para sentarse con otros perdedores. Soy la única sentada sola, debajo del letrero brillante que dice: “Perdedora completa y total, tiene rabia. Mantente alejado. No la alimentes”.

Voy al baño para voltear mi camisa para que la mancha de mostaza quede oculta bajo mi cabello.



## Frío y a clases

Tuvimos diez centímetros de nieve anoche. En cualquier otra parte del país, eso significaría un día sin clases debido a la nieve. No en lo alto de Durango. Nunca tenemos días libres debido al frío. Nieva un centímetro en Zacatecas, todo se apaga y aparece en las noticias de la tarde. En nuestro municipio, ya es parte de la rutina en tiempo de frío.

La Pelos nos dice que cancelaron las clases durante una semana en los años ochenta debido a la crisis energética. Hacía mucho frío y no había ni luz. Ella se ve melancólica. Anhelante: palabra de vocabulario. Ella se suena la nariz con fuerza y se mete a la boca una pastilla de menta. El viento sopla un montón de aguanieve contra la ventana. Nuestros maestros necesitan un día libre. Se ven inusualmente pálidos. Los hombres no se afeitan con cuidado y las

mujeres nunca se quitan las botas. Sufren algún tipo de gripe magisterial. Sus narices gotean, sus gargantas se encogen, sus ojos están enrojecidos.

Vienen a la escuela el tiempo suficiente para infectar a los demás profesores, y luego se van a casa enfermos cuando aparece el suplente.

Pelos: “Abran sus libros. Ahora, ¿quién puede decirme qué simboliza la nieve para Hawthorne?”.

Clase: “Mmmm”.

Hawthorne quería que la nieve simbolizara el frío, eso es lo que pienso. Frío y silencio. Nada más silencioso que la nieve. El cielo grita para entregar la lluvia, millones de gotas retumbando por doquier. Pero la nieve baja silenciosamente y cubre el suelo y, una vez ahí, se queda tan inmóvil como mi corazón.

## Estúpida estúpida

Me meto en mi armario después de la escuela porque no puedo enfrentar la idea de ir a casa en un autobús lleno de estudiantes sudorosos y dientes sonrientes succionando mi oxígeno. Saludo a mi póster de Gabriel García Márquez y mi árbol cubista. Mi escultura de huesos de pavo se ha caído de nuevo. La sostengo en el estante al lado del espejo. Se desliza hacia abajo y se encuentra plana. La dejo ahí y me acurruco en mi silla. El armario está caliente y estoy lista para una siesta. He estado teniendo problemas para dormir en casa. Me siento más segura en mi pequeño escondite. Me quedo dormida.

Me despierto con el sonido de las chicas que gritan: “¡Avispones, Avispones! ¡BZZZZZZZZZZ!”.



Por un minuto, creo que me he tropezado con la tierra de los verdaderamente locos, pero luego la multitud ruga. Es un juego de baloncesto, último partido de la temporada. Reviso mi reloj, ocho con cuarenta y cinco. He estado dormida durante horas. Agarro mi mochila y vuelo por el pasillo.

El ruido del gimnasio me atrae. Estoy junto a la puerta durante el último minuto del juego. La multitud canta los últimos segundos como si fuera la víspera de Año Nuevo, luego explota desde las gradas como avispas enojadas ante el sonido del timbre. Ganamos, superando a los Pumas 51-50. Las porristas lloran. Los entrenadores se abrazan. Me atrapa la emoción y aplaudo como una niña pequeña.

Éste es mi error: pensando que pertenezco. Debería haberme ido a casa de inmediato. Pero no. Me quedo por ahí. Quiero ser parte de todo esto.

Diego Martínez camina hacia las puertas en medio de un grupo de amigos. Él me ve mirándolo y se separa de su grupo.

Diego: “¡Mariana! ¿Dónde estabas sentada? ¿Viste? ¿El último disparo? ¡¡Increíble!! Increíble”. Rebota una pelota imaginaria en el suelo, finta a la izquierda, a la derecha, luego se detiene para disparar. Diego debería dedicarse mejor a luchar contra los abusos de los derechos humanos. Sigue y sigue, como una pelota suelta que corre cuesta abajo.

Al escucharlo hablar, pensarías que acaban de ganar el campeonato de la NBA. Luego me invita de vuelta a su casa para una fiesta con pizza.

Diego: “Vamos, Mariana. ¡Tienes que venir con nosotros! Mi papá me dijo que trajera a quien quisiera. Podemos llevarte a casa después, si quieres. Será divertido. Recuerdas la diversión, ¿verdad?”.

No. No voy a fiestas. No, gracias. Lanzo excusas: tareas, padres muy rígidos, práctica de violín, cita con el dentista, tengo que alimentar a los jabalíes. No tengo un buen historial con las fiestas.

Diego no se molesta en analizar mi renuencia. Si él fuera una niña, tal vez hubiera rogado o gemido más. Los chicos no hacen eso. Sí/no. Quédate/vete. Haz lo que quieras. Te veo el lunes. Creo que es un tipo de trastorno psiquiátrico cuando tienes más de una personalidad en tu cabeza. Eso es lo que se siente cuando camino a casa. Las dos Marianas luchan a cada paso del camino. Mariana Uno está enojada por no poder ir a la fiesta.

Mariana Uno: “Consíguete una vida. Era sólo pizza. Él no iba a intentar nada. Sus padres iban a estar allí. Te preocupas demasiado. Nunca nos dejarás divertirnos, ¿verdad? Vas a convertirte en una de esas extrañas ancianas que tiene cien gatos y llama a la policía cuando los niños cruzan su patio. No puedo soportarte”.

Mariana Dos espera que Uno termine su rabieta. Dos observa atentamente los arbustos a lo largo de la acera en busca de un fantasma al acecho o algo peor.

Mariana Dos: “El mundo es un lugar peligroso. No sabes lo que habría pasado. ¿Qué pasaría si él simplemente dijera que sus padres iban a estar allí? Podría haber estado mintiendo. Nunca se puede saber cuándo hay gente mintiendo. Asume lo peor. Planifica para el desastre. Ahora apúrate y llévanos a casa. No me gusta aquí. Está muy oscuro”.

Si las quito a las dos de mi cabeza, ¿quién quedaría?



## Una noche para recordar

No puedo dormir después del juego. Otra vez. Pasé un par de horas sintonizando la radio AM a los extraños rebotes de la noche. Me arrastro por la ventana hacia el balcón y me arropo con todas mis mantas.

El aguanieve se ha congelado. La gente dice que el invierno dura para siempre, pero es porque se obsesionan con el termómetro. Al norte de las montañas, se escucha el aullido de coyotes. Patos valientes perforan el fino hielo que queda en el lago. Bajo tierra, las semillas pálidas ruedan en su sueño. Empezando a inquietarse. Empezando a soñar en ser verdes.

La luna se veía más de cerca en agosto.

Raquel nos llevó a la fiesta de fin de verano, una fiesta de porristas, con cerveza, alumnos de último año de prepa y música. Ella

chantajeó a su hermano, Joel, para que nos llevara. Todas estábamos durmiendo en la casa de Raquel. Su madre pensó que Joel nos estaba llevando a patinar.

Fue en una granja a un par de kilómetros de nuestra casa. Las cajas de cerveza estaban en el granero donde se instalaron los altavoces. La mayoría de las personas se mantenían al borde de las luces. Parecían modelos en revistas de ropa, delgados, grandes labios, grandes pendientes, sonrisas blancas. Me sentí como una niña pequeña, fuera de lugar.

Raquel encontró una forma de encajar, por supuesto. Ella conocía a mucha gente gracias a Joel. Probé una cerveza. Era peor que la medicina para la tos. Me la tomé. Otra cerveza y dos más, luego me preocupé por vomitar. Salí de la multitud, hacia el bosque. La luna brillaba sobre las hojas. Podía ver las luces como estrellas colgadas en los pinos. Alguien soltó una risita, escondida más allá de la oscuridad; susurraban una chica y un chico. No pude verlos.

Un paso detrás de mí sentí a alguien. Un estudiante que entraba al último año de prepa. Y de repente él me estaba hablando, coqueteando conmigo. Este magnífico galán de portada. Su cabello era mucho mejor que el mío, cada centímetro de su ser era un músculo bronceado, y tenía dientes blancos y rectos. ¡Coqueteando conmigo! ¿Dónde estaba Raquel? ¡Tenía que ver esto!

Dios griego: “¿De dónde vienes? Eres demasiado hermosa para esconderte en la oscuridad. Ven a bailar conmigo”.

Tomó mi mano y me acercó a él. Respiré su olor a colonia, cerveza y algo que no pude identificar. Encajé perfectamente en su cuerpo, mi cabeza al nivel de su hombro. Estaba un poco mareada, apoyé la mejilla en su pecho. Envolvió un brazo alrededor de mi espalda.

Su otra mano se deslizó hasta mi trasero. Pensé que era un poco grosero, pero mi lengua estaba pesada por la cerveza y no pude averiguar cómo decirle que disminuyera la velocidad. La música era suave. Esto era lo que se suponía que era la preparatoria. ¿Dónde estaba Raquel? ¡Tenía que ver esto!

Él inclinó mi cara hacia la suya. Me besó, beso de hombre, duro, dulce y profundo. Casi me derribó ese beso. Y pensé por un minuto que tendría un novio, comenzaría la prepa con un novio, un chavo mayor y más fuerte y listo para cuidarme. Él me besó de nuevo. Sus dientes se apretaron con fuerza contra mis labios. Era difícil respirar.

Una nube cubría la luna. Las sombras parecían fotos negativas. “¿Quieres hacerlo?”, preguntó.

¿Qué dijo? No respondí. No sabía. No hablé.

Estábamos en el suelo. ¿Cuándo pasó eso? “No”. No, no me gusta esto. Yo estaba en el suelo y él estaba encima de mí. Mis labios murmuran algo sobre irme, sobre una amiga que me necesita, sobre mis padres preocupándose. Puedo escucharme a mí misma, estoy murmurando como un borracho desquiciado. Sus labios se cierran sobre los míos y no puedo decir nada. Giro mi cabeza para el otro lado. Él es tan pesado. Hay una roca sobre mí. Abro la boca para respirar, para gritar, y su mano la cubre. En mi cabeza, mi voz es tan clara como una campana: “¡NO, NO QUIERO!”. Pero no puedo decirlo. ¡Estoy tratando de recordar cómo llegamos al suelo y adónde se fue la luz de la luna y zas! Camisa arriba, falda abajo, y el suelo huele a humedad y a oscuridad y ¡NO! No estoy realmente aquí, definitivamente estoy de vuelta en la casa de Raquel, rizándome el pelo y pegándome unas uñas postizas, y él huele a cerveza y

a agresividad. Me duele, me duele, me duele y finalmente él se levanta.

Cierra su pantalón de mezclilla y sonrío.

Lo siguiente que vi fue el teléfono. Me paré en medio de una multitud borracha y llamé al 911 porque necesitaba ayuda. Todas esas visitas de policías a mi primaria en segundo grado dieron sus frutos. Una señora contestó el teléfono: “911, ¿cuál es su emergencia?”, y vi mi cara en la ventana que estaba sobre el granero y no salieron palabras de mi boca. ¿Quién era esa chica? Nunca la había visto antes. Las lágrimas corrían por mi cara, sobre mis labios magullados, juntándose en el auricular del celular. “Está bien”, dijo la amable dama en el teléfono. “Tenemos su ubicación. Los oficiales están en camino. ¿Estás herida? ¿Estás siendo amenazada?”. Alguien tomó el teléfono de mis manos y escuchó. Un grito: “¡Ya viene la policía!”. Luces azules y rojas parpadean en la ventana del granero. La cara de Raquel, tan enojada, frente a la mía. Alguien me abofeteó. Me salí desorientada a través de un bosque de piernas. Afuera, la luna se despidió y se escabulló.

Caminé y llegué a mi casa vacía.

No es agosto. La luna está dormida y estoy sentada en el balcón como una gárgola helada, preguntándome si el sol se olvidará del mundo y se quedará dormido.

Hay sangre en la nieve. Me mordí el labio. Necesitaré puntos de sutura. Mamá llegará tarde otra vez. Odio el invierno. He vivido en Durango toda mi vida y odio el invierno. Comienza muy temprano y termina demasiado tarde. A nadie le gusta. ¿Por qué alguien se queda aquí?

## Mis calificaciones

Vida Social: 5

Historia: 5

Inglés: 6

Arte: 10

Comedor: 6

Biología: 6.5

Álgebra: 5

Vestimenta: 5

Español: 6.5

Educación Física: 6





Cuarto bimestre



## La temporada mojada

*La primavera está en camino.* Mi madre movió los abrigos de invierno hasta la parte más recóndita de su enorme ropero. Desde el autobús vi a un granjero caminando por su campo, esperando que el lodo le dijera cuándo sembrar.

A principios de abril es cuando la mayoría de los estudiantes de último año reciben sus cartas de aceptación o rechazo de la universidad. Pulgares hacia arriba o hacia abajo. Es un tiempo enfermo. Las tensiones están aumentando. Los chavos beben medicamentos de color rosa para el estómago directo de la botella. Diego Martínez, mi compañero de laboratorio, está creando una base de datos para rastrear quién entró a dónde. Quiere analizar qué clases tomaron los

estudiantes de último año, sus calificaciones de exámenes, extracurriculares y promedio para determinar qué debe hacer para ingresar al Tecnológico de Monterrey o a Harvard.

He estado yendo a la mayoría de mis clases. Buena chica, Marianita. Da una vuelta, Marianita. Siéntate, Marianita. Sin embargo, nadie me dio unas palmaditas en la cabeza. Pasé un examen de álgebra, pasé un examen de español, pasé un examen de biología. Bueno, aleluya. Todo es tan estúpido. Tal vez es por eso que los niños se unen a los clubes para darles algo en qué pensar durante la clase.

Javier Bestia se unió al Club Internacional. No lo había tomado por un entusiasta de la cocina griega o de los museos franceses. Abandonó la mesa de las Marta y se cuelga alrededor de Raquel/Rachelle y Hana y todos los demás estudiantes extranjeros. Raquel/Rachelle agita sus pestañas púrpuras hacia él como si fuera una especie de angelito. Pensaba que ella tendría más sentido común.

La Pascua llegó y se fue sin mucho aviso. Creo que sorprendió a mi madre. A ella no le gusta la Pascua porque la fecha sigue cambiando y no es un gran día de compras. Cuando era niña, mamá solía ocultarme huevos de colores por toda la casa. El último huevo estaba dentro de una canasta grande de conejos de chocolate y pollitos de malvavisco amarillos. Antes de que murieran mis abuelos, me llevaban a la iglesia y me ponía vestidos rígidos con encaje que picaba.

Este año lo celebramos comiendo chuletas de cordero. Preparé huevos duros para el almuerzo y dibujé caritas en ellos con un

bolígrafo negro. Papá se quejó de cuánto trabajo de jardinería tiene que hacerse. Mamá no dijo mucho. Yo dije aún menos. En el cielo, mis abuelos fruncieron el ceño. Me hubiera gustado haber ido a la iglesia. Algunas de las canciones de Pascua son bonitas.



## Vacaciones de primavera

Es el último día de las vacaciones de primavera. Mi casa se está reduciendo y me siento como Alicia en el país de las maravillas. Temiendo que mi cabeza pueda estallar por el techo, me dirijo al centro comercial. Tengo cincuenta pesos en mi bolsillo, ¿en qué gastarlos? Papas fritas: cincuenta pesos de papas fritas, máxima fantasía. Si *Alicia en el país de las maravillas* se hubiese escrito hoy, apuesto a que tendría una orden de papas fritas que diría “Cómeme”, en lugar de un pequeño pastel. Por otro lado, nos estamos apresurando hacia el verano, lo que significa chores y camisetas y tal vez incluso un traje de baño de vez en cuando. Paso por delante de las freidoras.

Ahora que la primavera ha pasado, las modas de otoño están en los descuentos de las tiendas. Sigo esperando el año en que



las modas alcanzan las estaciones. Un par de tiendas tienen artistas vendedores colgados en la puerta principal. Un hombre sigue volando un estúpido helicóptero de control remoto en círculos; una mujer con cara de plástico sigue atando y reacomodando un pedazo de tela. No, ahora es una falda. Ahora es una camiseta sin mangas. Ahora es un pañuelo en la cabeza. Las personas evitan mirarla, como si no estuvieran seguras de si deberían aplaudirla o darle una propina. Me siento mal por ella, me pregunto cuáles fueron sus calificaciones en la preparatoria. Quiero darle una propina, sólo que sería de mala educación preguntarle si tiene cambio de uno de cincuenta.

Subo la escalera mecánica hasta la fuente central, donde el entretenimiento de hoy es pintarse la cara. La línea es larga y ruidosa: niños de seis años y sus madres. Una niña pequeña pasa junto a mí, es un tigre. Lloro porque quiere helado y se limpia las lágrimas. Su pintura de tigre mancha su camisa y su mamá le grita.

“Qué zoológico”, dice una voz femenina.

Volteo. Sofía está sentada en el borde de la fuente. Un cuaderno de bocetos gigante en equilibrio sobre sus rodillas. Ella asiente con la cabeza hacia la línea de los quejumbrosos y los pintores de rostros que colorean furiosamente rayas, manchas y bigotes.

“Me siento mal por ellos”, le digo. “¿Qué estás dibujando?”.

Sofía se mueve para poder sentarme junto a ella y me entrega el cuaderno de bocetos. Ella está dibujando las caras de los niños. La mitad de cada cara es lisa y triste, la otra mitad está cubierta con un maquillaje grueso de payaso que es falso. Ella no ha pintado tigras ni leopardos.

“La última vez que estuve aquí, estaban haciendo caras de pasaso. Hoy no tuve tanta suerte”, explica Sofía.

“Se ve bien, de todos modos”, le digo. “Es un poco espeluznante. No espeluznante, sino inesperado”. Le devuelvo el cuaderno de bocetos.

Sofía mete su lápiz en su pelo. “Bueno. Eso es lo que estoy tratando de hacer. Esa cosa de hueso de pavo que hiciste también fue espeluznante. Espeluznante de buena manera, bien espeluznante. Han pasado meses y todavía lo recuerdo”.

¿Qué se supone que debo decir ahora? Me muerdo el labio, luego lo suelto. Saco un rollo de dulces de mi bolsillo. “¿Quieres uno?”. Ella toma uno, yo tomo tres, y chupamos en silencio por un momento. “¿Cómo va el árbol?”, pregunta.

Yo gimo: “Apesta. Fue un error tomar Arte. Pero simplemente no podía verme tomando un taller como carpintería”.

“Eres mejor de lo que crees que eres”, dice Sofía. Abre una página vacía en el cuaderno de bocetos. “No sé por qué sigues usando un bloque de linóleo. Si yo fuera tú, sólo lo dejaría salir, dibujar. Ten, prueba un árbol”.

Nos sentamos allí intercambiando lápices. Dibujé un tronco, Sofía agrega una rama, extendiendo la rama, pero es demasiado larga y delgada. Empiezo a borrarlo, pero Sofía me detiene. “Está bien como está, sólo necesita algunas hojas. Coloca las hojas en capas y tamaños ligeramente diferentes para que se vean bien. Tienes un gran comienzo allí”.

Ella está en lo correcto.



## Genética

La última unidad del año en Biología es la genética. Es imposible escuchar a la señora Saldívar. Su voz suena como un motor frío que no enciende. La conferencia comienza con un sacerdote llamado Greg que estudió verduras y termina con una discusión sobre los ojos azules. Creo que me perdí algo, ¿cómo pasamos de los vegetales al color de los ojos? Copiaré las notas de Diego.

Le doy la vuelta al libro de texto. Hay un capítulo interesante sobre la lluvia ácida. Nada sobre el sexo. No estamos programados para aprender sobre eso hasta el segundo año.

Diego dibuja una tabla en su cuaderno. Saco mi lápiz y camino hacia el frente de la habitación para afilarlo. Me imagino que el paseo me hará bien. La señora Saldívar continúa. Obtenemos la

mitad de nuestros genes de nuestra madre y la mitad de nuestro padre.

Mamá dice que yo salí más del lado de la familia de papá. En su mayoría son policías y vendedores de seguros que apuestan en juegos de futbol y fuman cigarros repugnantes. Papá dice que salí del lado de la familia de mamá. Son agricultores que cultivan rocas y hiedra venenosa. No dicen mucho.

Cuando era pequeña, solía fingir que era una princesa que había sido adoptada cuando mi reino fue invadido por los malos. Cualquiera día, mis verdaderos padres, el señor Rey y la señora Reina, enviarían la limusina real a recogerme. Casi tuve un ataque al corazón a los siete años cuando mi papá me llevó en una limusina al aeropuerto por primera vez. Pensé que de verdad habían venido a llevarme y no quería ir. Papá tomó taxi después de eso.

Miro por la ventana. No hay limusinas. No hay carros ni carruajes. Ahora, cuando realmente quiero irme, nadie me va a llevar.

Bosquejo un árbol de sauce que cae al agua. No se lo mostraré al señor Cepeda. Éste es para mi armario. He estado pegando algunos de mis dibujos en las paredes. Con más clases aburridas como ésta, estaré lista para mudarme ahí permanentemente. Mis hojas son buenas, naturales. El truco es hacerlas de diferentes tamaños, y luego amontonarlas una encima de la otra. Sofía tenía razón.

Diez mentiras más que te dicen en la prepa:

1. Usarás álgebra en tu vida adulta.
2. Conducir a la escuela es un privilegio que se puede quitar.
3. Los estudiantes deben permanecer en la escuela durante el almuerzo.
4. Los nuevos libros de texto llegarán en estos días.

5. Las universidades se preocupan por más que tus puntuaciones en el Exani.
6. Estamos haciendo cumplir el código de vestimenta.
7. Instalaremos aire acondicionado en todas las aulas pronto.
8. Nuestros choferes de autobús son profesionales altamente capacitados.
9. No hay nada de malo en tomar extraordinarios.
10. Queremos escuchar lo que tengas que decir.



## Mi vida como espía

**Raquel/Rachelle ha perdido la cabeza.** Ella fue al cine con Javier Bestia y sus amigos de intercambio y ahora lo sigue, jadeando como un perro tras de él. Lleva a su amiga Hana, envuelta alrededor de su cuello como una bufanda blanca. Cuando él escupe, apuesto a que Raquel/Rachelle lo atrapa en una taza y lo guarda.

Raquel/Rachelle y algunos otros hablan sobre la fecha de estreno de una película antes de que el señor García empiece la clase. Quiero vomitar. Raquel/Rachelle sólo dice “Javier esto” y “Javier aquello”. ¿Podría ser más obvia? Cierro mis oídos a su estúpida risa asmática y trabajo en la tarea que debía entregarse ayer.

Por lo general, es fácil hacer la tarea en clase porque la voz del señor García crea una barrera de sonido suave y blanca. No puedo hacerlo hoy, no puedo escapar de los argumentos que giran alrededor



de mi cabeza. ¿Por qué preocuparse por Raquel/Rachelle? (La lastimaré). ¿Había hecho una sola cosa decente para mí en todo el año? (Ella era mi mejor amiga en la escuela secundaria, eso cuenta para algo). No, ella es una bruja y una traidora. (Ella no vio lo que sucedió). Déjala codiciar a la Bestia. Espero que le rompa el corazón. (¿Y si él rompe otra cosa?).

Cuando termina la clase, me deslizo al frente y empujo la puerta antes de que el señor García pueda regañarme por la tarea. Raquel/Rachelle pasa sobre mí hasta donde Hana y un joven pequeño la están esperando. Los persigo, siempre manteniendo dos cuerpos entre nosotros como los detectives en la televisión. Se dirigen hacia el aula de lengua extranjera. Eso no es una sorpresa. Los niños extranjeros siempre están allí, como si necesitaran respirar aire perfumado con su idioma nativo un par de veces al día o de lo contrario se ahogarían hasta la muerte de tanto mexicano.

Javier Bestia se abalanza sobre sus cabezas, dobla sus alas y se pone entre las chicas mientras comienzan a subir las escaleras. Él intenta besar a Hana, la mejilla de Hana, pero ella se aleja. Él besa la mejilla de Raquel/Rachelle y ella se ríe. No besa la mejilla del joven chaparro.

El impulso amistoso mantiene a Raquel/Rachelle y a Javier caminando hasta el final del pasillo. Me pego a un rincón y pretendo estudiar álgebra. Me imagino que eso es suficiente para hacerme irreconocible. Se sientan en el suelo: Raquel/Rachelle de piernas abiertas. Javier roba el cuaderno de Raquel/Rachelle. Ella gime como un bebé y se lanza sobre su regazo para recuperarlo. Me estremezco y se me pone la piel de gallina. Arroja la libreta de una mano a la otra, manteniéndola siempre fuera de su alcance. Entonces él le dice

algo a ella. No puedo oírlo. El pasillo suena como un estadio de fútbol repleto. Sus labios se mueven envenenados y ella sonrío y luego lo besa. No es un beso de niña buena. Él le da el cuaderno. Sus labios se mueven. La lava me sale por las orejas. No reconozco a esta nueva Rachelle fingida. Sólo puedo ver a Raquel, la de tercer grado, a quien le gustaban las papas fritas y quien trenzaba hilo rosado en mi cabello, el cual llevaba durante semanas hasta que mi madre me obligó a cortarlo. Apoyo mi frente contra mi cuaderno.



## Atmósfera delgada

El mejor lugar para resolver esto es mi armario, mi sala del trono, mi hogar adoptivo. Quiero una ducha. Tal vez debería decirle a Hana. (Mi sirio no es lo suficientemente bueno). Podría hablar con Raquel. (Sí, claro). Podría decir que había oído cosas malas sobre Javier. (Sólo lo haría más atractivo). Tal vez podría contarle lo que pasó. (Como si ella escuchara. ¿Qué pasaría si le dijera a Javier? ¿Qué haría él?).

No hay mucho espacio para caminar. Doy dos pasos, giro, dos pasos de regreso. Golpeé mi espinilla contra la silla. Estúpida habitación. Qué idea tan tonta, sentada en un armario como éste. Me desplomo en la silla. Agito los viejos olores del conserje: pies, la carne seca, las camisas que quedan en la lavadora demasiado tiempo. La escultura de hueso de pavo emite un ligero olor a podredumbre.

Tres pomos de popurrí en frascos de comida para bebés no hacen mella en el hedor. Tal vez haya una rata muerta en descomposición en la pared, cerca de la salida de aire.

Gabriel García Márquez me observa, con dos dedos a un lado de su cara. Es una pose inteligente. Gabriel quiere que le diga a Raquel.

Me quito la sudadera. Mi camiseta se me pega. Todavía tienen la calefacción a pleno auge, aunque está lo suficientemente caliente como para abrir las ventanas. Eso es lo que necesito, una ventana. Por mucho que me queje sobre el invierno, el aire frío es más fácil de respirar, deslizándose como mercurio plateado por mis pulmones y saliendo de nuevo. Abril es húmedo, con aguanieve evaporándose o llovisnando. Un mes que me recuerda a un paño cálido y mohoso.

Los bordes de mis cuadros se rizan en la humedad. Ha habido algún progreso en todo este proyecto del árbol, supongo. Al igual que Picasso, he pasado por diferentes fases. Ahí está mi periodo confuso, cuando no estaba segura de cuál era realmente la tarea. El periodo espasmito, cuando no podía dibujar un árbol para salvar mi vida. El periodo muerto, cuando todos mis árboles parecían haber atravesado un incendio forestal o una plaga. Estoy mejorando. No sé cómo llamar a esta fase todavía. Todos estos dibujos hacen que el armario parezca más pequeño. Tal vez debería sobornar a un conserje para que lleve todas estas cosas a mi casa y haga que mi cuarto sea más así, más como esta casa.

Gabriel me da un golpecito en el hombro. No estoy escuchando. Lo sé, lo sé, no quiero escucharlo. Necesito hacer algo sobre Raquel, algo por ella. Gabriel me lo dice sin decir nada. Yo divago. Raquel me odiará. (Ella ya me odia). Ella no escuchará. (Tengo que intentarlo). Gimo y arranco un pedazo de papel de cuaderno. Le escribo

una nota. Una nota con mi mano izquierda, para que ella no sepa que es de mí.

Javier Lara te utilizará. Él no es lo que pretende ser. Escuché que atacó a un estudiante de secundaria. Sé muy muy cuidadosa. Un amigo. P. D.: Dile a Hana, también.

Tampoco quería a la supermodelo siria en mi conciencia.



## Dolores de crecimiento

El señor Cepeda es un idiota. En lugar de dejarme sola para “encontrar a mi musa” (una cita real, lo juro), aterriza en el taburete a mi lado y comienza a criticar. ¿Qué está mal con mi árbol? El profe se desborda con palabras amables que describen lo mal que se ve. Es rígido, antinatural, no fluye. Es un insulto a los árboles de todo el mundo.

Estoy de acuerdo. Mi árbol no tiene remedio. No es arte. Es una excusa para no tomar clases de costura. No pertenezco al aula del señor Cepeda más de lo que pertenezco a las Martas o a mi habitación rosa de niña pequeña. Aquí es donde pertenecen los verdaderos artistas, como Sofía. Llevo el bloque de linóleo al bote de basura y lo tiro con la fuerza suficiente para que todos me miren. Sofía frunce el ceño a través de su escultura de alambre. Me siento



de nuevo y pongo mi cabeza en la mesa. El señor Cepeda recupera el bloque de la basura. Él trae conmigo una caja de kleenex, también. ¿Cómo pudo saber que estaba llorando?

Señor Cepeda: “Tú estás mejorando en esto, pero no es lo suficientemente bueno. Esto parece un árbol, pero es un árbol promedio, ordinario, cotidiano, aburrido. Inhala vida en ello. Haz que se doble, los árboles son flexibles, por lo que no se rompen. Dale una cicatriz, dale una rama retorcida, los árboles perfectos no existen. Nada es perfecto. Los defectos son interesantes. Sé el árbol”.

Él tiene esta voz calmante como un maestro de jardín de niños. Si él cree que puedo hacerlo, lo intentaré una vez más. Mis dedos se vuelcan hacia el cuchillo de linóleo. El señor Cepeda me da una palmadita en el hombro y luego se voltea para hacer que alguien más se sienta miserable. Espero hasta que no esté mirando, luego trato de esculpirle vida a mi escuadra de linóleo plano.

Tal vez podría cortar todo el linóleo y llamarlo “bloque vacío”. Si una persona famosa hiciera eso, probablemente sería muy popular y se vendería por una fortuna. Si lo hago yo, me reprobarán. “Sé el árbol”. ¿Qué tipo de consejo es ése? El señor Cepeda ha estado saliendo con demasiados bichos raros de la Nueva Era. Fui un árbol en la obra de segundo grado porque no era suficientemente buena actriz para ser una oveja. Me quedé allí con los brazos extendidos como ramas y la cabeza inclinada por la brisa. Me dio dolor en los brazos. Dudo que alguna vez se les diga a los árboles que “sean como los estudiantes de primero de prepa que están jodidos”.

## Orden de mordaza

El abogado de Diego Martínez tuvo una reunión con el señor Cuello y algún tipo de abogado docente. Adivina quién ganó. Apuesto a que Diego podría faltar a clase el resto del año si quisiera y aun así obtener un diez. Lo que nunca haría. Aunque no lo creas, cada vez que Diego levanta la mano, el señor Cuello le permite hablar todo lo que quiera. Diego, el silencioso Diego, está lleno de opiniones largas y desenfrenadas acerca de cuestiones sociales. El resto de la clase está agradecida. Nos inclinamos ante el Todopoderoso Diego, que mantiene al Cuello alejado de nosotros.

Desafortunadamente, el señor Cuello todavía pone exámenes y la mayoría de nosotros no los pasamos. El señor Cuello hace un anuncio: cualquier persona que esté reprobada puede escribir un ensayo para puntos extra sobre una influencia cultural en el

cambio de siglo. (Se saltó la Revolución Industrial para poder arrastrar a nuestra clase más allá del año 1900). No nos quiere a todos en extraordinarios.

Tampoco quiero verlo más de lo necesario. Escribo sobre las sufragistas. Antes de que llegaran ellas, las mujeres eran tratadas como perros.

- Las mujeres no podían votar.
- Las mujeres no podían poseer propiedades.
- Las mujeres no eran admitidas en muchas escuelas.

Eran muñecas, sin pensamientos, ni opiniones, ni voces propias. Luego, las sufragistas entraron, llenas de ideas fuertes, desafiantes. Fueron arrestadas y arrojadas a la cárcel, pero nada las encerró. Lucharon y lucharon hasta que obtuvieron los derechos que deberían haber tenido todo el tiempo.

Escribo el mejor informe de todos los tiempos. Todo lo que copié de un libro lo puse entre comillas y notas al margen (¿nota de pie?). Uso libros, artículos de revistas y un video. Pienso en buscar una vieja sufragista en un asilo de ancianos, pero probablemente todas estén muertas.

Incluso lo entrego a tiempo. El señor Cuello frunce el ceño. Él me mira con desprecio y dice: “Para obtener crédito por el informe, tiene que entregarlo oralmente”. Mañana. Al principio de la clase.

Yo: ...

## Sin justicia no hay paz

No hay forma de que lea mi reporte de sufragistas delante de la clase. Eso no era parte de la tarea original. El señor Cuello lo cambió en el último segundo porque quiere reprobarme o me odia o algo así. Pero he escrito un muy buen ensayo y no voy a dejar que un profesor idiota me asuste de esta manera. Le pido consejo a Diego Martínez. Se nos ocurre un plan.

Llego temprano a clase, cuando el señor Cuello todavía no está en el salón. Escribo lo que necesito en la pizarra y cubro las palabras con un cartel de protesta de sufragista. Mi caja de la fotocopidora está en el suelo. El señor Cuello entra. Me dice en tono gruñón que puedo ir primero. Estoy de pie como una sufragista alta y orgullosa. Es una mentira. Mi interior se siente como si estuviera atrapado en

un tornado. Mis dedos de los pies se encrespan dentro de mis tenis, tratando de agarrarme al piso para no ser chupada por la ventana.

El señor Cuello asiente con la cabeza hacia mí. Tomo mi informe como si fuera a leerlo en voz alta. Me quedo allí, los papeles temblando como si una brisa soplara a través de la puerta cerrada. Me doy la vuelta y saco mi cartel de la pizarra.

LAS SUFRAGISTAS LUCHARON POR EL DERECHO A HABLAR. FUERON ATACADAS, ARRESTADAS Y TIRADAS EN LA CÁRCEL POR ATREVERSE A HACER LO QUE DEBÍAN. AL IGUAL QUE ELLAS, YO ESTOY DISPUESTA A LUCHAR POR LO QUE CREO. NADIE DEBE SER OBLIGADO A DAR DISCURSOS. YO ELIJO QUEDARME EN SILENCIO.

La clase lee lentamente, algunos de ellos moviendo sus labios. El señor Cuello se da vuelta para ver qué miran todos. Asiento con la cabeza a Diego. Me acompaña en la parte delantera del aula y le entrego mi caja.

Diego: “Mariana tiene que entregar su informe a la clase como parte de la tarea. Ella hizo copias que todos pueden leer”.

Pasa las copias. Me costaron ochenta y seis pesos con cincuenta centavos en la tienda de suministros de la escuela. Iba a hacer una portada y colorearla, pero no he recibido más dinero de mis papas, así que sólo puse el título en la parte superior de la primera página.

Mi plan es pararme frente a la clase durante los cinco minutos que me dieron para mi presentación. Las sufragistas también deben haber planeado y cronometrado sus protestas. El señor Cuello tiene otros planes. Me pone un seis y me acompaña con las autoridades. Me olvidé de cómo las sufragistas fueron llevadas a la cárcel.

Hago un recorrido por la oficina de la consejera, el director y vuelvo al aula de castigados. Ya regresé a ser un problema de disciplina otra vez.

Necesito un abogado. Me presenté todos los días de este bimestre, senté mi trasero en cada clase, hice algunos deberes y no hice trampas en los exámenes. Todavía me mandan con los castigados. No hay forma de que puedan castigarme por no hablar. No es justo. ¿Qué saben ellos de mí? ¿Qué saben ellos sobre el interior de mi cabeza? Destellos de relámpagos, niños llorando. Atrapados en una avalancha, atrapados por la preocupación, retorciéndose bajo el peso de la duda, la culpa. Temor.

Las paredes en el aula de castigados siguen siendo blancas. Javier Bestia no está aquí. Gracias a Dios por los pequeños favores. Un niño con cabello color lima, que parece estar canalizado hacia una especie extraterrestre, duerme; dos góticas con ropa de terciopelo negra y pantimedias astutamente rasgadas sonríen como la Mona Lisa. Faltaron a la escuela por hacer fila para conseguir entradas para un concierto de *heavy metal*. Para ellas la clase de castigados es un precio pequeño que pagar a cambio de los asientos veintiuno y veintidós en la fila tres.

Yo me cocino a fuego lento. Los abogados en la televisión siempre dicen a sus clientes que no digan nada. Los policías dicen eso: “Todo lo que digas se usará en tu contra”. Autoincriminación. Lo busqué. Palabra de tres puntos. Entonces, ¿por qué todo el mundo hace un gran drama por no hablar? Tal vez no quiero incriminarme. Tal vez no me gusta el sonido de mi voz. Tal vez no tengo nada que decir.

El chico con el pelo color lima se despierta cuando se cae de su silla. Las góticas sueltan la risa. El señor Cuello se pica la nariz cuando cree que no estamos mirando. Necesito un abogado.

## Consejos de una boca inteligente

Diego Martínez me envía una nota en Historia. Hecha en computadora. Él piensa que es horrible que mis padres no hayan ido a la escuela a hablar con el director sobre el señor Cuello, ni me hayan defendido como lo hicieron los suyos. Se siente tan bien que alguien sienta pena por mí, no menciono que mis padres no saben lo que pasó. Ellos descubrirán qué sucedió pronto, en la próxima reunión con la consejera.

Creo que Diego debería ser un juez.

Su último objetivo profesional es ser un genio de la física cuántica. No sé qué significa eso, pero él dice que su padre está furioso. Su padre tiene razón: Diego fue hecho para la ley: calma mortal, cerebro cargado de energía y buen ojo para la injusticia.



Se detiene por mi casillero. Le digo que el señor Cuello me dio un seis por el ensayo de las sufragistas.

Diego: “Él tiene un punto”.

Yo: “¡Fue un gran ensayo! Tú lo leíste. Escribí una bibliografía y no copié del internet. Fue el mejor informe de todos. No es mi culpa que el señor Cuello no entienda una exposición dramática”.

Diego hace una pausa para ofrecermme un chicle. Es una táctica dilatoria, del tipo que aman los jurados.

Diego: “Pero te equivocaste. Las sufragistas trataban de hablar, gritando por sus derechos. No puedes callar para exigir tu derecho a guardar silencio. Eso es dejar que ganen los malos. Si las sufragistas hubieran hecho eso, las mujeres no podrían votar aún”.

Soplo una burbuja de chicle en su cara. Él dobla las envolturas de goma en pequeños triángulos.

Diego: “No me malinterpretes. Creo que lo que hiciste fue algo genial y quedarte estancada en el aula de castigados no fue justo. Pero no esperes hacer una diferencia a menos que te expreses por ti misma”.

Yo: “¿Le das clases a todos tus amigos de esta manera?”.

Diego: “Sólo a los que me gustan”.

Los dos masticamos chicle por un minuto. La campana suena. Sigo buscando en mi casillero un libro que ya sé que no está ahí. Diego revisa su reloj cien veces. Escuchamos al director bramando, “¡vamos a avanzar, chavos!”.

Diego: “Tal vez te llame”.

Yo: “Tal vez no responda”. Mastico, mastico. Burbuja. “O quizá sí lo haga”.

¿Me está pidiendo que salga con él? No lo creo. Pero quizá sí. Supongo que responderé si él llama. Pero si él me toca, explotaré, así que una cita está fuera de discusión. No tocar.



## La bestia merodea

Me quedo después de la escuela para trabajar en bocetos de árboles. El señor Cepeda me ayuda por un tiempo. Me da un rollo de papel marrón y un trozo de tiza blanca y me muestra cómo dibujar un árbol en tres líneas de barrido. A él no le importa cuántos errores cometo, sólo uno-dos-tres. “Como un vals”, dice. Una y otra vez. Utilizo un kilómetro de papel, pero a él no le importa. Ésta puede ser la raíz de su problema de presupuesto con la junta escolar.

Dios chasquea sobre el intercomunicador y le dice al señor Cepeda que esta tarde va a haber una reunión de profesores. El señor Cepeda dice el tipo de palabras que normalmente no escuchas de los profesores. Me da un nuevo trozo de tiza y me dice que saque raíces. No puedes cultivar un árbol decente sin raíces.

El aula de Arte es uno de los lugares donde me siento segura. Canto y no me preocupo por parecer estúpida. Raíces. Uff. Pero lo intento. Uno-dos-tres, uno-dos-tres. No me preocupo por otra cosa. Uno-dos-tres.

Alguien apaga las luces. Mi cabeza se levanta. Está ahí. Javier Bestia. Mi corazoncito de conejo salta de mi pecho y corre a través del papel, dejando huellas sangrientas en mis raíces. Él enciende las luces de nuevo.

Lo huelo. Tengo que averiguar dónde consigue esa colonia. Creo que se llama Miedo. Esto se está convirtiendo en una de esas pesadillas repetitivas en las que sientes que sigues cayendo, pero nunca caes al suelo. Sólo que yo sí siento que acabo de estrellarme contra el piso a cien kilómetros por hora.

ESO: “¿Has visto a Rachele? ¿Rachele Pérez Muñoz?”.

Me encuentro completamente inmóvil. Tal vez pueda mezclarme con las mesas de metal y las ollas de barro desmoronadas. Él camina hacia a mí. Pasos largos y lentos. El olor me ahoga.

Me estremezco.

ESO: “Se supone que se reunirá conmigo, pero no puedo encontrarla en ninguna parte. ¿Tú sabes dónde está?”.

Yo: ...

Se sienta en mi mesa, su pierna mancha mi dibujo de tiza, borrando las raíces en una niebla de musgo.

ESO: “¿Hola? ¿Alguien en casa? ¿Estás sorda?”.

Se me queda mirando a la cara. Me aplasto las mandíbulas con tanta fuerza que mis dientes se convierten en polvo.

Soy un ciervo congelado en los faros de un carro. ¿Me va a hacer daño otra vez? Él no podría, no en la escuela. ¿O acaso sí? ¿Por qué no puedo gritar, decir algo, hacer algo? ¿Por qué tengo tanto miedo?

“¿Javier? He estado esperando afuera”. Raquel se mete en la habitación con una falda de gitana de estilo artístico y un collar de espejos del tamaño de un ojo. Ella pone mala cara y Javier salta de la mesa, rasga mi papel y esparce trozos de tiza. Sofía entra por la puerta, golpeando accidentalmente a Raquel.

Sofía se detiene, tiene que sentir que algo está pasando, luego saca su escultura del estante y se sienta en la mesa junto a mí. Raquel me mira, pero no dice nada. Ella debe haber recibido mi nota; la envié hace más de una semana. Me levanto. Raquel nos da un medio saludo y dice *ciao*. Javier pone su brazo alrededor de su cintura y la acerca a su cuerpo mientras flotan hacia la puerta.

Sofía me está hablando, pero me toma un tiempo antes de que pueda escucharla. “Qué idiota”, dice ella. Ella pellizca la arcilla. “No puedo creer que ella esté saliendo con él. ¿Tú crees? Es como si ya no la conociera. Y él es sólo problemas”. Ella deja caer un trozo de arcilla sobre la mesa. “Créeme, ese cretino es un problema con una P mayúscula”.

Me encantaría quedarme y charlar, pero mis pies no me dejan. Camino a casa en lugar de tomar el autobús. Abro la puerta principal y camino directamente hacia mi habitación, a mi armario sin siquiera quitarme la mochila. Cuando cierro la puerta del armario detrás de mí, entierro mi cara en la ropa que está en el lado izquierdo del estante, ropa que no ha encajado durante años. Me tapé la boca con tela vieja y grité hasta que no quedaron sonidos debajo de mi piel.



## Enferma en casa

Es hora de un día libre por enfermedad. Necesito un día en pijama, comiendo helado del cartón, pintándome las uñas de los pies y disfrutando de la tele. Tienes que planear por adelantado para tomar un día de enfermedad. Aprendí esto de una conversación que mi madre tuvo con su amiga Teresa. Mamá siempre empieza a actuar enferma cuarenta y ocho horas antes de tiempo. Ella y Tere toman días de enfermedad juntas. Compran zapatos y van al cine. La delincuencia adulta a la vanguardia. ¿A qué ha llegado el mundo?

No ceno ni como postre, y toso tanto durante las noticias que mi padre me dice que tome un medicamento para la tos. Por la mañana, me aplico un poco de rímel debajo de los ojos para que parezca que no he dormido nada. Mamá toma mi temperatura. Resulta



que sí tengo fiebre. Me sorprende incluso a mí. Su mano es fresca, una isla en mi frente.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Yo: “No me siento bien”.

Mamá me acaricia la espalda.

Mamá: “Sí que debes estar enferma, estás hablando”.

Incluso ella se da cuenta de lo feo que sonó eso. Se aclara la garganta y vuelve a intentarlo.

Mamá: “Lo siento. Es bueno escuchar tu voz. Regresa a la cama. Traeré una bandeja con comida antes de irme. ¿Quieres un poco de té?”.

Asiento con la cabeza.

## Ana María, Laura, Silvia y yo

*Mi fiebre es de treinta y nueve grados.* Mamá llama para recordarme que beba muchos líquidos. Digo gracias aunque me duele la garganta. Es considerado de ella llamarme. Ella promete traer paletas a casa. Cuelgo y me acurruco en el nido del sofá con el control remoto. Hacer clic. Hacer clic. Hacer clic.

Si mi vida fuera un programa de televisión, ¿cuál sería? Si fuera un especial después de la escuela, hablaría frente a un auditorio de mis compañeros sobre cómo no perder su virginidad. O por qué los de último año deben estar encerrados. O mis vacaciones de verano: una fiesta de ebriedad, mentiras y violaciones.

¿Fui violada?

Ana María Polo: “Vamos a explorar esto. Tú le dijiste que no. Él cubrió tu boca con su mano. Tenías catorce años. No importa que

estuvieras borracha. Cariño, te violaron. Qué cosa horrible, horrible para que vivas. ¿Nunca pensaste en decirle a alguien? No puedes mantener esto adentro para siempre. ¿Alguien puede conseguirle un pañuelo?”.

Laura Bozzo: “Quiero que este chico se haga responsable. Él es el culpable de este ataque. Sabes que fue un ataque, ¿verdad? Que no fue tu culpa. Quiero que me escuches, me escuches, me escuches. Que no fue tu culpa. Este chico era un animal, el desgraciado”.

Silvia Pinal: “Veamos esta triste historia. ¿Fue amor? No. ¿Fue lujuria? No. ¿Fue ternura, dulzura, de la que hablan en las revistas? No. Habla, Mariana”.

Mi cabeza me está matando, mi garganta me está matando, mi estómago burbujea con desechos tóxicos. Sólo quiero dormir. Un coma estaría bien. O amnesia. Cualquier cosa sólo para deshacerme de esto, estos pensamientos susurran en mi mente. ¿Él también violó mi cabeza?

Tomo dos aspirinas y como un vasito de flan. Luego veo *Plaza Sésamo* y me duermo. Un viaje al barrio de lo imaginario sería bueno. Tal vez podría quedarme con Óscar el Gruñón en su tambo de basura.

## Primavera real

Mayo finalmente está aquí y ha dejado de llover; algo bueno. El alcalde de Durango estaba a punto de lanzar una llamada para crear un arca. El sol aparece de color amarillo mantequilla y tan cálido que saca a las primeras flores del lodo crujiente. Un milagro.

Nuestro patio es un desastre. Todos nuestros vecinos tienen estos fantásticos patios con flores que combinan con sus contraventanas y costosas rocas blancas que bordean los montículos de mantillo. El nuestro tiene arbustos verdes que cubren las ventanas delanteras y muchas hojas muertas.

Mamá ya se ha ido. El sábado es el día de la semana que más vende. Papá ronca arriba. Me puse unos pantalones viejos y desenterré un rastrillo de la parte trasera de la cochera. Comienzo por las hojas asfixiando los arbustos. Apuesto a que papá no los ha

limpiado en años. Se ven inofensivos y secos en la parte superior, pero debajo de esa capa superior están mojados y viscosos. El moho blanco serpentea de una hoja a otra. Las hojas se pegan como páginas sueltas de un libro en descomposición. Rastrillo una montaña hacia el patio delantero y todavía hay más, como que la tierra vomita hojas cuando no estoy mirando. Tengo que luchar contra los arbustos. Enganchan los dientes del rastrillo y los sostienen, no les gusta que yo limpie toda esa podredumbre.

Me tardo una hora. Finalmente, el rastrillo raspa sus uñas metálicas a lo largo de tierra húmeda marrón. Me pongo de rodillas para estirarme y arrastrar las últimas hojas. La señora Saldívar estaría orgullosa de mí. Yo observo. Los gusanos atrapados en el sol se retuercen para cubrirse. Los brotes verde pálido de algo vivo han estado luchando bajo las hojas. Mientras observo, se enderezan para enfrentar al sol. Juro que puedo verlos crecer.

La puerta de la cochera se abre y papá retrocede el Jeep. Se detiene en el camino de entrada cuando me ve. Apaga el motor y sale. Me levanto y quito la suciedad de mis jeans. Mis manos están ampolladas y mis brazos ya están adoloridos por el rastrillado. No puedo descifrar si está enojado o no. Tal vez prefería que el frente de su casa se vea como una mierda.

Papá: “Eso es mucho trabajo”.

Yo: ...

Papá: “Tendré algunas bolsas de hojas en la tienda”.

Yo: ...

Los dos nos quedamos parados allí con los brazos cruzados, mirando a las pequeñas plantas bebés que intentan crecer a la sombra de los arbustos que se alimentan de la casa. El sol va detrás de

una nube y me estremezco. Debería haber usado una sudadera. El viento susurra hojas muertas que aún se aferran a las ramas del roble junto a la calle. Todo lo que puedo pensar es que el resto de las hojas se caerán y tendré que seguir rastrillando.

Papá: “Se ve mucho mejor. Así de limpio, quiero decir”.

El viento sopla de nuevo. Las hojas tiemblan.

Papá: “Supongo que debería recortar los arbustos. Por supuesto, entonces verás las contraventanas y necesitarán pintura. Y si pinto estas contraventanas tendré que pintar todas las ventanas, y la moldura también necesita trabajo. Y la puerta de entrada”.

Yo: ...

Árbol: “cruje”.

Papá se vuelve para escuchar al árbol. No estoy segura de qué hacer.

Papá: “Y ese árbol está enfermo. ¿Ves cómo las ramas de la izquierda no tienen cogollos? Debería llamar a alguien para echarle un vistazo. No quiero que se estrelle contra tu habitación durante una tormenta”.

Gracias, papá. Como si no estuviera teniendo dificultades para dormir. Preocupación número sesenta y cuatro: ramas de árboles voladores. No debería haber rastrillado nada. Mira lo que empecé. No debería haber intentado algo nuevo. Debería haberme quedado en la casa. Viendo dibujos animados con un plato doble de cereal. Debería haberme quedado en mi habitación. O sola en mi cabeza.

Papá: “Supongo que voy a ir a la ferretería. ¿Quieres venir?”.

La ferretería. Siete hectáreas de hombres sin afeitar y mujeres de ojos brillantes en busca del destornillador perfecto, herbicida, parrillas de gas volcánico. Ruido. Luces. Niños corriendo por el pasillo

con hachas, machetes y otras herramientas filosas. Gente peleando por el color correcto para pintar el baño. No gracias.

Sacudo la cabeza. Recojo el rastrillo y empiezo a hacer más ordenada la pila de hojas muertas. Una ampolla en mi mano estalla y mancha el mango del rastrillo como una lágrima. Papá asiente y camina hacia el Jeep, las llaves tintinean en sus dedos. Un ruiseñor aterriza en una rama baja del roble y me regaña. Rastrillo las hojas de mi garganta.

Yo: “¿Puedes comprar algunas semillas? ¿Semillas de flores?”.

## Falta

Nuestra profesora de gimnasia, la señora Guevara, nos está enseñando a jugar tenis. El tenis es el único deporte que se acerca a no ser una pérdida total de tiempo. El basquetbol sería genial si todo lo que tuvieras que hacer fuera encestar tiros libres, pero la mayoría del tiempo estás en la cancha con otras nueve personas golpeando y empujando y corriendo demasiado. El tenis es más civilizado. Sólo dos personas tienen que jugar, a menos que juegues dobles, cosa que yo nunca haría. Las reglas son simples, puedes recuperar el aliento cada pocos minutos y puedes trabajar en tu bronceado.

De hecho, aprendí a jugar hace un par de veranos cuando mis padres tenían una membresía inicial en un gimnasio. Mamá me inscribió en clases y jugué con papá varias veces antes de que pensarán que las cuotas mensuales eran demasiado caras. Ya que no



soy una especie de novata total con la raqueta, la señora Guevara me empareja con la diosa del deporte Paola para demostrarle el juego al resto de la clase.

Sirvo primero, un buen disparo con un poco de velocidad en él. Paola me devuelve el golpe con un gran revés. Voleamos un poco de ida y vuelta. Luego, la señora Guevara hace sonar su silbato para que nos detengamos y que ella explique el retraso en el sistema de puntuación en el tenis, donde los números no tienen sentido y el amor no cuenta para nada.

Paola sirve a continuación. Ella lo acepta, un servicio perfecto, a unos noventa kilómetros por hora, que besa la cancha justo dentro de la línea antes de que pueda moverme. La señora Guevara le dice a Paola que ella es increíble y Paola sonrío.

Yo no sonrió

Estoy lista para su segundo servicio y se lo regreso casi en su garganta. La señora Guevara me dice algo agradable y Paola ajusta el agarre en su raqueta. Mi servicio.

Yo reboto la pelota unas cuantas veces. Paola rebota sobre las puntas de sus pies. Ella ya no está bromeando. Su orgullo está en juego, su reputación. Ella no está a punto de ser vencida por una extraña niña muda que solía ser su amiga. La señora Guevara me dice que golpee la pelota.

Me lanzo contra la pelota enviándola directamente a la boca de Paola que está sonriendo detrás de su protector bucal morado personalizado. Ella se quita del camino.

Señora Guevara: “¡Falta!”. Se ríe de la clase.

Una falta de pie. Pie equivocado hacia adelante, punta del pie sobre la línea. Tengo una segunda oportunidad. Otro aspecto civilizado del tenis.

Reboto la pelota amarilla. Uno-dos-tres. En el aire, como soltar un pájaro o una manzana, luego arquear el brazo, girar el hombro, reducir el poder y la ira y no olvidarte de apuntar. Mi raqueta cobra vida propia, un rayo de energía. Se estrella contra la pelota y la coloca en la red. Ésta explota en la cancha dejando un cráter antes de que Paola pueda parpadear. Se le pasa volando y golpea la cerca tan fuerte que vibra. Nadie se ríe.

Sin falta. Anoto un punto. Paola gana, pero no por mucho. Todos los demás lloriquean por sus ampollas. Tengo callos en mis manos por el trabajo de jardinería.

Soy lo suficientemente fuerte para jugar y lo suficientemente fuerte para ganar. Tal vez pueda hacer que papá practique conmigo un par de veces. Sería la única gloria de un año realmente horrible poder vencer a alguien en algo.



## La Pelos no más

*La Pelos se rapó.* Su cabello es de tres centímetros de largo. Un nuevo corte de pelo: cortito y puntiagudo. Es negro, por suerte no un color fosforescente falso. Y ella tiene lentes nuevos, bifocales de armazón morado que cuelgan de una cadena.

No sé qué causó esto. ¿Se ha enamorado? ¿Ella se divorció? ¿Por fin se mudó de la casa de sus padres? Nunca piensas en que los maestros tengan padres, pero deben tenerlos.

Algunos niños dicen que lo hizo para confundirnos mientras trabajamos en nuestro ensayo final. No estoy segura. Tenemos una opción. Podemos escribir sobre “El simbolismo en los cómics” o

“Cómo los cuentos cambiaron mi vida”. Creo que algo más está sucediendo. Estoy pensando que encontró un buen psicólogo o tal vez publicó esa novela que ha estado escribiendo desde que la Tierra se enfrió.

## Pequeña escritura en la pared

*Sofía está sentada en mi mesa* de arte con cuatro marcadores de colores destapados que sobresalen del chongo de su pelo. Me pongo de pie, ella gira la cabeza y tómalala: tengo un arco iris en mi camisa. Ella se disculpa cien millones de veces. Si fuera alguien más, supondría que lo hicieron a propósito. Pero Sofía y yo hemos sido amables en las últimas semanas. No creo que ella estuviera tratando de ser mala.

El señor Cepeda me deja ir al baño, donde trato de limpiar las manchas. Debo parecer un perro persiguiendo su cola, girando y girando, tratando de ver las manchas en mi espalda en el espejo. La puerta se abre. Es Sofía. Levanto mi mano cuando ella abre la boca. “No digas nada. Sé que lo sientes. Fue un accidente”.

Ella señala los bolígrafos todavía atrapados en su bollo. “Ya les puse las tapas. El señor Cepeda me obligó. Luego me envió aquí para ver cómo te va”.

Yo: “¿Está preocupado por mí?”.

Sofía: “Él quiere asegurarse de que no hagas un acto de desaparición. Se te conoce por vagar”.

Yo: “No en medio de la clase”.

Sofía: “Hay una primera vez para todo. Enciértrate ahí donde está la primera taza de baño y dame tu camisa. No puedes lavarla mientras la traes puesta”.

Creo que el director debería tener su oficina en el baño. Quizá entonces contrataría a alguien para mantenerlo limpio, o a un guardia armado para evitar que las personas tapen el inodoro, fumen o escriban en las paredes.

“¿Quién es Alejandra?”, pregunto.

“No conozco a ninguna Alejandra”, dice la voz de Sofía por encima de la corriente de agua en el fregadero. “Podría haber una Alejandra en segundo grado. ¿Por qué?”.

“De acuerdo con esto, ella ha enojado a un montón de gente. Una persona escribió en letras enormes que ella es una puta y todos estos otros agregaron pequeños detalles. Ella se acostó con este chico, ella se acostó con ese chico, ella se acostó con todos esos tipos al mismo tiempo. Para una estudiante de segundo grado, sí que se mueve”, le digo.

Sofía no responde. Miro a través de la grieta entre la puerta y la pared. Ella abre el recipiente de jabón y sumerge mi camisa en él. Luego ella friega las manchas. Me dan escalofríos. Estoy de pie con mi sostén, no es un sostén muy limpio, y hace mucho frío aquí.

Sofía levanta la camisa hacia la luz, frunce el ceño y friega un poco más. Quiero respirar profundo, pero huele muy mal.

Yo: “¿Recuerdas lo que dijiste sobre Javier Lara siendo un gran problema?”.

Sofía: “Sí”.

Yo: “¿Por qué dijiste eso?”.

Ella enjuaga el jabón de la camisa. “Él tiene una reputación. Sólo busca una cosa y, si crees los rumores, siempre busca eso, pase lo que pase”. Ella exprime el agua de la camisa. El sonido del agua que gotea hace eco.

“Raquel está saliendo con él”, le digo.

Sofía: “Lo sé. Sólo agrégalo a la lista de estupideces que ha hecho este año. ¿Qué dice ella de él?”.

“Realmente no hablamos”, le digo.

Sofía: “Ella es una perra, eso es lo que quieres decir. Ella cree que es demasiado buena para el resto de nosotras”.

Sofía golpea el botón plateado en el secador de manos y levanta la camisa. Volví a leer el grafiti. “Amo a Toño”. “Odio este lugar”. “Arriba Durango”. “Durango apesta”. Listas de chavos guapos, listas de idiotas, lista de lugares con las que todas sueñan visitar. Números de teléfono que han sido tachados con plumón. Conversaciones enteras se desplazan por el baño. Es como una sala de chat comunitaria, un periódico de fierro.

Le pido a Sofía que me preste uno de sus marcadores. Ella lo hace. “Creo que vas a tener que ponerle cloro a esto”, dice y me entrega la camisa también. La pongo sobre mi cabeza. Todavía está húmeda. “¿Para qué querías el marcador?”.



Sostengo la tapa entre mis dientes. Comienzo otro hilo de tema en la pared: chicos de los cuales te debes alejar. La primera entrada es la Bestia misma: Javier Lara.

Abro la puerta con un broche de oro. “¡Ta-da!”. Señalo hacia mi trabajo.

Sofía sonrío.

## Preparación de fiesta de fin de año

El clímax de la temporada de apareamiento está casi sobre nosotros: la fiesta de los de tercer año. Deberían cancelar clases esa semana. Lo único que aprendemos es quién va con quién, quién compró un vestido de marca, qué compañía de limusinas no te delatará si bebes, el lugar más caro de renta de trajes y así sucesivamente. La energía del chisme podría brindar la electricidad al edificio durante el resto del bimestre. Los maestros están enojados. Las niñas no están entregando la tarea porque tienen citas en el salón de belleza.

Javier Lara le pidió a Raquel que fuera con él. No puedo creer que su madre la esté dejando ir, pero tal vez ella estuvo de acuerdo porque se van a ir con el hermano de Raquel y su novia. Raquel es una de las raras invitadas a la fiesta de los de último año; su valor social se ha disparado. A lo mejor ella no recibió mi nota, o tal vez

decidió ignorarla. Tal vez se la mostró a Javier y se echaron a reír. Tal vez ella no se meta en los problemas en los que yo me metí. Tal vez él la escuche a ella. Tal vez sea mejor que deje de pensarlo antes de volverme loca.

Verónica ha venido a buscar mi ayuda. Mi madre no lo puede creer: ¡una amiga que vive y respira, en el patio, buscando a su hija inadaptada! Quito a Verónica de las garras de mamá y nos retiramos a mi habitación. Mis conejos de peluche salen de sus madrigueras con sus narices moviéndose. Conejito rosa, conejito púrpura, un conejito de guingán de mi abuela. Están tan emocionados como mi madre. ¡Compañía! Puedo ver la habitación a través de los ojos teñidos de verde de Verónica. Ella no dice nada, pero sé que cree que parece estúpida: una habitación para bebés, todos esos conejos de peluche; debe haber un centenar de ellos. Mamá llama a la puerta. Ella tiene galletas para nosotras. Quiero preguntar si se siente enferma. Le entrego la bolsa a Verónica. Ella toma una galleta y mordisquea sus bordes. Yo me como cinco, sólo para molestarla. Me acuesto en mi cama, atrapando a los conejos junto a la pared. Verónica empuja delicadamente un montón de ropa sucia de mi silla y se posa sobre su trasero delgado. Yo espero.

Ella se lanza a una historia de llantos sobre cuánto odia ser una recluta de las Martas. La servidumbre por contrato sería mejor. Sólo se están aprovechando de ella, mandándola. Sus calificaciones bajan a ochos debido al tiempo que tiene que pasar esperando las órdenes de la Marta mayor. Su padre está pensando en tomar un trabajo en Chiapas y a ella no le importaría mudarse de nuevo, ni un poquito, porque según ella los chavos del sur no son tan engreídos como los de aquí.

Yo como más galletas. Estoy luchando contra el impacto de tener un invitado en mi habitación. Casi la corro porque me va a doler mucho cuando mi habitación vuelva a estar vacía. Verónica dice que yo era inteligente, “... tan inteligente, Marianita, como para saber que debía dejar a ese estúpido grupo. Todo este año ha sido horrible, odié todos los días, pero no tuve las agallas para dejarlas como lo hiciste tú”.

Ella ignora por completo el hecho de que nunca estuve, y que me abandonó, me desterró incluso de las sombras de la gloria de Marta. Siento que en cualquier momento un hombre con un traje color lavanda irrumpirá en la habitación con un micrófono y gritará: “¡Otro momento de realidad alternativa que te ofrece la adolescencia!”.

Todavía no puedo entender por qué está aquí. Ella lame una migaja de su galleta y me dice el porqué fue. Ella y las otras júnior Martas deben decorar el salón de baile para la fiesta de graduación. Anahí, Karla y Leslie no pueden ayudar, por supuesto; tienen que pintarse las uñas y blanquearse los dientes. Las pocas y privilegiadas Martas júnior han sido destruidas por la gripe, dejando a Verónica completamente sola. Ella está desesperada.

Yo: “¿Tienes que decorar todo? ¿Para la noche del sábado?”.

Verónica: “En realidad, no podemos comenzar sino hasta las tres de la tarde del sábado debido a una comida que tendrán en el salón algunos políticos. Pero sé que podemos hacerlo. También le estoy preguntando a otros alumnos. ¿Conoces a alguien que pueda ayudar?”.

Francamente, no conozco a nadie, pero mastico y trato de parecer pensativa. Verónica presume que sí y que me encantaría ayudarla. Ella salta de la silla.

Verónica: “Sabía que ayudarías. Eres genial. Te debo... te debo un favor grande. ¿Qué tal si vengo la próxima semana y te ayudo a redecorar?”.

Yo: ...

Verónica: “¿No me dijiste una vez cuánto odiabas tu habitación? Bueno, ahora veo el porqué. Sería tan deprimente despertar aquí cada mañana. Vamos a limpiar toda esta basura”. Ella patea a un conejito amarillo que estaba durmiendo en mi bata en el suelo. “Y deshacerse de esas cortinas. Tal vez podrías ir de compras conmigo, ¿puedes conseguir la tarjeta de tu madre?”. Ella abre mis cortinas de un jalón. “No nos olvidemos de lavar esas ventanas. Un color mar verde espuma y salvia, eso es lo que debes buscar, clásico y femenino”.

Yo: “No”.

Verónica: “¿Quieres un color más fuerte, como un berenjena o cobalto?”.

Yo: “No, todavía no me he decidido por los colores. Eso no es lo que quiero decir, quiero decir que no, no te ayudaré”.

Ella se derrumba en la silla de nuevo. “Tienes que ayudarme”.

Yo: “No, no tengo que hacerlo”.

Verónica: “¿Pero por quééé?”.

Me muerdo el labio. ¿Quiere saber la verdad, que es egocéntrica y fría? ¿Que espero que las Martas la regañen? Que odio la espuma de mar verde y, además, no es asunto suyo si mis ventanas están

sucias. Siento pequeñas narices de botón contra mi espalda. Los conejos dicen que sea amable. Que mienta.

Yo: “Tengo planes. El tipo del árbol viene a podar el roble de enfrente, tengo que trabajar en mi jardín y, además, sé lo que quiero cambiar aquí y no incluye el berenjena”.

Casi todo es medio verdad, medio planeado. Verónica frunce el ceño. Abro la ventana sucia para dejar entrar el aire fresco. Me quito el pelo de la cara. Le digo a Verónica que tiene que irse. Necesito limpiar. Se mete la galleta en la boca y no se despide de mi madre. Qué engreída.



## Comunicación

Llevo una buena racha. Estoy triunfando. No sé a qué se deba: enfrentármele a Verónica, plantar semillas de flores o, tal vez, la expresión en la cara de mamá cuando le pregunté si me dejaría redecorar mi habitación. Ha llegado el momento de luchar con algunos demonios. Demasiado sol después de un invierno en lo alto de Durango hace cosas extrañas en tu cabeza, te hace sentir fuerte, incluso si no lo eres.

Debo hablar con Raquel. No puedo hacerlo en Álgebra, y la Bestia la espera afuera de Español. Pero tenemos periodo de estudio al mismo tiempo. Lotería. La encuentro enfocando los ojos en un libro con letra pequeña en la biblioteca. Ella es demasiado vana como para usar lentes. Le pido a mi corazón que no corra por el pasillo y se siente a su lado. No detonan bombas nucleares. Un buen comienzo.



Ella me mira sin expresión. Me trata con una sonrisa, tamaño mediano. “Oye”, le digo. “Hmm”, responde ella. Sin rizar los labios ni gestos groseros con las manos. Hasta ahora todo va bien. Miro el libro del cual está copiando (palabra por palabra). Se trata de Francia.

Yo: “¿La tarea?”.

Raquel: “Algo así”. Toca su lápiz sobre la mesa. “Voy a Francia este verano con el Club Internacional. Tenemos que hacer un informe para demostrar que lo tomamos en serio”.

Yo: “Eso es genial. Quiero decir, siempre has hablado de viajar, desde que éramos niñas. ¿Recuerdas cuando estábamos en cuarto grado y leímos *Heidi* y tratamos de derretir queso en tu chimenea?”.

Nos reímos un poco demasiado fuerte. No es realmente tan divertido, pero las dos estamos nerviosas. La bibliotecaria nos señala con el dedo. Malas alumnas. Malas, malas alumnas. Sin reír. Miro sus apuntes. Están pésimos, algunos datos sobre París decorados con un garabato de la torre Eiffel, corazones y las iniciales R. P. + J. L. Guácala.

Yo: “Entonces, realmente vas a salir con él. Con Javier. Escuché sobre el baile de graduación”.

Raquel sonríe con cariño. Ella se estira, como que mencionar el nombre de la Bestia despierta sus músculos y hace que su estómago brinque. “Él es genial”, dice ella. “Él es tan increíble, y hermoso, y delicioso”. Ella se detiene. Se da cuenta de que está hablando con la leprosa del pueblo.

Yo: “¿Qué vas a hacer cuando él se vaya a la universidad?”.

¡Zas!, una flecha dirigida a su punto suave. Nubes a través del sol. “No puedo pensar en eso. Duele mucho. Dijo que iba a conseguir

que sus padres lo dejaran cambiarse a una universidad de por aquí. Podría ir a la Universidad Juárez o a la Politécnica de Durango. Lo esperaré”.

Sí, cómo no.

Yo: “¿Han estado saliendo durante aproximadamente dos semanas? ¿Tres?”.

Un frente frío sopla a través de la biblioteca. Se endereza y cierra la tapa de su cuaderno.

Raquel: “¿Y a todo esto, qué quieres?”.

Antes de que pueda contestar, la bibliotecaria se abalanza. Somos invitadas a continuar nuestra conversación en la oficina del director o podemos quedarnos y guardar silencio. Nuestra elección.

Saco mi cuaderno y le escribo a Raquel. *Fue bueno hablar contigo otra vez. Lo siento, no pudimos ser amigas este año.*

Le paso el cuaderno. Ella se derrite un poco alrededor de los bordes y escribe de nuevo. *Sí, lo sé. Entonces, ¿a ti quién te gusta?*

*Nadie, en realidad. Mi compañero de laboratorio es agradable, pero como un amigo, no como un novio o algo así.*

Raquel asiente sabiamente. Ella está saliendo con uno de último año. Ella está más allá de estas relaciones de “amigo-amiga” de primer año. Ella está a cargo de nuevo. Es hora de que le ruegue.

*¿Sigues enojada conmigo?,* escribo.

Ella garabatea un rayo rápidamente.

*No, supongo que no. Fue hace mucho tiempo.* Se detiene y dibuja un círculo en espiral. Me imagino en su borde y me pregunto si voy a caer. *La fiesta fue un poco alocada,* continúa. *Pero fue tonto llamar a la policía. Podríamos sólo habernos ido.* Ella desliza el cuaderno hacia mí.

Dibujó un círculo en espiral en dirección opuesta al de Raquel. Podría dejarlo así, parar. Ella me está hablando otra vez. Todo lo que tengo que hacer es mantener la suciedad oculta y caminar del brazo con ella hasta la puesta del sol. Ella levanta los brazos para arreglar su cabello. R. P. + J. L. está escrito con una pluma roja en el interior de su antebrazo. Inhala, uno-dos-tres. Espira, uno-dos-tres. Me obligo a relajar mi mano.

*No llamé a la policía para arruinar la fiesta, escribo. Llamé...,* dejo el lápiz. Lo levanto de nuevo, *porque un tipo me violó. Bajo los árboles. No sabía qué hacer.* Ella observa mientras yo plasmo las palabras. Ella se inclina más cerca de mí. Yo escribo más. *Fui estúpida y estaba borracha, no sabía lo que estaba pasando y luego me lastimó,* tacho y escribo de nuevo, *me violó. Cuando llegó la policía, todos gritaban y yo estaba muy asustada, así que me fui por los patios traseros y caminé a casa.*

Empujo la libreta hacia ella. Ella se queda mirando las palabras. Ella pega su silla junto a mí.

*¡Dios mío! Lo siento mucho,* escribe ella. *¿Por qué no me lo dijiste?*

*No podría decirle a nadie,* escribo.

Ella me pregunta: *¿Tu madre lo sabe?*

Sacudo la cabeza. Las lágrimas emergen de algún manantial oculto. Maldita sea. Me limpio los ojos con la manga.

*¿Quedaste embarazada? ¿Tenía alguna enfermedad? ¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien?*

*No. No lo creo. Sí, estoy bien, más o menos.*

Raquel escribe con mano pesada y rápida. *¿¿¿QUIÉN LO HIZO???*

Le doy vuelta a la página y escribo. Javier Lara.

“¡Mentirosa!”. Ella sale de su silla y agarra sus libros de la mesa. “No lo puedo creer. Estás celosa. Eres un pequeño monstruo

retorcido y estás celosa de que yo sea popular y que vaya al baile de graduación y por eso me mientes así. Y me enviaste esa nota, ¿verdad? Estás tan enferma”.

Ella se gira y se topa con la bibliotecaria. “Voy a la enfermería”, afirma. “Creo que voy a vomitar”.



## Mensajes en el baño

Estoy parada en la banqueta, mirando los autobuses. No quiero ir a casa. No quiero quedarme aquí. Tuve esperanzas a mitad de la conversación con Raquel, ése fue mi error.

Era como oler la perfecta comida navideña para que después te cerraran la puerta en tu cara, dejándote afuera en el frío.

“Mariana”. Oigo mi nombre. Genial. Ahora estoy escuchando cosas. Tal vez debería preguntarle a mi consejera si conoce un buen terapeuta o un psicólogo entrometido. Si no digo nada me siento muy mal. Si le cuento a alguien me siento peor. Estoy teniendo problemas para encontrar un término medio.

Alguien me toca el brazo con suavidad. “¿Mariana?”. Es Sofía. “¿Puedes tomar el último autobús? Quiero mostrarte algo”. Caminamos juntas. Me lleva al baño en el que me lavó la camisa, la



## Podando

A la mañana siguiente, el sábado, me desperté con el sonido de una motosierra, un ruido que me mordía las orejas y hacía astillas mis planes de dormir. Miro por la ventana. Los podadores, los muchachos de los árboles que papá llamó para cortar las ramas muertas del roble, se paran en la base del árbol: un tipo acelerando la motosierra como si fuera un auto deportivo, el otro le da al árbol una ojeada. Bajé a desayunar.

Ver dibujos animados no es una opción. Preparo una taza de té y me uno a papá y a un grupo de niños del vecindario que miran el espectáculo desde la banqueta de afuera. Un jardinero colgado como mono araña se adentra en las ramas color café pálido, luego eleva la motosierra (apagada) con una cuerda gruesa. Se pone a



trabajar podando la madera muerta como un escultor. “Brrrrrrr”. La motosierra roe el roble y las ramas se estrellan contra el suelo.

El aire se llena con aserrín. La savia brota de las heridas abiertas en el tronco. Él está matando al árbol. Sólo dejará un tronco. El árbol se está muriendo. No hay nada que hacer o decir. Observamos en silencio mientras el árbol se estrella, pieza por pieza, contra el suelo húmedo.

La motosierra se balancea con una sonrisa. A él ni siquiera le importa. Un niño pequeño le pregunta a mi padre por qué ese hombre está cortando el roble.

Papá: “Él no lo está cortando. Él lo está salvando. Esas ramas llevaban mucho tiempo muertas por enfermedad. Todas las plantas son así. Al cortar el daño, se hace posible que el árbol vuelva a crecer. Ya verás: para finales del verano, este árbol será el más fuerte de la cuadra”.

Odio cuando mi padre finge saber más de lo que sabe. Él vende seguros. Él no es un guardabosque, sabio en el camino de los bosques. El podador enciende la trituradora en la parte trasera de su camión. He visto suficiente. Agarro mi bicicleta y me voy.

La primera parada es la gasolinera para surtir mis llantas de aire. No puedo recordar la última vez que la monté. La mañana es cálida; un sábado lento, perezoso. El estacionamiento en el supermercado está lleno. Se están jugando un par de juegos de beisbol detrás de la escuela primaria, pero no me detengo a mirar. Subo por las calles pasando por la casa de Raquel, pasando la prepa. La bajada es rápida y fácil. Me atrevo a levantar mis manos del manillar. Mientras

me mueva lo suficientemente rápido, la rueda delantera se mantiene firme. Giro a la izquierda y otra vez a la izquierda, siguiendo las bajadas sin darme cuenta de hacia a dónde me dirijo.

Una parte de mí ha planeado esto. Una brújula interna desviada apuntaba al pasado. La calle no me es familiar hasta que vislumbro el granero. Aprieto los frenos con fuerza y lucho por controlar la bicicleta en el borde de grava. Un viento atraviesa los cables de teléfono. Un ave lucha para retener su equilibrio.

No hay coches en la entrada. FAMILIA RUIZ está pintado en el buzón. Un aro de baloncesto cuelga de un lado del granero. No lo recuerdo, pero hubiera sido difícil verlo en la oscuridad. Camino con mi bicicleta por el borde trasero de la propiedad hasta donde los árboles se tragan el sol. Apoyo mi bicicleta en una cerca que se derrumba. Me hundo en el suelo frío por las sombras.

El corazón me palpita como si todavía estuviera pedaleando cuesta arriba. Mis manos tiemblan. Es un lugar completamente normal, fuera de la vista del granero y la casa, lo suficientemente cerca de la carretera para que pueda oír los coches pasar. Fragmentos de hojas ensucian el suelo. Se podría traer un salón de kínder aquí para un pícnic.

Pienso en acostarme. No, eso no sería bueno. Me agacho junto a un tronco. Mis dedos acariciaron la corteza buscando un código braille, una pista, un mensaje sobre cómo volver a la vida después de mi inactividad. He sobrevivido. Estoy aquí. Confundida, jodida, pero aquí. Entonces, ¿cómo puedo encontrar mi camino? ¿Hay una motosierra del alma, un hacha que pueda cortar mis recuerdos o

miedos? Clavo mis dedos en la tierra y los aprieto. Una pequeña parte limpia de mí espera para calentarse y estallar a través de la superficie. Una Mariana tranquila que no he visto en meses. Ésa es la semilla que cuidaré.

## Acechando

Cuando llego a casa, es hora de almorzar. Hago dos sándwiches y bebo un enorme vaso de leche. Me como una manzana y pongo mis platos en el fregadero. Es apenas la una de la tarde.

Supongo que debería limpiar la cocina y trapear, pero las ventanas están abiertas y los petirrojos cantan en el jardín delantero, donde está esperando un montón de fertilizante.

Mamá está impresionada cuando llega a la hora de la cena. El césped delantero está rastrillado, deshierbado y regado, y los arbustos tienen fertilizante. Ni siquiera estoy respirando fuerte. Mamá me ayuda a cargar los muebles de plástico de la cochera y los limpio con cloro. Papá trae pizza a casa y comemos en la terraza. Mamá y papá beben té helado y no hay mordidas ni gruñidos. Limpio los platos y tiro la caja de pizza a la basura.

Me acuesto en el sofá para ver la televisión, pero mis ojos se cierran y estoy noqueada. Cuando me levanto, ya pasa de la medianoche y alguien me ha cubierto con una manta. La casa está tranquila, oscura. La brisa fresca se desliza entre las cortinas.

Estoy completamente despierta. Siento picazón dentro de mi piel, inquieta, así lo llamaría mi madre. No puedo quedarme quieta. Tengo que hacer algo. Mi bicicleta todavía está apoyada contra el árbol podado en el patio delantero. Yo monto.

Arriba y abajo, a través y en diagonal, pedaleo mis piernas adoloridas por las calles de una ciudad en su mayoría durmiendo. Algunos televisores nocturnos parpadean en las ventanas de los dormitorios. Algunos coches están estacionados frente al Modelorama. Me imagino a gente trapeando los pisos, volviendo a acomodar mercancía. Me deslizo por las casas de personas que conocía: Verónica, Paola. Giro en la esquina, cambio de marcha y pedaleo más, subiendo la colina hasta la casa de Raquel. Las luces están encendidas, sus padres esperan a que su hija regrese a casa de la fiesta de graduación.

Pedaleo como si tuviera alas. No estoy cansada. No creo que vuelva a tener que dormir.

## Posfiesta

Para el lunes por la mañana, la fiesta es leyenda. ¡El drama! ¡Las lágrimas! ¡La pasión! ¿Por qué nadie ha hecho un programa de televisión de esto todavía? El daño total incluyó un bombeo estomacal, tres rupturas de relaciones de largo plazo, un pendiente de diamante perdido, cuatro fiestas escandalosas en habitaciones de hotel y cinco tatuajes iguales que decoran los traseros de cinco alumnos de último año. Los consejeros están celebrando la falta de accidentes fatales.

Verónica no vino a la escuela hoy. Todos se quejan de sus feas decoraciones. Apuesto a que ella se enferma el resto del año. Verónica debería huir y unirse al ejército de inmediato. Serán mucho más dulces con ella que un enjambre de Martas enojadas.

Raquel está en su gloria. Ella abandonó a Javier en medio de la fiesta de graduación. Estoy tratando de reconstruir la historia de lo que paso a través de chismes. Dicen que ella y Javier discutieron durante una canción romántica. Dicen que estaba sobre de ella con sus manos y su boca. Mientras bailaban, él estaba tocándola en lugares inapropiados y ella retrocedió. La canción terminó y ella le gritó algo. Dicen que estaba lista para abofetearlo, pero no lo hizo. Él miró a su alrededor, todo inocente, y ella se fue con sus amigos. Terminó bailando toda la noche con un chavo de Sonora. Dicen que Javier ha estado realmente enojado desde entonces. Se emborrachó salvajemente en una fiesta y se desmayó en un plato de frijoles. Raquel quemó todo lo que él le había dado y dejó las cenizas frente a su casillero. Sus amigos se burlaron de él.

Excepto por los chismes, no hay ningún motivo real para venir a la escuela. Bueno, hay exámenes finales, pero no es como si fueran a hacer alguna diferencia en mis calificaciones.

Tenemos, ¿qué?, ¿dos semanas más de clases? A veces pienso que la escuela preparatoria es una actividad prolongada: si eres lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a esto, te permitirán convertirte en adulto. Espero que valga la pena.

## Presa

**Estoy esperando** a que el reloj termine la sesión diaria de tortura en Álgebra cuando, ¡zas!, un pensamiento me golpea en la cabeza: ya no quiero pasar el rato en mi pequeño escondite. Miro detrás de mí, casi esperando ver a un tipo burlón de la fila de atrás que me aventó una goma de borrar a la cabeza. No, la fila de atrás está luchando por mantenerse despierta. Definitivamente fue una idea que me impactó. Ya no tengo ganas de esconderme. Una brisa de la ventana abierta sopla mi cabello hacia atrás y me hace cosquillas en los hombros. Éste es el primer día lo suficientemente cálido para una camisa sin mangas. Se siente como el verano.

Después de clase, me voy atrás de Raquel. Javier la está esperando. Ella ni siquiera lo mira. El chavo de Sonora es ahora el número uno de Raquel. ¡JA, JA, JA! Doble JA, JA, JA. Que te sirva de



experiencia, escoria. Los chavos miran fijamente a Javier, pero nadie se detiene a hablar con él. Sigue a Hana y a Raquel por el pasillo. Estoy a unos pasos detrás de él. Hana se gira y le dice a Javier exactamente a quien debe ir a chingar. Impresionante. Sus habilidades lingüísticas realmente han mejorado este año. Estoy lista para hacer un baile de la victoria.

Me dirijo a mi armario después de la escuela. Quiero llevar el póster de Gabriel García Márquez a casa, y me gustaría tener algunas de las imágenes de mi árbol y mi escultura de hueso de pavo. El resto de las cosas pueden quedarse, siempre y cuando no tengan mi nombre. Quién sabe, algunos otros niños podrían necesitar un lugar seguro para esconderse el próximo año.

No he podido deshacerme del olor. Dejo la puerta un poco abierta para poder respirar. Es difícil quitar las imágenes de los árboles de las paredes sin romperlas. El día se está calentando y no hay ventilación aquí. Abro la puerta más ancha, al fin y al cabo ¿quién va a venir ahora? Para este punto en el año los maestros se van más rápido que los estudiantes cuando suena la última campana. Las únicas personas que quedan son unos pocos equipos dispersos en los campos de práctica.

No sé qué hacer con el edredón. Está demasiado maltratado como para llevarlo a casa. Debí haber ido primero a mi casillero por mi mochila; me olvidé de los libros que hay aquí. Doblo el edredón y lo coloco en el suelo, apago la luz y salgo por la puerta hacia mi casillero. Alguien choca contra mi pecho y caigo de nuevo en el armario. La luz se enciende y la puerta se cierra.

Estoy atrapada con Javier Lara.

Me mira fijamente sin hablar. Él no es tan alto como en mis recuerdos, pero aún es repugnante. La bombilla arroja sombras bajo sus ojos. Está hecho de losas de piedra y desprende un olor que me hace temer que me orine en los pantalones. Él se truena los nudillos. Sus manos son enormes.

Javier Bestia: “Tienes una bocota, ¿lo sabes? Raquel rompió conmigo en el baile de graduación y me contó una historia de mierda sobre cómo te violé. Sabes que es una mentira. Nunca violé a nadie. No tengo que hacerlo. Lo querías tanto como yo. Pero tus sentimientos se lastimaron porque ya no salí contigo, así que empezaste a difundir mentiras, y ahora todas las chicas de la escuela hablan de mí como si yo fuera un perverso. Has estado difundiendo esa historia de mierda por semanas. ¿Qué te pasa, fea, estás celosa? ¿No puedes conseguir una cita?”.

Las palabras caen como clavos en el suelo, duras, puntiagudas. Intento caminar alrededor de él. Él bloquea mi camino. “Oh no. No vas a ir ninguna parte. Realmente me arruinaste las cosas”. Él extiende su mano por detrás y cierra la puerta. Clic.

Yo: ...

“Eres una perra extraña, ¿lo sabes? Una rarita. No puedo creer que alguien te haya escuchado”. Me agarra las muñecas. Intento retirarlas y las aprieta tan fuerte que siento como si mis huesos se estuvieran quebrando. Él me sujeta contra la puerta cerrada. Gabriel García Márquez me mira. Él me dice que haga ruido. Abro la boca y respiro hondo.

Bestia: “No vas a gritar. No gritaste antes. Te gustó. Estás celosa de que llevé a tu amiga y no a ti. Creo que sé lo que quieres”.

Su boca está en mi cara. Giro la cabeza. Sus labios están húmedos, sus dientes golpean contra mi pómulo. Tiro de mis brazos otra vez y él golpea su cuerpo contra el mío. No tengo piernas. Mi corazón se tambalea. Sus dientes están en mi cuello. El único sonido que puedo hacer es un gemido. Él intenta sostener mis dos muñecas con una mano. Él quiere una mano libre. Recuerdo. Yo recuerdo. Manos de metal, manos de cuchillo caliente. No.

Un sonido explota de mí: “¡¡¡NOOO!!!”.

Sigo el sonido, me abalanzo con fuerza empujando a Javier Lara fuera de balance, tropieza con el fregadero roto. Él maldice y gira, su puño viene, viene. Una explosión en mi cabeza y sangre en mi boca. Él me pegó. Yo grito, grito. ¿Por qué no se están cayendo las paredes? Estoy gritando lo suficientemente fuerte como para hacer que toda la escuela se desmorone. Agarro cualquier cosa: mi plato de popurrí, se lo aviento en la cabeza y rebota en el suelo. Mis libros. Él maldice de nuevo. La puerta está cerrada. La puerta está cerrada. Me agarra, me aleja de la puerta, una mano sobre mi boca, una mano alrededor de mi garganta. Me apoya contra el fregadero. Mis puños no significan nada para él: las patitas de un conejo golpeando inofensivamente. Su cuerpo me aplasta.

Mis dedos se agitan por arriba buscando algo, lo que sea, algo a que aferrarme. Siento un bloque de madera, la base de mi escultura de hueso de pavo. Lo agarro y lo golpeo contra el póster de Gabriel. Escucho un crujido. ESO no oye. ESO respira como un dragón. Su mano abandona mi garganta y ataca mi cuerpo. Golpeo la madera contra el póster y rompe el espejo debajo de él.

Fragmentos de vidrio se deslizan por la pared y hacia el fregadero. Él se aleja de mí, perplejo. Metí la mano y envolví mis dedos

alrededor de un triángulo de vidrio. Lo sostengo en el cuello de Javier Lara. Él se congela. Presiono lo suficientemente fuerte como para sacar una gota de sangre. Él levanta sus brazos sobre su cabeza. Mi mano tiembla. Quiero clavar el vidrio a través de su garganta, quiero escucharlo gritar. Miro hacia arriba. Veo la expresión en su cara, un líquido blanco en la esquina de su boca. Sus labios están paralizados. Él no puede hablar. Con eso basta.

Yo: “Dije que no”.

Él asiente con la cabeza. Alguien está golpeando la puerta. Le quito el seguro y la puerta se abre. Paola está allí, junto con el equipo de beisbol sudoroso, enojado, con sus bates en alto. Alguien se despega del grupo y corre por ayuda.



## El corte final

El señor Cepeda se niega a entregar sus calificaciones a tiempo. Deberían haber estado cuatro días antes del final de clases, pero él no vio el sentido en eso. Así que me quedo después de clases el último día con mi último intento para que mi árbol quede bien.

El señor Cepeda está cubriendo la pared con un mural. Él canta suavemente mientras mezcla colores en su paleta. Quiere pintar un amanecer.

Voces de vacaciones de verano burbujan a través de la ventana abierta. El periodo escolar está casi por terminar. El aula hace eco con los portazos y los gritos de “te voy a extrañar” y “¿tienes mi número?”. Enciendo la radio.

Mi árbol definitivamente está respirando. Pequeñas respiraciones superficiales como si se hubieran disparado a través del

suelo esta mañana. Éste no es perfectamente simétrico. La corteza es áspera. Intento hacer que parezca que unas iniciales habían sido grabadas hace mucho tiempo. Una de las ramas inferiores está enferma. Si este árbol realmente vive en algún lugar es mejor que esa rama se caiga pronto para que no dañe al árbol. Las raíces salen del suelo y la corona alcanza al sol, alta y saludable. El nuevo crecimiento es la mejor parte.

El viento fluye a través de las ventanas abiertas con algunas abejas perezosas. Yo dibujo y el señor Cepeda mezcla naranja y rojo para obtener el tono correcto de la salida del sol. Los neumáticos chirrían fuera del estacionamiento, otra despedida de estudiantes. Me tocará regresar para tomar extraordinarios, así que no hay ninguna prisa real. Pero quiero terminar este árbol.

Un par de estudiantes de último año se acercan. El señor Cepeda los abraza con cuidado, ya sea por la pintura que tiene en él o porque un maestro que abraza a los estudiantes se puede malinterpretar. Agito mi flequillo frente a mi cara y miro a través de mi cabello. Charlan sobre qué van a estudiar y cuándo se van a la universidad. El señor Cepeda escribe algunos números de teléfono y nombres de restaurantes. Dice que tiene muchos amigos en la universidad y que deberían reunirse para almorzar un domingo. Una de las chicas salta arriba y abajo y grita: “¡No puedo creerlo, por fin me estoy graduando!”. Ella es Aitana, la porrista. Qué sorpresa.

Los de último año miran hacia mí antes de irse. Una niña, no la porrista, me saluda con un movimiento de cabeza y dice: “Bien hecho. Espero que estés bien”. En las pocas horas restantes del año escolar, de repente, me he vuelto popular. Gracias a las grandes bocas del equipo de beisbol, todos sabían lo que sucedió antes de

que se metiera el sol. Mamá me llevó al hospital para que me cosieran el corte en mi mano. Cuando llegamos a casa había un mensaje en mi celular, era de Raquel. Ella quiere que la llame.

Mi árbol necesita algo. Me acerco al escritorio y tomo un pedazo de papel marrón y un pedazo de tiza. El señor Cepeda habla sobre galerías de arte y yo practico pájaros, pequeños trazos de color sobre el papel. Es incómodo con el vendaje en mi mano, pero sigo intentando. Los dibujo sin pensar: vuelo, vuelo, pluma, ala. Los pájaros florecen en la luz, sus plumas se expanden de forma prometedora.

Sucedió. No hay que evitarlo, no hay que olvidar. No huir, ni volar, ni enterrar, ni esconderse. Javier Lara me violó en agosto cuando estaba borracha y demasiado joven para saber lo que estaba pasando. No fue mi culpa. Él me hizo daño. No fue mi culpa. Y no voy a dejar que eso me mate. Puedo crecer.

Miro mi boceto hogareño. No necesita nada. Incluso a través del río en mis ojos puedo ver eso. No es perfecto y eso hace que quede bien.

Suena la última campanada. El señor Cepeda viene a mi mesa.

Señor Cepeda: “Se acabó el tiempo, Mariana. ¿Estás lista?”

Le entrego mi trabajo. Lo toma en sus manos y lo estudia. Limpio mis ojos en mi manga. Los moretones son vívidos, pero se desvanecerán.

Señor Cepeda: “No llores en mi estudio. Arruina los dibujos. Sal, ya sabes, salina. Los carcome como el ácido”. Se sienta en el taburete a mi lado y me devuelve el árbol. “Tú obtienes un diez. Has trabajado duro en esto”. Me entrega la caja de pañuelos. “Has pasado por mucho, ¿no es así?”.



Las lágrimas disuelven el último bloque de hielo en mi garganta. Siento que la quietud congelada se derrite a través de mi interior, goteando fragmentos de hielo que se desvanecen en un charco de luz solar sobre el suelo manchado. Las palabras flotan hacia arriba.

Yo: “Déjame que te lo cuente”.

# Índice



## Primer bimestre

- 11 Bienvenidos a la preparatoria Madero
- 15 Nuestros profesores son los mejores...
- 17 Centro de atención
- 21 Santuario
- 25 Inglés
- 27 Tareas
- 31 Nuestro valiente líder
- 33 Educación Física
- 37 Amigas

- 41 *Veroniqueando*
- 45 Madriguera
- 49 ¡Vamos, Diablos!
- 53 Porristas
- 55 Lo contrario de inspiración es... ¿expiración?
- 57 Teatro
- 61 Drama en la cena
- 63 Rosas azules
- 65 Alumnos divididos entre confusión es igual a álgebra
- 69 Día de Muertos
- 73 Hazmerreír
- 75 Las Martas
- 79 Pesadilla
- 81 Mis calificaciones

## Segundo bimestre

- 85 ¡Vaya!
- 87 Mi lugar secreto
- 89 Todos juntos ahora
- 91 Orientación de carreras
- 93 Libertad de expresión
- 97 El Buen Fin
- 103 Huesos
- 107 Pelada y rebanada
- 111 Más libertad de expresión
- 115 ¡Arriba, Marsupiales!
- 117 Vacaciones de invierno
- 121 Trabajo duro
- 123 Tiro libre

127 Coloreando fuera de las líneas

129 Niña póster

131 Ranas muertas

133 Ciudadana modelo

137 Muerte por álgebra

139 Trabajo de palabras

141 Nombrando al monstruo

143 Libro en el baño

145 Pánico

149 Arte oscura

153 Mis calificaciones

### Tercer bimestre

157 Muerte del Marsupial

159 Clima frío y autobuses

- 163 Escapar
- 167 Descifrando códigos
- 171 La condena del almuerzo
- 175 Conjuga esto
- 177 Cortando corazones
- 181 Nuestra Señora de la Sala de Espera
- 185 Choque de titanes
- 189 Castigada
- 191 Picasso
- 195 Chica buena
- 199 Cuarto de espejos
- 203 Germinación
- 205 Exiliada
- 209 Frío y a clases



- 211 Estúpida estúpida
- 215 Una noche para recordar
- 219 Mis calificaciones

#### Cuarto bimestre

- 223 La temporada mojada
- 227 Vacaciones de primavera
- 231 Genética
- 235 Mi vida como espía
- 239 Atmósfera delgada
- 243 Dolores de crecimiento
- 245 Orden de mordaza
- 247 Sin justicia no hay paz
- 251 Consejos de una boca inteligente
- 255 La bestia merodea

- 259 Enferma en casa
- 261 Ana María, Laura, Silvia y yo
- 263 Primavera real
- 267 Falta
- 271 La Pelos no más
- 273 Pequeña escritura en la pared
- 277 Preparación de fiesta de fin de año
- 283 Comunicación
- 289 Mensajes en el baño
- 291 Podando
- 295 Acechando
- 297 Posfiesta
- 299 Presa
- 305 El corte final





*Callada*, de Rosalva

Dubón Cruz, se terminó de imprimir  
en diciembre de 2021, en los talleres gráficos de

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX XXXXXXXXXXXX XXXXXXXXXXXX XXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXX XXXXXXXX XXXXX. El tiraje consta de quinientos  
ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges,  
de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto edi-  
torial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada.  
Formación, portada y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez  
Vilchis. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas,  
Mario Santillán Román y la autora. Editor responsable:  
Félix Suárez.













“Una señora contestó el teléfono: ‘911, ¿cuál es su emergencia?’, y vi mi cara en la ventana que estaba sobre el granero y no salieron palabras de mi boca. ‘Está bien’, dijo la amable dama en el teléfono. ‘Tenemos su ubicación. Los oficiales están en camino. ¿Estás herida? ¿Estás siendo amenazada?’. Alguien tomó el teléfono de mis manos y escuchó. Un grito: ‘¡Ya viene la policía!’. Luces azules y rojas parpadean en la ventana del granero. La cara de Raquel, tan enojada, frente a la mía. Alguien me abofeteó”.

*Callada* cuenta las vivencias de Mariana durante su primer año en la preparatoria, sólo dos meses después de haber asistido a una fiesta en la cual, gracias a ella, la policía irrumpe. Como consecuencia de tal acción, la protagonista será recibida en su primer día de clases por miradas furiosas, ningún amigo y un mutismo que el lector sentirá como un grito de ayuda a lo largo de estas páginas.

